

*Anales de la
Fundación Joaquín Costa*



n.º 8

Huesca

1991

La FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA figura debidamente inscrita en el Registro especial del Ministerio de Cultura, al n.º 129, como Fundación cultural privada, con el carácter de benéfica de promoción, en virtud de la Orden de 5-3-84 (*Boletín Oficial del Estado* de 8-6-84).

Se entiende que los distintos colaboradores expresan sus propias opiniones. La FUNDACIÓN admite los textos propuestos, sin identificarse necesariamente con la totalidad de su contenido.

La correspondencia debe dirigirse a la sede social:

Del Parque, 10 - 22002 Huesca

Teléfono 974 - 24 01 80

Anales de la
Fundación Joaquín Costa



ISSN: 0213 - 1404
Depósito legal: HU-1/92

Fotocomposición: EBROlibro, S. L.
Impresión: Gráfico RM Color

ANALES DE LA FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA

DIRECTORA: Milagros Ortega Costa

SECRETARIA: Sebastiana Pereira

n.º 8

Huesca

1991

SUMARIO

Presentación	5
Aragón en Costa, por <i>Emilio Gastón, El Justicia de Aragón</i>	7
En recuerdo de George James Gordon Cheyne, por <i>Frank Pierce</i>	9
El sistema español de transportes (1900-1985) por el <i>Servicio de Estudios de la Fundación Joaquín Costa</i>	11
HOJAS DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL:	23
Identité et tempérament, la formation des options collectives dans la France moderne: le dialogue entre anthropologues et historiens, por <i>Michel Vovelle</i>	23
Une histoire de la peur, por <i>Jean Delumeau</i>	35
Historia y Antropología, e historia de la antropología: reflexiones sobre algunas confusiones metodológicas, por <i>A. Pagden</i>	43
Une leçon d'anatomie. Pour une raison poétique en anthropologie, por <i>Alain Le Pichon</i>	55
Nuestra alteridad o el «tú» del «otro»: versiones de la alteridad y otras versiones, por <i>Ricardo Sanmartín</i>	69
Las múltiples caras de la identidad, por <i>Beatriz Moncó</i>	87
Móviles de la ocupación de la isla de Trinidad por los ingleses, por <i>Antonio de P. Ortega Costa y Ana María García Osma</i>	101
TEXTOS DE JOAQUÍN COSTA: DE LOS DERECHOS DE LA MUJER CASADA	109
EPISTOLARIO	117

RESEÑA DE INFORMES.....	129
ÍNDICE DE LOS INFORMES ELABORADOS POR EL SERVICIO DE ESTUDIOS.....	139
SUMARIOS DE LOS ANTERIORES NÚMEROS DE <i>ANALES DE LA FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA</i>	141

Presentación

Los Anales de la Fundación Joaquín Costa, tras una relativamente breve trayectoria que como mejor puede analizarse es repasando el índice de lo publicado hasta el momento, cierran aquí una etapa. Se han producido en los últimos meses una serie de acontecimientos, de que queremos dejar constancia y que explican el cambio de sede, y algunos otros que acaso irán viniendo.

En efecto, el 8 de febrero de 1991, 80 aniversario de la muerte de D. Joaquín Costa, tuvo lugar, tras una serie de contactos y estudios, la firma de un protocolo entre el Presidente de la Diputación Provincial de Huesca, D. Marcelino Iglesias, y D. Joaquín Ortega Costa, representante de la Fundación, que de este modo pasaba a adscribirse al Instituto de Estudios Altoaragoneses, aunque sin perder su anterior estructura jurídica. A partir de ese momento, con una participación mixta en el Patronato y una subvención oficial, la Fundación tiene su sede en la calle del Parque, 10, de la ciudad de Huesca, tanto en los aspectos editoriales como en los administrativos.

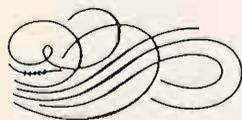
Continúa, por acuerdo unánime de ambas partes, en la dirección de este Boletín, D.^a Milagros Ortega Costa, a la que auxiliará como director adjunto D. Eloy Fernández Clemente, contando ambos con la valiosa ayuda de la secretaria del Instituto, D.^a Pilar Alcalde.

Otros aspectos hay, en relación con los citados cambios producidos en la Fundación, de que habrá pronto cumplida información y, sobre todo, esperamos, hechos. Nos referimos, sumariamente, a proyectos editoriales avanzados, la previsión de algunas ayudas a la investigación, la preparación para 1996 del 150 aniversario del nacimiento de Costa y otra serie de actividades. Por supuesto, sin dejar por ello de continuar en el apoyo a los trabajos del excelente Seminario de Antropología Social, que dirige el catedrático aragonés Dr. Carmelo Lisón Tolosana y cuyas monografías suponen uno de los puntales de nuestra publicación.

De modo que, para satisfacción del acrecentado grupo de estudiosos de la figura y la obra de J. Costa (que llora este año la desaparición del principal de ellos, George J. G. Cheyne), vemos en el futuro próximo un esperanzador progreso de esta Fundación, nacida por inspiración y generosidad de los nietos del gran polígrafo. Que la ciudad de Huesca, en cuyo excelente Archivo Provincial reposa gran parte de los fondos personales de Costa (otra parte sigue en la cercana Graus, al cuidado de

D. José María Auset Viñas), sea sede física de la Fundación no puede sino alegrarnos, sabedores como somos del enorme arraigo de Costa a su tierra aragonesa.

Dentro de un año, en la puntual aparición de los Anales, esperamos poder presentar un balance de lo realizado en estos meses de cambios y, acaso, ofrecer algunos en la propia estructura y contenidos de los mismos, sin perder por ello ni un ápice de su programa fundacional, basado en el estudio de Costa y su obra, sí, pero también en el de aquellas disciplinas, aquellos asuntos, que él con más ahínco y profundidad estudió. Nos parece la mejor manera de rendirle homenaje.



Aragón en Costa

POR
EMILIO GASTÓN,
EL JUSTICIA DE ARAGÓN

Aragón representaba para Costa su coordenada geográfica, su referencia vital, el punto de partida para sus reflexiones y propuestas de regeneración social.

Su profundo conocimiento y la apasionada querencia de esta tierra impregnaban de forma obligada su pensamiento. Sus sueños de Política Hidráulica toman a Aragón como ejemplo de lo que no debe ser, y de la posibilidad de regeneración y vanguardia modernizadora de Europa.

Costa mantiene así, con su tierra, una permanente relación de amor-odio, de desprecio, de euforia, de pena, de esperanza, y también de alabanzas, imprecaciones e insultos. Una visión romántica y exaltada que reflejaba en sus palabras: «patria adorada donde han nacido mis primeras ilusiones y mis primeros tormentos».

Aragón significa para Costa la medida inicial de todas las cosas, su teoría pragmática, su política de realidades, su proyecto eterno. Desde sus obsesivas llamadas al asociacionismo agrario y a una clase media de propietarios campesinos como necesidades urgentes para regenerar España, se adivina la traslación de sus propias observaciones sobre el campo aragonés, a un marco más amplio y universal factible para España y Europa. Ello sirve también para explicar las claves de sus ideas sobre la reforma agraria, la política hidráulica, la descentralización administrativa, la modernización de la enseñanza, de la industria, de la política social y de la regeneración de España.

Más evidente será la presencia de lo aragonés en un campo tan propio a ello como es el Derecho. Además de sus enriquecedoras aportaciones al Derecho Civil Aragonés en materias como la «libertad civil» y el «*standum est chartae*» como consagración de la libertad individual y de las partes mediante la libertad de pacto, incluso contra el derecho o leyes inapropiadas —«pactos rompen fueros»—, Costa contagia de aragonesismo sus teorías jurídicas. Suya es la pretensión de aragonesizar el, entonces por nacer, código civil de 1880.

Otros centros de atención puramente aragoneses reclamaron sucesivamente la atención de Costa, que se convirtió en el defensor por excelencia del ferrocarril internacional de Canfranc, o en el estudioso de las causas y soluciones de la emigra-

ción, y así, la tierra que tan bien conocía, fue su laboratorio de pruebas y teatro de ensayo de sus teorías sobre el asociacionismo agrario y la política hidráulica. La Cámara Agrícola del Alto Aragón, el Canal de Aragón y Cataluña, el Pantano de la Peña, el Plan del Canal del Sobrarbe o la Ley del Plan de Riego del Alto Aragón de 1915, herencia póstuma de este gran aragonés, son pruebas suficientes de su enraizamiento con la tierra que lo vio nacer, sentir, protestar, proyectar, escribir y morir.

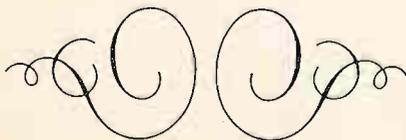
Su vocación autonomista quedó plasmada en la siguiente frase: «Una prudente y progresiva descentralización hubiera bastado en aquellos veinte años de paz corridos desde 1875. En las aflictivas circunstancias presentes, el remedio tiene que ser más radical y de resultados más eficaces; hay que trasplantar el árbol de Guernica a todas las comarcas de la península».

Curioso impenitente de todo cuanto llama su atención, es también el estudio de las lenguas de transición y fronterizas de Aragón. Muestra de ello son sus estudios sobre el Ribagorzano y las hablas aragoneso-catalanas y catalano-aragonesas.

Costa, el ideólogo de una clase abocada al fracaso, el revolucionario regeneracionista, el esperanzado defraudado, el optimista pesimista, el honrado radical, el crítico de la incompetencia del Estado, el hombre de la Institución Libre de Enseñanza, el incansable hombre-proyecto, ha sido el gran aragonés que revulsionó esta tierra en los dormidos años de comienzo de siglo, y reclamó para Aragón el papel de «órgano de la experiencia» para la vida pública, «iniciador» de los progresos sociales, «regulador, moderador y fuerza de impulsión contra los desfallecimientos del país y la inactividad de los poderes públicos».

Ochenta años después de su muerte en Graus, un último y arrogante consejo costista sigue vigente como expresión de su confianza en el valor del sentimiento de lo aragonés: «Si (Aragón) sufriera una postergación de hecho o una repulsa, será preciso que apele, y como no existe para este tipo de pleitos tribunal "ad quem" deberá interponer recurso ante sí propio».

Hoy es su nuevo aniversario. Pongamos flores en su monumento.



En recuerdo de George James Gordon Cheyne¹

POR FRANK PIERCE
(The University of Sheffield)

Es muy triste para mí, tener que escribir sobre un gran amigo y colega con motivo de su muerte y es especialmente así con respecto a George Cheyne, cuya amistad había disfrutado y aprovechado durante muchos años.

Su muerte ha sido objeto de numerosos comentarios en la prensa española y se comprende que sea así porque ha dedicado gran parte de su vida profesional al estudio de un eminente aragonés Joaquín Costa. De hecho George Cheyne ha desvelado algunos aspectos de esta importante personalidad de final de siglo XIX que permanecía en un injusto olvido. Al calificar a Costa (el gran desconocido), Cheyne quería destacar que este excepcional historiador y sociólogo español había permanecido largo tiempo casi ignorado y escasamente leído.

Como admirador y examinador de su tesis doctoral, me di cuenta desde el principio, que meticulosamente había ordenado la inmensa masa de los escritos que había reunido y manejado dentro de la dificultad de estar inadecuadamente catalogados.

Su tarea más significativa fue completar una bibliografía que publicó posteriormente. A ésta siguieron una serie de libros y artículos para examinar en profundidad la carrera de Costa con particular acento a la interesante correspondencia que mantuvo con figuras sobresalientes de su generación, tales como Manuel Bescós, Menéndez y Pelayo, Giner de los Ríos, Rafael Altamira y Pedro Corominas. La labor de Cheyne en este sentido ha sido reconocida públicamente con varias condecoraciones que ha recibido de Aragón y también del Ministerio de Cultura, la medalla al mérito en Bellas Artes.

En Inglaterra ha sido miembro activo de nuestra Asociación de Hispanistas de Gran Bretaña e Irlanda y actuó como presidente de la Sociedad Anglo-catalana. La simpatía y comprensión de Cheyne por el catalán y su cultura le viene a través de la familia de Joan Vidal Jové, por haberse casado con su hija Asunción que ejerce de psiquiatra. De hecho, la larga amistad entre esta familia y la de los Costa, especialmente con el nieto mayor de Joaquín, Juan Ortega Costa, facilitó el encuentro de George Cheyne con su labor profesional. Su hispanismo fue de muy especial variedad: primero conoció a Aragón íntimamente por medio de viajes anuales frecuente-

mente con su esposa durante varios decenios, al mismo tiempo que buscaba y encontraba papeles y documentos de su héroe.

La muerte de George Cheyne nos arrebató a los hispanistas británicos un admirado y entrañable colega para todos aquellos que tuvieron la suerte de conocerle.

Su caballerosidad, su simpatía directa hacia la gente, le ganó un amplio círculo de amigos. Se notará mucho su ausencia por sus sabios consejos y por su dedicación como profesor e investigador. Como dice uno de los elogios españoles, una contribución tan importante como la suya, será difícil de volver a encontrarla en las universidades inglesas o españolas.

NOTAS:

¹ El original está escrito en inglés.



El sistema español de transportes (1900-1985)

POR EL SERVICIO DE ESTUDIOS DE ESTA FUNDACIÓN

Este informe examina las características métricas y la evolución histórica del sistema español de transporte en el período 1900-1985. El trabajo se ha dividido en seis capítulos que consideran los siguientes aspectos:

- Infraestructura del sistema.
- El transporte ferroviario.
- El transporte por carretera.
- El transporte marítimo.
- El transporte aéreo.

Por su compleja diversidad, resulta difícil realizar un análisis global de un sistema de transportes a escala nacional. En España el Estado tiene a su cargo la inversión y el coste principal de las infraestructuras terrestre, marítima y aérea. Monopoliza también la explotación de los ferrocarriles y el tráfico aéreo, mientras que la actividad privada y las empresas comerciales llevan a cabo el transporte terrestre por carretera. En el tráfico marítimo, también el Estado desempeña un papel importante y lo mismo ocurre en los transportes especiales por tubería.

El desarrollo general de la infraestructura del sistema español de transportes ha exigido una intervención muy permanente del sector público en los mecanismos del mercado, de tal modo que el transporte regular requiere la obtención de autorizaciones específicas y la aprobación de las tarifas del servicio. Puede decirse en suma, que el Estado es el protagonista principal de la explotación del sistema de transportes, siendo deficitario en sus costes y minoritario en los servicios, puesto que las empresas comerciales realizan la mayor parte del transporte de mercancías y la actividad privada es muy predominante en el transporte de viajeros.

Dada su extensión (138 páginas), no se ha considerado procedente incluir el texto íntegro, habiéndose elaborado el siguiente resumen que recoge los principales resultados del estudio.

INFRAESTRUCTURA DEL SISTEMA

La participación de los transportes en el valor añadido nacional es del orden del 5% requiriendo una infraestructura muy amplia que comprende:

- Red viaria.
- Red de ferrocarriles.
- Red de canales.
- Red de tuberías.
- Puertos marítimos y aeropuertos.
- Estaciones de servicio.

Complementada por los medios propiamente realizadores del transporte:

- Parque de vehículos terrestre.
- Flota mercante.
- Flota aérea comercial.
- Estaciones de impulsión de combustibles líquidos y gaseosos.

No se ha considerado dentro del sistema español de transportes (SET), las redes de transmisión y distribución de la energía eléctrica y las redes de gas ciudad por tratarse de infraestructuras propias del sector energético.

En el movimiento de viajeros ocupa un lugar muy significativo el transporte privado por vía terrestre, mientras que el movimiento principal de mercancías se realiza en grandes vehículos pertenecientes a sociedades o compañías especializadas.

En lo que se refiere al transporte marítimo, la actividad es casi toda ella de naturaleza comercial y empresarial, salvo las prácticas deportivas. Lo mismo ocurre con el transporte aéreo que está a cargo de grandes compañías.

La gran infraestructura del transporte se ha construido principalmente a iniciativa pública, a través del órgano ministerial especializado. También asumió a partir de 1940 la administración de los ferrocarriles españoles que fueron nacionalizados. La construcción de aeropuertos y su administración correspondía al Ministerio del Aire y en general, toda la ordenación del movimiento de la flota aérea comercial. En el tiempo reciente se constituyó el Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones para coordinar el esfuerzo estatal en relación con el sistema de transportes.

En la situación de 1955 el sector del transporte, representaba el 5,7% del PIB nacional. En el transcurso de los 30 años comprendidos entre 1955-1985, el sector creció en términos reales por un factor de 4,612, equivalente a una variación media anual del 5,22%, ligeramente superior a la del PIB.

En el cuadro C.1 se ha resumido la evolución estructural del sector de transportes en el período 1970-1980 según los datos oficiales de la Contabilidad Nacional de España.

El subsector de transportes por ferrocarril tiene una evolución regresiva en términos relativos. Su coeficiente estructural desciende del 15,23% al 12,98%. También desciende el coeficiente del subsector transportes terrestre de pasajeros y se mantiene estacionario el de los transportes marítimos y ascendente el de los transportes de mercancías y el de los transportes aéreos.

EL TRANSPORTE DE PASAJEROS

En los primeros decenios del siglo, el transporte de pasajeros se realizaba principalmente por ferrocarril. En el segundo decenio se fue iniciando el movimiento de

pasajeros en automóvil, aunque tenía muy escasa difusión. Las matriculaciones de automóviles en España, evolucionaron en la siguiente forma:

1900	3
1905	71
1910	999
1915	1.210
1920	12.017
1930	25.209

En forma comparativa se presenta la estadística del transporte de viajeros por ferrocarril:

	Unidad: 10 ³ pasajeros
1911	30.769
1915	35.157
1920	51.241
1925	59.656
1930	57.938

En 1929 existía un total de 1.190 líneas regulares de transporte de viajeros por carretera que servían un recorrido de 47.988 km. En 1940, la estadística del transporte de viajeros por carretera en líneas regulares se puede resumir en la siguiente forma:

Número de empresas.....	904
Número de automóviles.....	3.165
Número de kilómetros servidos.....	66.230
Número de viajeros	51.028.000

La evolución posterior en lo que respecta a la estructura del transporte de pasajeros puede resumirse en términos métricos del siguiente modo:

Años	Unidad: %				Total en 10 ³ viajeros
	Ferrocarril	Carretera	Barco	Avión	
1945	67,95	30,98	1,00	0,07	147.895
1950	54,95	43,89	0,80	0,36	195.591
1955	47,69	50,93	0,69	0,69	245.783
1960	35,96	62,41	0,65	0,98	302.834
1965	34,50	63,28	0,59	1,63	504.803
1969	25,02	71,8	0,69	2,75	635.252

Se observa un rápido crecimiento del transporte por carretera. En el espacio de 24 años, entre 1945 y 1969, su coeficiente estructural pasa de 30,98% a 71,54%. Por el contrario, descende fuertemente el coeficiente del ferrocarril del 67,95% al

25,02%. Es también muy significativo el cambio en lo que se refiere al transporte aéreo que crece muy deprisa, su coeficiente estructural pasa del 0,07% al 2,75%, mientras que decrece lentamente el transporte marítimo del 1,0% al 0,69%. Estos cambios son cualitativamente muy importantes, en el uso de los distintos medios de transporte de viajeros.

EL TRANSPORTE DE MERCANCÍAS

Los datos relativos a los primeros decenios del siglo, sólo se refieren a las grandes compañías ferroviarias. La evolución aproximada, puede resumirse en las siguientes cifras:

Años	Transporte de mercancías en 10 ⁴ t
1911	16.634
1915	19.400
1920	20.171
1925	25.924
1930	31.704

A partir de 1941, se llevó a cabo la nacionalización de las distintas compañías ferroviarias y se constituyó la RENFE. La evolución posterior del transporte de mercancías por ferrocarril, siguió un movimiento ascendente hasta 1958, según se resume a continuación:

Años	Transporte de mercancías en 10 ⁴ t
1942	26.490
1945	25.992
1950	21.758
1955	34.963
1958	41.023
1960	34.302

La estadística posterior medida en unidades de transporte (UT), sigue siendo ligeramente ascendente, según se deduce de la información elaborada:

	Unidad: 10 ⁶ UT
1968	138,7
1970	139,4
1975	144,5
1976	145,3

El transporte marítimo es especialmente apto para los grandes volúmenes de mercancías en trayectos compatibles con la geografía del mercado. Las estadísticas aunque incompletas y poco precisas, muestran un crecimiento inicial poco firme a partir de 1944, según se deduce de los siguientes valores globales:

	Unidad: 10 ³ t
1912	19.339
1928	29.537
1930	29.750
1934	21.662
1944	19.937
1950	33.587
1955	40.802
1960	58.116
1965	84.914
1970	190.303

y que se hace muy rápido a partir de 1950.

En el análisis del transporte por carretera, cabe distinguir el correspondiente a los recorridos largos que hace la competencia en muchos casos al ferrocarril y cubre completamente todas las regiones no servidas por el transporte ferroviario y el de corta distancia propio de la distribución comercial de mercancías, que se realiza de muy diversos modos, por compañías mercantiles especializadas y por los propios servicios de las entidades comerciales vendedoras de las mercancías que crean su infraestructura para el despacho rápido y seguro de sus ventas a los clientes.

INVERSIONES EN INFRAESTRUCTURA

La parte principal de esta inversión en la infraestructura se lleva a cabo por el sector público y en España, a través del Ministerio de Obras Públicas hasta fecha muy reciente. En el pasado, la inversión en infraestructura correspondía al Ministerio de Fomento que luego pasó a denominarse de Obras Públicas en 1931 y posteriormente Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, habiendo cedido la gestión y ordenación de actividades relacionadas con el transporte al Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones, de reciente creación.

La evolución del gasto público puede resumirse en los siguientes términos:

Años	Ministerio	Gasto en 10 ⁶ pc*	Gasto en 10 ⁶ pk**(1970)	Índice
1900	Fomento	55,9	1.733,4	100,0
1905	Fomento	89,1	2.692,6	155,3
1910	Fomento	113,0	3.222,7	185,9
1915	Fomento	155,6	2.964,1	170,9
1920	Fomento	476,6	6.005,1	346,4

Años	Ministerio	Gasto en 10 ⁶ pc*	Gasto en 10 ⁶ pk**(1970)	Índice
1925	Fomento	462,8	6.756,8	389,8
1930	Fomento	489,2	8.252,8	476,1
1935	Obras Públicas	607,1	7.813,3	450,7
1940	Obras Públicas	437,4	4.286,5	247,2
1945	Obras Públicas	1.161,1	6.235,1	359,7
1950	Obras Públicas	1.665,1	4.928,6	284,3
1955	Obras Públicas	4.225,5	10.430,7	601,7
1960	Obras Públicas	8.214,5	14.278,6	823,7
1965	Obras Públicas	27.385,6	35.145,7	2.027,5
1970	Obras Públicas	38.914,1	38.914,1	2.244,9
1975	Obras Públicas	64.616,1	36.879,2	2.127,5
1980	O.P. y Urbanismo	165.335,0	40.297,1	2.324,7
1985	O.P. y Urbanismo	233.183,7	32.422,2	1.870,4

* Pesetas corrientes.

** Pesetas constantes.

La evolución es creciente hasta 1930 y luego sufre una inflexión y crece rápidamente a partir de 1950 hasta alcanzar su valor máximo en 1980. La transferencia de funciones del Ministerio de Obras Públicas al Ministerio de Transportes determina una disminución del índice. Las cantidades dedicadas por el sector público al Ministerio de Transporte, Turismo y Comunicaciones fueron las siguientes:

Años	10 ⁶ pc	10 ⁶ pk(1970)
1980	178.412,2	43.484,4
1985	415.473,1	57.767,9

LA INTERVENCIÓN DEL ESTADO

La intervención del Estado en la evolución del sistema español de transporte ha sido también permanente en lo que se refiere a la fijación de los precios, a través de la tarifa de los servicios. De este modo, se puede limitar la competencia de los medios de transportes terrestres por carretera al ferrocarril, tanto para pasajeros como para mercancías.

En lo que se refiere a la navegación, la participación del sector público ha sido menor en la inversión dedicada a la construcción y adquisición de los medios (flota), pero ha intervenido con frecuencia en la fijación de las tarifas de los servicios, particularmente en lo que se refiere a los de carácter nacional, entre la Península y las provincias insulares. Interviene también en la fijación de los precios de los servicios portuarios, que controla a través de las organizaciones colegiadas que administran su explotación.

El transporte aéreo requiere una infraestructura de aeropuertos que estaba inicialmente vinculada a los servicios aeronáuticos militares y que posteriormente, a medida que crecía el volumen de transporte, se hizo necesario integrar en una Subsecretaría de aviación civil, dentro del Ministerio del Aire. Siguiendo el criterio general de muchos países, se creó una gran compañía nacional aérea IBERIA, controlada por el sector público, a través del Instituto Nacional de Industria (INI) y una segunda compañía que tuvo que recibir apoyo estatal para completar el sistema de transporte en los enlaces de menor tráfico, denominada Aviación y Comercio (AVIA-CO). También en este caso, el sector público ha tenido una participación esencial en la creación de la infraestructura y en la explotación del tráfico aéreo español.

Por las razones históricas apuntadas y a pesar de la progresiva participación del sector público en el sistema de transporte, no ha habido ningún intento continuado de optimizar la oferta combinada del transporte y se han seguido criterios circunstanciales, procurando la mayor parte de las veces disminuir el déficit de los servicios y atender en lo posible a las quejas o a las demandas regionales de insuficiencia, pero sin que se haya concebido una infraestructura general del transporte equilibrada, flexible y ajustada a la demanda futura.

EVOLUCIÓN EN EL PERÍODO 1900-1936

En el primer tercio del siglo actual, el sistema español de transportes (SET) experimentó un cambio estructural muy importante, como consecuencia de la introducción del automóvil y la rápida desaparición de los medios tradicionales, navegación a vela y tracción animal. En 1910 el parque de automóviles totalizaba 2.997 vehículos; en 1920, 19.873 y en 1930, 228.796. El impulso en el decenio 1920-1930 es muy importante y así en 1929 existían 1.190 líneas regulares de transporte de viajeros por carretera con un recorrido de 47.988 km. El ferrocarril se mantenía como medio principal de transporte de viajeros, alrededor del 70%. En 1931, el ferrocarril transportó $54,3 \times 10^6$ pasajeros y $28,9 \times 10^6$ toneladas de mercancías.

La navegación a vela creció todavía entre 1900 y 1925 de 52.500 toneladas a 72.800. Pero desciende rápidamente a partir de entonces, manteniéndose 20.300 toneladas a vela en 1935. En el período crece rápidamente la navegación a vapor, de 642.200 toneladas en 1900 a 1.108.600 en 1925 y a partir de entonces, junto a ella se inicia el transporte en motonaves con motor de combustión.

El transporte aéreo se inicia a final del tercer decenio. En 1930 se contabilizan 2.387 entradas de aeronaves y 2.426 salidas con un movimiento de pasajeros entre entradas y salidas de 142.300.

Comparativamente al número de viajeros por ferrocarril, sólo representa el 0,26%. No se ha iniciado todavía la aplicación del avión a reacción y las aeronaves tienen una capacidad moderada, compatible con la potencia de los motores y la técnica de vuelo desarrollada hasta entonces. La velocidad de los viajes, aunque es comparativamente mucho más alta que la del ferrocarril es muy inferior a la de los modernos aviones de transporte y también el riesgo de accidentes mucho más alto, lo que motiva la escasa difusión de este medio de transporte.

EL PERÍODO 1940-1965

Durante la Guerra Civil, el SET experimentó un grave quebranto y las primeras actuaciones, a partir de 1940 se concentran en la reconstrucción de la red ferroviaria y el material de transporte y en el acondicionamiento del sistema viario de carreteras y caminos.

Durante los primeros años de este período, coincide además la Segunda Guerra Mundial, que provoca graves limitaciones al comercio internacional. La introducción de nuevas tecnologías para la modernización del SET no se puede llevar a cabo hasta el decenio 1950-1960.

A partir de 1941, se desarrolló la red nacional de ferrocarriles españoles (RENFE) integrando el patrimonio y los medios materiales de las compañías explotadoras del servicio de ferrocarriles de vía ancha. El recorrido conjunto de estas compañías totalizaba 12.383 km. La red fue creciendo lentamente y en 1960 se disponía de 14.444 km de recorrido de los que 1.876 era de doble vía y 1.968 estaban electrificados.

En 1942, el tráfico de viajeros de RENFE ascendió a $107,8 \times 10^6$ duplicando casi el valor alcanzado en 1931. En los años siguientes, se mantuvo con muy pocas variaciones y no creció significativamente hasta después de 1960. El tráfico de mercancías en 1942 fue ligeramente inferior al de 1933 y fue creciendo muy lentamente hasta alcanzar en 1955 un valor ligeramente superior al máximo del período anterior que se sitúa en 1929.

Con posterioridad a 1940, la red viaria creció muy lentamente, de 115.213 km en 1940 a 133.321 km en 1965, mientras que el número de viajeros en líneas regulares evolucionó en rápido ascenso, de $51,3 \times 10^6$ en 1940 a $319,2 \times 10^6$ en 1965, con una variación media anual del 7,58%, superando notablemente al transporte ferroviario.

El parque de autobuses de las empresas regulares creció moderadamente de 3.165 en 1940 a 8.252 en 1965, lo que supone una variación media anual del 3,90% y también aumentó el recorrido de los servicios de 69.230 km en 1940 a 175.284 en 1965.

El movimiento de mercancías por carretera creció también rápidamente en la medida que lo hizo posible la disponibilidad de vehículos para el transporte. En 1940 se matricularon 9.812 vehículos, parte de los cuales procedentes del servicio de recuperación, mientras que en 1945 en plena Guerra Mundial, sólo se matricularon 4.048. Subió muy lentamente el parque español de vehículos hasta 1950 (6.724 matriculaciones) y sólo a partir del decenio 1950-1960 se abre la oferta interior y exterior de automóviles, aumentando la matriculación en la siguiente forma:

1955	66.678 vehículos
1960	114.670 vehículos
1965	339.190 vehículos

En el período 1951-1960, se produce un cambio estructural notable en el transporte de mercancías. En 1951, RENFE suponía el 71,42% y el automóvil el 28,58%. En 1960, RENFE sólo transportó el 33,77% y el automóvil el 66,32% del tráfico interior.

El número de vehículos dedicados al transporte de mercancías fue creciendo muy rápidamente a partir de 1955, alcanzándose en 1965 un parque de transporte de mercancías de 366.860 vehículos.

En lo que se refiere al transporte marítimo, todavía en 1965 existían 15 buques a vela con un total de 2.200 toneladas de registro. La flota de vapor había descendido a 572.900 toneladas y las motonaves totalizaban 1.606.100 toneladas de registro bruto.

El número de viajeros embarcados en 1945 por el tráfico marítimo de cabotaje ascendió a 417.015 y en 1965 a 1.158.731; valores muy parecidos correspondieron al embarque 418.084 en 1945 y 1.222.351 en 1965. El movimiento internacional de viajeros por mar, tuvo muy poca significación.

El tráfico de mercancías por vía marítima fue aumentando rápidamente y así entre 1943 y 1963, creció por un factor de 3,992, equivalente a una variación media anual del 7,16%. En 1965, se embarcaron $29,4 \times 10^6$ toneladas y se desembarcaron $56,6 \times 10^6$ toneladas.

El tráfico aéreo se vio muy afectado por las dificultades inherentes a la Guerra Internacional (1939-1945). En 1940, el movimiento de aeronaves totalizó 5.256 entradas y 5.235 salidas, con un transporte global de pasajeros de 73.000. En 1950, el movimiento de aeronaves alcanzó 44.904 y 713.000 viajeros. En 1965 los valores respectivos eran: 212.190 aeronaves y 8.240.000 viajeros.

Refiriéndose al período 1950-1965, el movimiento de viajeros creció por un factor de 11,42, equivalente a una variación media anual del 17,72%, lo que pone de manifiesto el rápido ascenso de los desplazamientos de pasajeros por aire.

El tráfico aéreo de mercancías se concretó principalmente en el servicio postal. El movimiento total en 1940 ascendió a 2.465 toneladas. En 1955, 30.055 y en 1965, 78.165. En términos absolutos este movimiento de mercancías tenía poca significación.

La aplicación del transporte aéreo de mercancías se justifica por la rapidez del envío y se concreta en objetos y materiales de alto coste, pero en términos relativos, el crecimiento fue muy rápido. Aun concretándose al período 1950-1965 la variación media anual es del 17,22%.

EL PERÍODO 1965-1990

En este período el desarrollo del automóvil y del transporte privado tiene unos índices de crecimiento muy altos. Coincide además con el auge del turismo hacia España que contribuye el aumento del tráfico de vehículos por carretera y al crecimiento también muy rápido del transporte aéreo.

Se hizo dominante el movimiento de viajeros y mercancías por carretera, mientras el ferrocarril, aunque crece discretamente en términos absolutos, disminuye fuertemente en términos relativos.

Se inicia una grave insuficiencia de la red viaria, particularmente en las áreas urbanas y en sus entornos con respecto al parque de vehículos circulantes y cada vez se hacen más agudas las dificultades para mantener con flexibilidad el movimiento de vehículos. Aumenta también el riesgo, la accidentabilidad y el número de víctimas por siniestros de circulación.

Los transportes marítimos crecen moderadamente en lo que se refiere al movimiento de viajeros y siguen con bastante vinculación el aumento del PIB, lo que motiva la necesidad de mejorar la infraestructura de los principales puertos de entrada y salida de mercancías.

El transporte aéreo crece a un ritmo muy alto. El movimiento internacional de viajeros por aire es particularmente intenso en los meses de verano a consecuencia del turismo. Son los aeropuertos de Madrid y Palma de Mallorca los que tienen un tráfico más intenso. Le sigue el de Barcelona.

En los últimos años del período, se inician síntomas de saturación en el aeropuerto de Madrid y se habla ya de la necesidad de un segundo aeropuerto.

Se desarrolla también en este período el transporte por tubería para el crudo y los productos petrolíferos con la instalación de la refinería interior de Puertollano y con las comunicaciones entre la base de Rota y Zaragoza. Es también significativa la utilización del gas natural como recurso energético y se construyen a final del período los primeros gaseoductos de carácter comercial.

Sin embargo el problema más grave y que requiere una atención urgente es el de la insuficiencia de la red viaria en relación con el parque de automóviles circulantes. El colapso circulatorio en las grandes ciudades a las horas de punta es ya muy frecuente y también en las vías principales de salida y entrada, en los fines de semana y durante las vacaciones estivales.

CONCLUSIONES

1. Se destaca la importancia económica y la incidencia social que tiene en el bienestar general del país el funcionamiento flexible y progresivo del SET. El coste del transporte de mercancías y de los desplazamientos de las personas afecta de un modo sensible a la producción económica y determina además la dimensión geográfica de los mercados.

La ordenación del transporte terrestre afecta notablemente a la planificación urbana y a los criterios de asentamiento de la población y de las actividades económicas. En la actualidad, los problemas de la circulación de vehículos en las ciudades y en sus entornos requieren soluciones que afectan principalmente a la capacidad de las infraestructuras exigidas por la demanda del transporte.

El SET tiene una fuerte incidencia en el medio ambiente. Por un lado, la extensión de sus infraestructuras modifica el medio natural, por otro las emisiones de gases y el ruido de los vehículos crean condiciones inadecuadas en las áreas urbanas de circulación intensa. Los efectos del ruido son particularmente perturbadores en los entornos de los aeropuertos y en las proximidades de las vías con circulación intensa.

La circulación de vehículos por las carreteras y vías urbanas constituye la causa más grave de accidentabilidad. El número de muertes y heridos anualmente atribuible al transporte, crece funcionalmente con el PIB.

Los perfeccionamientos en los medios de transporte, particularmente en lo que se refiere a la velocidad, permite acortar los tiempos empleados en cada recorrido, lo

que influye positivamente en la comodidad de los desplazamientos, favoreciendo los intercambios y el turismo.

2. Se considera aconsejable formular un plan nacional de transporte que examine globalmente:

a) La demanda futura por clases.
b) La coordinación de las diversas opciones tecnológicas para ajustar la oferta a la demanda.

c) Las ampliaciones de infraestructura de acuerdo con la dimensión de la demanda y los perfeccionamientos tecnológicos que supongan mejoras efectivas en los servicios y en el coste final.

d) Los criterios y las reglas para la ordenación empresarial del SET, dando mayor flexibilidad a la dinámica del mercado.

3. Se considera muy urgente y debe ser objeto de una atención inmediata la ampliación y acondicionamiento de la infraestructura viaria y portuaria (aire y mar) así como de sus instalaciones complementarias, aparcamientos, almacenamientos y redes de servicio.

El crecimiento del parque de automóviles ha sido en los últimos decenios muy alto, mientras que la dimensión de la infraestructura de carreteras y vías de circulación apenas ha aumentado. El desajuste entre ambas variables es la causa fundamental de las dificultades que se presentan en la circulación de vehículos en las horas punta y en los días de mayor intensidad de tráfico.

4. El desequilibrio existente en la actualidad entre el parque circulante de automóviles y la capacidad de las vías en las zonas de alta densidad demográfica, sólo podría corregirse a corto plazo actuando sobre el volumen de tráfico, ya que el aumento necesario de la infraestructura viaria, requiere un período de tiempo largo. Para disminuir la intensidad de tráfico en las horas de punta, cabe considerar las siguientes actuaciones:

a) Regulación de los horarios de trabajo.
b) Regulación del calendario laboral por vacaciones y turnos semanales.
c) Aplicación de impuestos o peajes a la circulación, a los vehículos en determinadas áreas.

d) Establecimientos de turnos de circulación de los automóviles en los días de la semana.

Las medidas anteriores se deben complementar con el rápido aumento de las plazas de garajes y lugares de estacionamiento, para que los vehículos aparcados no disminuyan la capacidad de circulación de las vías.

5. Para un mejor conocimiento de los problemas que plantea el movimiento de mercancías y vehículos en todos sus aspectos, se aconseja una mejora sustantiva de la información estadística que ha de estar debidamente coordinada y tener carácter homogéneo para que pueda ser analizada conjuntamente. Es importante conocer en detalle la dimensión de la demanda de transporte medida en unidades de tráfico (UT) globalmente y por áreas geográficas y lugares de mayor concentración.

Es también importante conocer los costes reales de los servicios de transporte, incluyendo todas las repercusiones de los gastos y cargas financieras y este coste de-

be trasladarse al mercado, para que el SET tienda a buscar la soluciones óptimas desde el punto de vista económico.

6. El coste de construcción y mantenimiento de las grandes infraestructuras del transporte se realiza por el sector público y resulta difícil incorporarlo a la contabilidad de los costes de los servicios de transporte. Buena parte de esos costes son sufragados por los impuestos de los carburantes y en consecuencia, no están integrados en los gastos finales del consumidor de un servicio de transporte.

Por todo ello, es muy conveniente fijar unos criterios estables y claros en la distribución de los costes de las infraestructuras que deberán ser llevados a la contabilidad de los precios y las tarifas de los servicios, para orientar a la iniciativa empresarial y privada en su comportamiento futuro.



Hojas de Antropología Social
Identité et tempérament, la formation
des options collectives dans la France
moderne: le dialogue entre anthropologues
et historiens

POR
MICHEL VOVELLE

Dans le cadre de cette rencontre sur le thème des échanges entre anthropologie et histoire, je souhaite présenter une illustration qui renvoie à un chantier à la fois ancien et récemment revisité, qui me semble témoigner de la nécessaire confrontation des points de vue, telle qu'elle est ressentie de part et d'autre, et en même temps peut-être significative du poids des malentendus ou des incompréhensions réciproques qui pèsent sur une telle entreprise.

J'ai choisi le thème des tempéraments politiques, mais au sens le plus large du terme puisque ce concept, on le sait, emprunté au discours des politologues (On songe à la notion de «tempérament politique» telle qu'elle a été explicitée et utilisée par François Goguel et d'autres) peut apparaître d'un flou indiscutable. Mais ce flou est compensé peut-être par le caractère accueillant et par là-même opératoire du terme, qui englobe aussi bien les attitudes collectives dans le domaine culturel ou dans le domaine religieux, que les comportements collectifs devant la famille, la vie, la mort, faisant par là même exploser les cadres étroits d'une sociologie politique à l'ancienne. Ce sont à la limite, d'une certaine façon, les «visions du monde»: selon l'expression de Rober Mandrou qui sont en question à travers tout un faisceau d'attitudes et de représentations. A ce titre, c'est un problème général et de grande ampleur qui est formulé et non pas une problématique franco-française étriquée; je ne veux pas m'en tenir à une réflexion académique sur la carte classique de référence des tempéraments politiques français telle qu'elle est bien connue à partir des analyses des scrutins électoraux mais aussi «les» France de la pratique religieuse que les sociologues de la religion nous ont rendue familière: deux France contrastées, deux France qui reproduisent les mêmes clivages, la même bi-partition de l'espace.

Nous ne nous en tiendrons pas là et je voudrais partir de la relecture qui nous a été proposée voici un certain nombre d'années en termes de provocation au meilleur sens du terme, par des anthropologues qui nous ont invité, à la fois à reconsidérer le chantier en taillant large puisque ces auteurs élargissent la problématique à l'Europe, voire au monde entier, si l'on en juge par la série des ouvrages que je vais main-

tenant évoquer. La sollicitation initiale est venue, dans l'édition française, en 1981 de l'ouvrage collectif d'Hervé Lebras et Emmanuel Todd, sous le titre *L'invention de la France*. Il fut remarqué en son temps, à la fois par l'originalité de la procédure et de la présentation puisqu'il soumettait le public à l'examen de centaines de cartes dont l'accumulation même introduisait à une réflexion et à une thèse générale sur l'élaboration de ces options collectives dans la France moderne et contemporaine. Faire apparaître, à partir d'une très grande diversité d'indicateurs, anthropologiques, démographiques, culturels, religieux, politiques des espaces, des convergences, des corrélations appréciables à partir de tests statistiques pour s'interroger sur ce qui conditionne ces espaces et ces tempéraments, pour s'interroger aussi sur l'enracinement de ces options, dans une très longue durée, de ces traits de stabilité qui ne commencent à bouger qu'à l'époque contemporaine, voir très contemporaine. Tel était le parti pris des auteurs dont l'ouvrage fut accueilli au moins avec curiosité, souvent avec intérêt, même s'il suscitait par ailleurs des réticences parfois grinçantes et parfois amusées. J'ai gardé le souvenir des commentaires sur telle carte qui confrontait, par exemple, l'implantation géographique des sages-femmes en 1980 à celle des bûchers de sorcières au XVII^{ème} siècle, ce qui évidemment est une mise en rapport pour le moins acrobatique. Mais chacun dans sa voie, et sur fond de persévérance, les deux auteurs, Hervé Le Bras et Emmanuel Todd, ont poursuivi leur chemin. Hervé Le Bras a affiné sa problématique dans un ouvrage récent sous le titre *Les trois France* qui est paru au Seuil en 1986, proposant une typologie ternaire, sur laquelle nous reviendrons, des tempéraments, «familial», «central» ou parisien, «catholique» ou religieux: là encore mise en rapport assez provocatrice mais qui nuance les conclusions qui avaient été apportées par le premier ouvrage de référence sur *L'invention de la France*. De même Emmanuel Todd a-t-il peaufiné et élargi son modèle, dans plusieurs ouvrages, *La troisième planète* qu'il a publié en 1983, le plus ambitieux sans doute puisqu'il extrapolait à l'échelle mondiale, et surtout dans un ouvrage tout récemment paru sous le titre *L'invention de l'Europe*, qui a été publié aux éditions du Seuil en 1990 et propose une typologie à l'échelle européenne, appuyée là encore sur une impressionnante batterie de cartes confrontées. C'est des ouvrages les plus caractéristiques *L'invention de la France*, et les plus récents, *Les trois France* ou *L'invention de l'Europe* que je partirai pour tenter de caractériser, sans caricaturer autant que possible, à la fois la démarche et les hypothèses de travail de ces auteurs. Appelons donc ce développement, si vous le voulez, «la provocation des anthropologues» avec comme sous titre «La famille au coeur du problème: clefs des attitudes et des tempéraments collectifs».

Pour comprendre, me semble-t-il, l'argumentation de ces auteurs, je crois qu'il convient de la situer d'entrer dans un double contexte historique et idéologique. Contexte historique: ce qui soutient la réflexion de Todd et Le Bras, est sans doute une réflexion sur la crise des sociétés contemporaines, dans les dernières décennies. Réflexion sur la fin des idéologies, sur la destruction des équilibres politiques qui pouvaient apparaître enracinés, réflexion sur la mort des religions, réflexion enfin sur une crise de société plus large, avec une particulière attention portée au phénomène d'identité notamment à travers les problèmes actuels de l'immigration, des

retours de la xénophobie et du racisme. Au-delà de ce contexte historique de l'histoire immédiate de la France et de l'Europe la plus contemporaine, c'est un contexte idéologique aussi qui s'inscrit pour eux dans le cadre de la crise des schémas interprétatifs classiques et notamment du schéma que l'on peut dire, en simplifiant beaucoup, marxiste, mais un schéma marxiste largement co-partagé puisqu'ils entendent par là l'interprétation des attitudes collectives, des tempéraments et des options collectives, par référence aux conditionnements socio-économiques et aux appartenances de classes. Hervé Le Bras, en particulier, dans *Les Trois France*, s'attaque à un sujet, somme toute, banal, mais démonstratif, en démontant l'idée reçue d'une identification du vote et plus largement de l'adhésion au communisme dans la France de nos jours ou d'hier à l'appartenance à la classe ouvrière. Telle hypothèse révèle sa faiblesse si l'on confronte les cartes de références, d'une part du vote communiste, et d'autre part de l'industrialisation et de la présence objective de la classe ouvrière dans l'espace français. Voilà une démonstration qui n'a plus à être refaite, mais pour nos auteurs, les lectures qui renvoyaient à un codage d'appartenance socio-économique sont désormais désuètes et se heurtent à la reconnaissance de socles de résistance dans l'espace national qui renvoient à des réalités plus enracinées dans une très longue durée et dont la clef se trouve dans le lointain mais résistant héritage des structures familiales. La famille est pour eux au coeur du dispositif.

Aussi bien dans *l'Invention de la France* que dans *l'Invention de l'Europe* les cartes que nous proposent Todd ou Le Bras, renvoient aux cartes des coutumes, des pratiques successorales, et plus largement des structures familiales à partir de la ventilation spatiale des zones où dominent les ménages complexes (et en particulier la réalité de la «famille souche» méridionale) en contrepoint des zones où a triomphé, très tôt, la famille nucléaire, la famille étroite; tout ceci constituant un ensemble où les structures familiales se hiérarchisent en structures égalitaires, autoritaires, inégalitaires, avec toute une gradation et quelques surfaces de recouvrement. Dans *l'Invention de l'Europe*, Emmanuel Todd extrapole à une cartographie qui couvre l'ensemble de l'espace européen présentant une synthèse des types familiaux tels qu'ils s'y organisent. La famille ainsi présentée est à la fois élément d'inertie, de stabilité et de continuité, mais c'est elle aussi qui par des voies directes ou au contraire plus sophistiquées, conditionne les évolutions des options collectives. C'est des formes de résistance ou au contraire de «nécrose», d'un terme qu'affectionnent nos deux auteurs, de ces structures familiales que dépendent, pour bonne part, les options collectives telles qu'elles se transmettent dans la longue durée.

Sur ce schéma que je résume très simplement, l'ouvrage d'Hervé Le Bras *Les Trois France* apporte des modulations sensibles et, en particulier, s'il attribue toujours à la famille, une importance essentielle, il fait également une part importante à deux autres paramètres, d'une part l'État, l'appareil d'état, le gouvernement central opérant, la prise en mains de l'espace national dans la longue durée, commandant une dialectique centre-périphérie, qui est un puissant élément de déstructuration de ces structures familiales ou communautaires antécédentes. Si l'État est pour lui le second référent majeur, le troisième est fourni par la religion. De l'emprise religieuse, il suit la respiration dialectique entre orthodoxie et hérésie, des albigeois aux protes-

tants, non sans parfois quelques raccourcis audacieux qui font frémir l'historien, mais cette respiration séculaire de l'emprise et des déprises de la religion conduit à un mouvement qu'il n'hésite pas à qualifier très précocement de «déchristianisation», cette évolution inscrit le phénomène religieux dans une position ambiguë, à la fois dans le discours de la chrétienté égalitaire, mais aussi à partir d'un certain moment (à partir surtout de la conquête post-tridentine) élément hiérarchique, élément de conservatisme, devenant le support des attitudes défensive des sociétés familiales menacées. C'est à une combinatoire dans l'espace et le temps que nous convie ainsi Hervé Le Bras dans la carte qu'il propose dans *Les Trois France* de la ventilation des tempéraments répertoriés en tempérament «central» ou «parisien», qui s'inscrit pour l'essentiel dans un bassin parisien assez largement taillé, tempérament «familial», celui des Frances périphériques du Nord, du Nord-Est, de l'Ouest, mais plus encore d'un important môle meridional, cependant qu'un troisième élément, le tempérament «catholique» obéit à une cartographie à la fois proche mais significativement dissemblable de celle du tempérament familial car l'on peut être familiste et déchristianisé, ainsi dans le centre de la France.

Voici résumées les thèses que ces anthropologues nous proposent. On peut y constater, qu'à un certain moment, il apparaît que l'anthropologie a besoin d'histoire; ne serait-ce parfois que pour la récuser, mais en tous cas la marque ou la marche de l'histoire s'inscrit dans ces raisonnements par la découverte chez ces auteurs de l'importance de l'événement fondateur ou «structurant» qu'a représenté la Révolution Française. La Révolution Française, test, épreuve de vérité centrale, pour éprouver la dialectique, centre-périphérie, la Révolution Française, époque cruciale, moment de vérité aussi par la problématique de la déchristianisation en tant qu'étape de la déstructuration d'une civilisation chrétienne.

Si les anthropologues ont ainsi besoin de l'histoire, et si les historiens se trouvent ainsi interpellés par les hypothèses de travail qui leur sont proposées, il est bien évident que l'histoire ne se trouve pas véritablement prête à répondre à cette interpellation. Le contexte historiographique dans lequel nous nous trouvons ne rend pas l'instauration du dialogue facile, ni même évidente. Certes, les historiens, eux-aussi, se sont penchés sur les cartes, sur les phénomènes de spatialisation; mais ils s'y sont penchés, si je me permets là encore de résumer peut-être abusivement, en fonction de plusieurs héritages historiographiques: le premier, les place en contact avec les politologues, et la sociologie qu'elle soit électorale ou religieuse: c'est l'héritage de Goguel, de Siegfried aussi, prolongé jusqu'à René Rémond, à partir des études de sociologie électorale, c'est aussi l'héritage de la sociologie religieuse telle qu'elle a été pratiquée par Gabriel Le Bras et par le chanoine Boulard. Mais il est aussi un autre héritage qui est celui de la réflexion ou des réflexions de l'historiographie française sur les phénomènes d'identité. Il a ses lettres de noblesse et l'on pourrait se référer à l'ultime synthèse de Fernand Braudel, *Identité de la France*, expression d'une vision de l'histoire attentive à la géographie, aux composantes naturelles, à ce que l'on pourrait appeler, en reprenant l'expression de Michelet «le travail de soir sur soi» qui aboutit à l'élaboration d'une identité nationale. Cet héritage historiographique est en voie de renouvellement, et je citerai dans cette perspective la publication actuelle-

ment en cours et assez avancée de cette *Histoire de la France* qui est publiée aux éditions du Seuil sous la direction d'André Burguières et de Jacques Revel et qui aborde succesivement, en 4 volumes, *L'espace français*, *L'État et les pouvoirs*, *l'État et les Conflits* et enfin *Les formes de la culture*. A travers ces différentes approches, ce sont les espaces économiques, sociaux, culturels, le politique, aussi par le biais d'une approche pragmatique mais dont on doit bien relever qu'elle échappe à ces tentatives de modélisation ou d'interprétation globalisante ou totalisante qui caractérisent la démarche anthropologique. Ce qui me frappe, c'est que cette démarche, malgré son ambition, reflète assez bien me semble-t-il, la pluralité des histoires qui caractérise l'historiographie française actuelle. On y rencontre des historiens démographes, comme il y a des historiens de la famille, mais sur fond d'un cloisonnement des histoires qui refuse les modèles imprudents, peut-être en reflet de ce que nous avons évoqué en termes de mort des idéologies. Puis, on peut dire aussi que dans l'historiographie française actuelle, où l'un des traits majeurs s'inscrit sous la forme du retour du politique au sens abstrait et conceptuel du terme, le dialogue avec la démarche anthropologique ne semble pas être comme on dit, au fond de la méthode. De même, l'offensive antiquantitative qui se développe actuellement dans l'historiographie française, mais aussi internationale, et qui réhabilite les «études de cas» en contrepoint des études de séries quantifiées, ne va pas dans le sens me semble-t-il, d'une facilitation du dialogue avec les anthropologues. Enfin le retour du temps court qui est certainement aussi une des caractéristiques de la conjoncture historiographique actuelle, avec la réévaluation de l'événement, s'inscrit apparemment en contrepoint de cette lecture d'une respiration pluriséculaire à laquelle nous invitent nos partenaires.

Que faire alors, dans ce qui peut, apparaître une situation bloquée de non dialogue? La première solution —ce ne sera pas la mienne— serait celle du refus, du rejet, une sorte de pédagogie du mépris qui partirait du constat que, dans leurs analyses, Todd ou Lebras ont une appréhension et une connaissance de l'histoire extrêmement simplifiée pour ne point dire insuffisante: méconnaissance de l'histoire religieuse: on pourrait relever —mais je ne me livrerai pas à cet exercice de dénigrement— les erreurs caractérisées de ces auteurs lorsqu'ils se réfèrent à la production historique dans le domaine de l'histoire religieuse, écrivant que la carte que l'historien Timothy Tackett vient de nous proposer et dont nous parlerons, des réactions au serment constitutionnel, en 1791 (le serment civique imposé aux prêtres) lui a été inspirée par les enquêtes de Marcel Reinhardt sur les prêtres abdicataires, c'est-à-dire sur la déchristianisation de l'An II. Je donne cet exemple au vol comme illustration d'une connaissance pour le moins superficielle de l'histoire religieuse, mais il en va de même pour l'histoire politique qui est mal maîtrisée et qui amène nos auteurs à une lecture très simplifiante du phénomène d'adhésion ou au contraire de refus de la Révolution Française. Ils s'en tiennent à une carte élémentaire des mouvements révolutionnaires, extraite d'un atlas historique, cautionné, hélas, par Georges Duby, et qui ne présente aucune valeur au sens proprement historique.

La facilité serait sans doute de dire que nous n'avons rien à faire avec cette reconstruction. Je crois qu'il faut aller plus loin, et prendre au sérieux ce challenge ou ce défi. Et pour cela, il me semble bien indispensable de reprendre le dossier à la ba-

se et d'apporter précisément, à partir d'une démarche historique prudente et maitrisée, les éléments de réflexion qui nous permettent sinon de trancher le problème du moins de nous interroger de façon plus sérieuse sur la mise en place, sous la Révolution Française, dans ce cadre de cette décennie «structurante», des options collectives dont on peut mesurer l'emprise jusqu'à aujourd'hui ou du moins jusqu'à hier.

C'est un peu de travail que nous avons entrepris à l'occasion du Bicentenaire par le lancement d'un *Atlas historique de la Révolution Française*, dont ont été publiés, d'ores et déjà, cinq fascicules portant sur différents thèmes: la culture, l'armée, les communications et l'espace français. Cet Atlas n'en est qu'à ses débuts, mais je crois qu'il ne faut pas en attendre l'achèvement qui sera entreprise de longue durée pour s'interroger sur ce que nous pouvons proposer aujourd'hui déjà en termes de géopolitique de la Révolution Française. C'est le thème auquel je m'attache actuellement dans le cadre d'un ouvrage sur la «Géopolitique de la Révolution Française», et c'est, d'une certaine façon, un peu la primeur, sinon de mes conclusions, du moins de mes démarches que je vous proposerai maintenant.

Cette enquête assume la prudence nécessaire. Il m'a semblé nécessaire de hiérarchiser les différentes perceptions des réactions collectives, avec une prudence sans laquelle on risque de tomber dans le domaine de la confusion à laquelle n'échappent pas les anthropologues. Je pars de la Révolution «vue d'en bas» telle qu'on peut l'apprécier à partir des mouvements paysans analysés à partir des données de la thèse, malheureusement encore inédite, de l'historien soviétique Anatoli Ado, qui se prête à une spatialisation assez précise de ces foyers, et nous en propose une étude cinétique: d'où ce jeu de cartes dont nous retiendrons essentiellement les carts synthétiques qui font apparaître deux types de mouvements paysans. En premier lieu, les émeutes de subsistances contre la cherté du grain et du pain, avec un épicycle très fortement inscrit dans les plaines de grande culture du bassin parisien, mais aussi une coulée rhodanienne, de la Bourgogne jusqu'à la Provence. Ce n'est point la même carte, on en juge, que celle des actions antiféodales, telles qu'on les voit s'inscrire principalement dans la France méridionale englobant une bonne partie du Sud-Ouest et du Massif Central, mais aussi également une partie du Sud-Est méditerranéen, de la région lyonnaise jusqu'à la Provence. Ces cartes nous interrogent; on est tenté de les corrélérer à des cartes d'interprétation et incontestablement c'est la carte de la propriété, de la paysannerie propriétaire ou d'un certain type de faire-valoir comme le métayage qui rend le mieux compte des sites où cette révolution paysanne a trouvé ses enracinements. Nous sommes beaucoup moins avancés, et c'est pourquoi je n'insisterai pas sur ce thème en ce qui concerne l'étude des révolutions urbaines, tel qu'on peut l'évoquer à partir d'une carte tirée de *l'histoire socialiste* de Jean Jaurès, qui nous confronte à un semis de mouvements urbains, qui semblerait au contraire privilégier la partie nord de la France.

À partir de ces révolutions à la base, on peut envisager de suivre les étapes de la formation d'un espace national. Nous restons encore au niveau du gestuel, au niveau des mouvements d'une spontanée —fût-elle organisée ou contrôlée— en prenant en compte un certain nombre d'indicateurs privilégiés. Voici la révolution de la peur ou de la panique, telle qu'on peut l'évoquer à partir des courants de la Grande Peur,

reflet encore d'une France fidèle à l'expression de Mirabeau d'un «agrégat inconstitué de peuples désunis». Dispersés à travers le pays, six épïcètres attestent du caractère polynucléaire d'une panique qui cependant a couvert en moins de trois semaines l'ensemble de l'espace national. Mais le trait le plus frappant c'est que l'impulsion ne vient point de Paris, mais au contraire éclate simultanément aux quatre coins du royaume. De même pourrait-on ranger sous cette même approche le mouvement des Fédérations, qui prend naissance dans le Sud-Est de la France, dans la vallée du Rhône, et va exploser à travers l'espace français. Les Fédérations de 1790, comme une sorte «d'anti-Grande Peur», substituent à la panique initiale la prise de conscience et l'affirmation d'une conscience nationale, patriotique. Et j'ai choisi également d'illustrer ces révolutions prises à la source à partir des cheminements d'un support symbolique de la découverte de la politique, la plantation des Arbres de la Liberté, qui prend naissance, vous le voyez, non point à Paris, mais à l'épicentre des révoltes paysannes, tel que nous l'avons évoqué à l'instant, dans cette région du Quercy et du Périgord, disons dans le Centre-Quest de la France et qui explose, puis rayonne ensuite sur l'ensemble national. De la Peur aux Fédérations, on peut suivre, à partir d'autres tests ou d'autres supports, les frayages mêmes de la politisation et la formation d'un espace national. C'est ainsi que des cartes très suggestives peuvent être dressées — je n'en ai pas reproduit ici pour ne pas abuser de cette expression graphique — de la presse révolutionnaire et de sa diffusion, comme on peut se pencher sur les faits de sociabilité politique, actuellement bien étudiés, à partir d'un décompte désormais achevé des Clubs et des Sociétés populaires tels qu'on les voit implantés dans l'espace national en 1794.

La carte qui a été dressée par une équipe sous la direction de Jean Boutier et Philippe Boutry sollicite directement l'approche conjointe de l'historien et de l'anthropologue; car c'est bien là que l'on apprécie l'héritage du temps long, à travers l'héritage des formes de sociabilité pré-révolutionnaire qui s'exprimaient dans les confréries religieuses et notamment dans les structures des confréries de pénitents. On mesure à quel point ce frayage des formes de sociabilité ancienne s'exprime par une expression spatiale tout à fait originale, en faisant apparaître l'extraordinaire densité des sociétés populaires dans le Midi, notamment dans le Midi méditerranéen, mais aussi dans d'autres régions de sociabilité ancienne tel que le Limousin, ou le Nord du Massif Central.

Suivant ainsi les frayages de la politisation à partir de la presse ou de la sociabilité politique, on apprécie mieux la dialectique Paris-Province; traitant le flux des adresses, des correspondances, des pétitions qui sont reçues à la Convention Nationale en l'An II, j'ai pu, à partir d'un corpus massif de 15000 adresses, dresser une carte qui confronte aux contrastes non point de la France révolutionnaire et de la France contre-révolutionnaire, mais de la France qui bouge et des France du silence, telles qu'on les voit s'inscrire dans l'Ouest, mais aussi au coeur de la France, dans un Massif Central largement taillé, ou dans la zone intra-alpine. Voici donc une autre approche qui permet de mesurer l'engagement ou la participation, qu'elle se fasse dans un sens ou dans l'autre, à la dynamique révolutionnaire. Au rang de ces indicateurs, on pourra s'étonner peut-être de ne pas voir apparaître l'expression propre-

ment politique; j'entends le bilan des scrutins électoraux. On a dressé cependant des cartes de l'implantation des députés montagnards à la Convention, et en contre-point de l'implantation des députés girondins, de même que des cartes ont été proposées des socres des jacobins ou des thermidoriens sous le Directoire, confrontés aux scores des royalistes ou des contre-révolutionnaires. Mais, cette expression politique, qui renverrait aux approches de la sociologie actuelle, n'est que très modestement exploitable pour une période qui découvre la politique, et où le taux de participation aux scrutins électoraux reste extrêmement faible, replié sur une élite qualifiée, tant et si bien, pour prendre un exemple que le département de la Vendée envoie à la Convention nationales, des députés qui sont tous des Montagnards bon teint !... Expression du maximalisme jacobin d'une zone de frontière intérieure. On mesure par ce trait la discordance qu'il peut y avoir entre la sociologie politique telle qu'on peut l'exprimer à partir des résultats électoraux, et les options collectives dont on sait ce qu'elles sont dans la Vendée insurgée contre la Révolution.

C'est que le politique révolutionnaire passe par d'autres voies que la politique. Nous apprécions l'importance de l'événement «structurant», à la fois révélateur, catalyseur, mais en même temps traumatisme majeur qu'a représenté le schisme constitutionnel, à travers la crise religieuse telle qu'elle s'affirme à partir de 1790. Les cartes qui reflètent le mieux cette France coupée en deux sont celles du serment qui a été imposé au clergé paroissial en 1791, elles ont été mises au point de façon très précise par l'ouvrage récent de Timothy Tackett, *La religion, l'église, la France*. Sur la carte des assermentés de 1791 l'adhésion à la fois au serment et à une orthodoxie révolutionnaire apparaît dominante dans un grand bassin parisien largement taillé, dans le quart sud-est, mais en contre-point s'inscrivent les zones du refus: l'ouest, le nord, le nord-est et le revers sud-est du Massif Central. Cette spatialisation trouve une confirmation importante dans la carte que j'ai établie pour ma part, de la déchristianisation de l'an II qui en est le reflet fidèle (à une exception près pour les régions alpines) faisant apparaître comme régions d'intense déchristianisation, le Bassin parisien, la France centrale et une partie du couloir de la Saône et du Rhône.

Ces cartes des attitudes religieuses vont, on le sent bien, bien au-delà du domaine de la religion, au sens étroit du terme; elles nous permettent d'affiner la spatialisation des attitudes collectives, que l'on peut compléter —mais je passe sur ce point, encore qu'il soit important— par les cartes des résistances à la Révolution Française: résistance à la déchristianisation, résistance à l'impact centralisateur jacobin. Il en est une toutefois que nous pouvons mettre en valeur car elle est assez suggestive: c'est celle que j'appellerai carte non point de la révolte ouverte, non point de la contre-révolution armée, mais la carte du **mauvais-gré**. J'entends par là la carte des résistances passives, qui s'expriment en particulier dans le refus de la conscription, des levées d'hommes, et du départ aux frontières des conscrits levés par la République. La carte des déserteurs est très homogène dans sa structuration et on ne peut pas ne pas remarquer la ressemblance qu'elle présente avec les cartes des émotions paysannes, telles que nous les avons présentées, comme avec les cartes de la paysannerie propriétaire des petits exploitants du sud-ouest et du Massif Central.

De ces jeux de cartes superposés que je viens d'évoquer, que pouvons-nous attendre? Il s'impose bien sûr de battre les cartes, au sens le plus littéral du terme, de

jouer de ces corrélations pour tenter précisément de faire apparaître un certain nombre de conclusions, ou en tous cas d'hypothèses de travail. Telles qu'on peut les confronter, elles portent un assez rude coup à l'explication proposée par Hervé Lebras de la dialectique trop rebattue à mon sens, centre-périphérie: l'argument est à la fois incontestable et constamment contestable, dans la mesure où il est vrai qu'une partie des mouvements de refus, que ce soit dans le domaine politique ou le domaine religieux, s'inscrit dans la France des anciens pays d'État, des provinces périphériques, mais ce n'est absolument pas la règle. C'est au cœur de l'espace français qui éclate, par exemple, le mouvement de déchristianisation de l'an II, dans cette aire centrale qui va, au nord du Massif-Central, du Morvan au Nivernais et au Berry, jusqu'au Limousin. La dialectique centre-périphérie se révèle grossièrement opératoire, mais assume aussi toute ses limites: et on pourrait y objecter l'intensité de la politisation du Midi méditerranéen et de certaines parties de sud-ouest, notamment toulousain, qui s'inscrivent en faux contre cet argumentaire. Ces régions ont vécu intensément la Révolution.

Préférerons-nous nous référer à une autre matrice qui serait l'affirmation d'un contraste nord-sud, opposant la France alphabétisée qui s'inscrit au nord-est d'une ligne grossièrement médiane de St Malo à Genève, opposant la France cultivée aux France non point de l'inculture mais d'autres formes culturelles? Cette dialectique nord-sud en fait n'apparaît que très partiellement opératoire pour expliquer les prises de position collective. Sans doute se trouve-t-elle reproduite et évoquée dans la cartographie de l'obéissance aux levées d'hommes, de la docilité des populations de la France septentrionale qui ne fournissent que fort peu de déserteurs, encore qu'il y ait à cela un certain nombre d'exceptions sensible. Cette autre matrice de références en fait ne rend pas compte de l'ensemble des formes de l'engagement révolutionnaire. Il me semble arbitraire et artificiel d'opposer à une France du Nord révolutionnaire et bien pensante, au sens de l'orthodoxie révolutionnaire, à un Midi qui traînerait les pieds, même si ce contraste peut être suggéré à partir d'un certain nombre de facteurs. On se trouve renvoyé finalement, comme à la plus suggestive, à la carte des attitudes religieuses, plus nuancée, plus modulée, et qui en même temps annonce très directement la carte à la fois de la pratique religieuse et des attitudes politiques de la période actuelle. Mais cette carte, comment l'interpréter? Si nous nous référons aux hypothèses de travail des historiens actuels et en particulier aux commentaires dont Timothy Tackett a accompagné l'analyse fouillée du serment constitutionnel, les éléments d'interprétation ou d'explication proposés renvoient essentiellement à un héritage qui est celui des succès et des échecs de la contre Réforme. Contre Réforme bien accueillie, couronnée de succès dans une France de l'Ouest par exemple, où la symbiose est poussée entre le corps ecclésial et le peuple chrétien, alors qu'au contraire, dans des espaces comme celui du Bassin parisien, de la France du Centre, d'une partie aussi du Midi, cet équilibre est loin d'être réalisé, et l'on peut parler sinon déjà de déchristianisation, du moins d'évolution profane, ou de sécularisation. Mais il reste que nous nous inscrivons ici dans un autre système explicatif. La redécouverte du religieux, très caractéristique de toute une tendance de l'historiographie française actuelle, peut elle rendre compte de l'ensemble et de la complexité des phénomènes aux origines de la politisation de l'espace français?

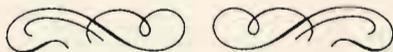
Si cet exercice de confrontation nous laisse sinon sur des perplexités, du moins sur des interrogations majeures, il n'en porte pas moins apparemment un rude coup au modèle explicatif des anthropologues. On en juge par la complexité et les contradictions mêmes de la tentative de synthèse d'Emmanuel Todd dans *l'Invention de l'Europe*. Les cartes qu'il propose sur la confrontation de l'espace révolutionnaire et de l'espace contre-révolutionnaire, à vrai dire bien arbitrairement définis, à partir d'éléments tels que l'alphabétisation ou à l'inverse le refus de la constitution civile du clergé, pris comme test, le premier de la pénétration de la diffusion des Lumières, le second au contraire de la puissance des refus collectifs, sont loin d'être démonstratives. L'espace «contre-révolutionnaire», somme toute, paradoxalement, trouve sa réalisation la plus poussée dans un Ouest qui se présente majoritairement comme celui de la famille nucléaire absolue. Il devient tout à fait artificiel de faire de la France des résistances, celles de la famille complexe et de la famille souche, résistante aux agressions de l'état, quand les contre-épreuves apparaissent aussi multiples.

Concluons-nous que le dialogue est impossible? Sur la base de cette appréciation critique, on est fondé à me demander des comptes. Si nous récusons cette lecture, quelles démarches proposer, et sur quelles hypothèses de travail s'appuyer? Très modestement, je proposerais de revenir pour rendre compte d'un problème qui déborde très largement le cadre ponctuel de la Révolution Française, à une sorte de combinatoire qui associe et qui, prudemment, soupèse l'importance des différents éléments. Prendre en compte le poids des facteurs socio-économiques qui, chez nos auteurs de référence semble évanescer. La place de la ventilation sociale de la propriété nobiliaire, bourgeoise, ecclésiastique, le poids du système féodal et du prélèvement seigneurial, la place et le rôle des villes, de l'urbanisation et des autres traits de modernité, autant d'éléments que l'on a trop tendance à évacuer, me semble-t-il, comme trop classiques peut-être ou renvoyant à un schéma dit «marxiste» d'interprétation, dans une historiographie, comme dans une anthropologie qui ont tendance aujourd'hui à basculer du «tout social» au «tout politique».

Ce qui n'implique pas pour moi, il s'en faut, de négliger les autres paramètres: le poids du religieux, justement réévalué actuellement dans le cadre de ces études sur les résistances et sur le façonnement des options collectives; plus largement le poids du culturel, dont on perçoit l'importance à partir des études sur la sociabilité politique. Dans ce réseau de conditionnements, la famille tient sans doute sa place, plus cachée, moins visible, sans fournir pour cela, me semble-t-il, l'ultima ratio, sans se constituer en «tout surdéterminant» qui conditionnerait secrètement l'évolution globale. La Révolution Française tout simplement ne saurait se résumer à l'affrontement de la famille complexe ou de la famille souche, contre la famille nucléaire; pas plus qu'elle n'exprime la lutte de la périphérie contre le centre. Le dialogue en termes de malentendus ou d'ignorance réciproque entre historiens et anthropologues ne saurait non plus pour moi se résumer de façon caricaturale, en un affrontement du temps long, d'une histoire immobile ou presque, contre le temps court de l'historien (peut-être un temps à courte vue?) pas plus qu'on ne saurait le restreindre au conflit de deux démarches: créativité, mais aussi imprudence et modélisation réductrice de l'anthropologue contre prudence excessive peut-être d'une historiographie

qui se méfie aujourd'hui des grandes synthèses totalisantes. A travers cet exemple, ce sont bien des questions fondamentales qui se trouvent posées: celles des «tempéraments collectifs», mot fallacieux et fausse idée claire peut-être, du moins concept opératoire... S'impose également une interrogation sur la mémoire, sur le façonnement et sur la transmission même des options, des attitudes collectives, dans un monde qui change, mais où cette transmission non linéaire s'opère de façon parfois presque paradoxale.

Dieu est mort, Marx est mort, ne resterait-il que la famille? Valeur refuge jusqu'à aujourd'hui, ou du moins hier; même s'il s'agit d'un leurre ou de l'illusion d'un moment, je crois que ce vrai faux-dialogue, ce malentendu nous introduit malgré tout —et c'est peut-être son intérêt— à l'évocation très significative du paysage d'âme d'un moment et de la réflexion, en cours aussi bien chez les historiens que chez les anthropologues.



Une histoire de la peur

POR JEAN DELUMEAU
(Collège de France)

Les raisons scientifiques d'une enquête sur la peur dans l'histoire sont évidentes, puisque ce thème n'avait que rarement fait l'objet d'études systématiques. Pour le demi-millénaire qui a précédé la Révolution, on ne pouvait guère citer que l'ouvrage remarquable de Georges Lefebvre sur la *Grande Peur de 1789* (1932) et un article de Lucien Febvre dans les *Annales E. S. C.* de 1956 sur «le sentiment de sécurité». Ces deux auteurs invitaient à «restituer à la peur sa place légitime dans l'histoire».

Pourquoi ce silence prolongé sur le rôle de la peur dans l'histoire? Sans doute à cause d'une confusion mentale largement répandue entre peur et lâcheté, courage et témérité. Par une véritable hypocrisie, à la fois le discours écrit et la langue parlée —le premier influençant la seconde— ont eu longtemps tendance à camoufler les réactions naturelles qui accompagnent la prise de conscience d'un danger derrière les faux-semblants d'attitudes bruyamment héroïques. «Le mot «peur» est chargé de tant de honte, écrit G. Delpierre, que nous la cachons. Nous enfouissons au plus profond de nous la peur qui nous tient aux entrailles».

C'est au moment —XIV^e-XVI^e siècles— où commencent à monter dans la société occidentale l'élément bourgeois et ses valeurs prosaïques qu'une littérature épique et narrative encouragée par la noblesse menacée renforce l'exaltation sans nuance de la témérité. «Comme la bûche ne peut pas brûler sans feu, enseigne Froissard, le gentilhomme ne peut accéder à l'honneur parfait, ni à la gloire du monde, sans prouesse». Trois quarts de siècle plus tard, le même idéal inspire l'auteur de *Jehan de Saintré* (vers 1456). Pour lui, le chevalier digne de ce titre doit braver les dangers par amour de la gloire et de sa dame. Il est «celui qui... fait tant que, entre les autres, il est nouvelles de lui» par des exploits guerriers, s'entend. On acquiert d'autant plus d'honneur qu'on risque davantage sa vie dans des combats inégaux.

Ceux-ci sont le pain quotidien d'*Amadis de Gaule*, un héros issu du cycle du roman breton, qui fait même «trembler les plus cruelles bêtes sauvages». Edité en Espagne en 1508, traduit en français à la demande de François I^{er}, l'*Amadis de Gaule* et ses suppléments donnent lieu au XVI^e siècle à plus de 60 éditions espagnoles et à une foule de françaises et italiennes. Plus impressionnante encore est la fortune du *Roland furieux* d'Arioste: quelque 180 éditions de 1516 à 1600. Roland, «paladin

inaccessible à la peur» méprise naturellement «la vile troupe des Sarrasins» qui l'attaque à Roncevaux. Durandal aidant, «les bras, les têtes, les épaules [des ennemis] volent de toutes parts» (chap. XIII). Quand aux chevaliers chrétiens que Tasso met en scène dans la *Jérusalem délivrée* (1^{er} ed., 1581), arrivant devant la ville sainte, ils piaffent d'impatience, «devançant le signal des trompettes et des tambours, et se mettent en campagne avec de hauts cris d'allégresse» (chap. III).

Cet archétype du chevalier sans peur, sinon toujours sans reproche, est constamment rehaussé par le contraste avec une masse réputée sans courage. Jadis Virgile avait écrit: «La peur est la preuve d'une naissance basse» (*Enéide*, IV, 13). Montaigne attribue aux humbles, comme une caractéristique évidente, la propension à la frayeur, même lorsqu'ils sont soldats: ils aperçoivent des cuirassiers là où il n'y a qu'un troupeau de brebis; ils prennent des roseaux pour des lanciers. Associant en outre lâcheté et cruauté, il assure que l'une et l'autre sont plus spécialement le fait de «cette canaille de vulgaire». Au XVII^e siècle La Bruyère accepte comme une certitude l'idée que la masse des paysans, des artisans et des serviteurs n'est pas courageuse parce qu'elle ne recherche pas —et ne peut pas rechercher— la renommée.

Le roman et le théâtre ont à leur tour souligné l'incompatibilité entre ces deux univers à la fois sociaux et moraux: celui de la vaillance —individuelle— des nobles et celui de la peur —collective— des pauvres. Don Quichotte se préparant à intervenir pour l'armée de Pentapolin contre celle d'Alifanfaron, Sancho Pança lui fait timidement remarquer qu'il s'agit simplement de deux troupeaux de moutons. Il s'attire cette réponse:

«C'est la peur que tu as qui te fait, Sancho, voir et entendre tout de travers. Mais si ta frayeur est si grande, retire-toi à l'écart... Seul, je donnerai la victoire au parti auquel je porterai le secours de mon bras».

De l'Antiquité jusqu'à une date récente, mais avec accentuation au temps de la Renaissance, le discours littéraire appuyé par l'iconographie (portraits en pied, statues équestres, gestes et drapés glorieux) a exalté la vaillance —individuelle— des héros qui dirigeaient la société. Il était nécessaire qu'ils fussent tels, ou du moins présentés sous cet angle, afin de justifier à leurs propres yeux et à ceux du peuple le pouvoir dont ils étaient revêtus. Inversement, la peur était le lot honteux —et commun— et la raison de la sujétion des vilains.

Avec la Révolution française, ceux-ci conquièrent de haute lutte le droit au courage. Mais le nouveau discours idéologique copia largement l'ancien et eut, lui aussi, tendance à camoufler la peur pour exalter l'héroïsme des humbles. Ce n'est donc que lentement qu'une description et une approche objectives de la peur débarrassée de sa honte ont commencé à se faire jour. De façon significative les premières grandes évocations de panique furent équilibrées en contre-point par des éléments grandioses qui apportaient comme des excuses à une débâcle. Pour Victor Hugo, c'est la «Déroute, géante à la face effarée», qui eut raison du courage des soldats de Napoléon à Waterloo; et «ce champ sinistre où Dieu mêla tant de néants // Tremble encore d'avoir vu la fuite des géants». Dans le tableau de Goya intitulé *La Panique* (Prado), un colosse dont les poings frappent un ciel chargé de nuages paraît justifier l'affolement d'une multitude qui se disperse en hâte dans toutes les directions.

Puis, peu à peu, le souci de la vérité psychologique l'a emporté. Des *Contes* de Maupassant aux *Dialogues des Carmélites* de Bernanos en passant par *La Débâcle* de Zola, la littérature a progressivement redonné à la peur sa vraie place, tandis que la psychiatrie se penche maintenant de plus en plus sur elle. De nos jours on ne compte plus les ouvrages scientifiques, les romans, les autobiographies, les films qui font figurer la peur dans leur titre. Curieusement l'historiographie qui, en notre temps, a défriché tant de nouveaux domaines, avait négligé celui-ci: d'où mon enquête.

Enquête, donc, sur la peur autrefois; mais sur quelle durée et dans quel espace? Surgissaient ici deux tentations: celle du trop étroit et celle du trop large; et deux dangers: l'excès de concentration et l'excès de dispersion. J'ai opté pour une solution moyenne en recherchant deux homogénéités complémentaires l'une de l'autre. Il m'a semblé, à titre d'hypothèse de départ, que la période 1348-1648 offrait pour mon propos une réelle cohérence, bien qu'elle ne fût pas conforme aux découpages chronologiques traditionnels. Car 1348 marque la rentrée en force de la peste en Europe. Or, la Peste Noire constitua dans l'Europe du XIV^e siècle un traumatisme extraordinaire. En outre, à peu près en même temps qu'elle, se produisit en Europe un retournement de la conjoncture économique après ce qu'on a appelé le «beau XIII^e siècle». Les conditions climatiques se dégradèrent quelque peu par un excès d'humidité; les mauvaises récoltes se multiplièrent; un repli agricole se dessina. Révoltes rurales et urbaines, guerres civiles et étrangères dévastèrent aux XIV^e et XV^e siècles un Occident désormais plus ouvert que jadis aux épidémies, aux disettes et à la violence. A ces malheurs en chaîne s'ajoutèrent la menace de plus en plus précise du danger turc et le Grand Schisme (1378-1417) qui, aux hommes d'Eglise tout au moins, apparut comme «le scandale des scandales».

Assurément la situation démographique et économique de l'Europe se redressa à la fin du XVe siècle et au cours du XVI^e en commençant par l'Italie.

Mais, d'une part, les pestes et les disettes continuèrent de sévir périodiquement, maintenant les populations en état d'alerte biologique; et, d'autre part, les Turcs jusqu'à Lépante (1571) accentuèrent leur pression, tandis que la cassure provisoire du Grand Schisme, un moment colmatée, s'ouvrait plus béante que jamais avec le Protestantisme et les sanglantes guerres de Religion, celles-ci ne se terminant qu'avec la paix de Westphalie en 1648. D'où les limites générales à l'intérieur desquelles j'ai principalement développé ma recherche, me réservant cependant pour les besoins de tel ou tel développement particulier de les déborder ici ou là, ce que je fais aujourd'hui.

Qu'il y ait ou non en notre temps sensibilité plus grande à la peur, celle-ci — mon enquête historique m'en a convaincu — est une composante majeure de l'expérience humaine, en dépit des efforts tentés pour la dépasser. «Il n'y a pas d'hommes au-dessus de la peur, écrit un militaire, et qui puisse se vanter d'y échapper». Un guide de haute montagne à qui l'on pose la question «Vous est-il arrivé d'avoir peur?» répond: «On a toujours peur de l'orage quand on l'entend crépiter sur les roches. Ça tire les cheveux sous le béret». Le titre de l'ouvrage de Jakov Lind, *La peur est ma racine*, ne s'applique pas seulement au cas d'un enfant juif de Vienne qui découvre l'antisémitisme. Car la peur «est née avec l'homme au plus obscur des âges». «Elle

est en nous... Elle nous accompagne toute notre existence». Citant Vercors, qui donne cette curieuse définition de la nature humaine —les hommes portent des gris-gris, les animaux n'en portent pas—, Marc Oraison conclut que l'homme est par excellence «l'être qui a peur». Dans le même sens, Sartre écrit: «Tous les hommes ont peur. Tous. Celui qui n'a pas peur n'est normal, ça n'a rien à voir avec le courage». Le besoin de sécurité est donc fondamental; il est à la base de l'affectivité et de la morale humaines. L'insécurité est symbole de mort et la sécurité symbole de la vie. Le compagnon, l'ange gardien, l'ami, l'être bénéfique est toujours celui qui apporte et répand autour de lui la sécurité. Aussi est-ce une erreur de Freud de n'avoir «pas poussé l'analyse de l'angoisse et de ses formes pathogènes jusqu'à l'enracinement dans le besoin de conservation menacé par la prévision de la mort». L'animal n'anticipe pas sa mort. L'homme au contraire sait —très tôt— qu'il mourra. Il est donc «seul au monde à connaître la peur à un degré aussi redoutable et durable». En outre, notait Roger Caillois, la peur des espèces animales est unique, identique à elle-même, immuable; celle d'être dévoré. «Alors que la peur humaine, fille de notre imagination, n'est pas une, mais multiple, n'est pas fixe, mais perpétuellement changeante». D'où la nécessité d'en écrire l'histoire.

Toutefois la peur est ambiguë. Inhérente à notre nature, elle est un rempart essentiel, une garantie contre les périls, un réflexe indispensable permettant à l'organisme d'échapper provisoirement à la mort. «Sans la peur aucune espèce n'aurait survécu.» Mais si elle dépasse une dose supportable, elle devient pathologique et crée des blocages. On peut mourir de peur, ou du moins être paralysé par elle. Mauissant, dans les *Contes de la Bécasse*, la décrit comme «une sensation atroce, une décomposition de l'âme, un spasme affreux de la pensée et du cœur dont le souvenir seul donne des frissons d'angoisse».

Siméon déclare de la même façon que la peur est un «ennemi plus dangereux que tous les autres». Encore actuellement, des Indiens —et même des Métis— de villages reculés du Mexique gardent parmi leurs concepts celui de maladie de la frayeur (*espanto* ou *susto*): un malade a égaré son âme en raison d'une frayeur. Avoir un *espanto*, c'est «laisser l'âme ailleurs». On pense alors qu'elle est retenue par la terre, ou par des petits êtres malfaisants appelés *chaneques*. D'où l'urgence d'aller chez une «guérisseuse d'effroi» qui, grâce à une thérapeutique appropriée, permettra à l'âme de réintégrer le corps dont elle s'est échappée. Ce comportement n'est-il pas à rapprocher de celui des paysans du Perche dont le curé J. B. Thiers au XVII^e siècle décrivait les pratiques «superstitieuses»? Pour se prémunir contre la peur, ils portaient sur eux des yeux ou des dents de loup, ou encore, si la possibilité s'en présentait, ils montaient sur un ours et faisaient plusieurs tours dessus.

La peur peut en effet devenir cause de l'involution des individus, et Marc Oraison fait remarquer à ce propos que la régression vers la peur est le danger qui guette constamment le sentiment religieux.

Collective, la peur peut encore conduire à des comportements aberrants et suicidaires d'où l'appréciation correcte de la réalité a disparu: telles ces paniques qui ont scandé l'histoire récente de la France depuis Waterloo jusqu'à l'exode de juin 40. Zola a fidèlement décrit celles qui aboutirent à la défaite de 1870:

«... Les généraux galopèrent dans l'effarement, et une telle tempête de stupeur soufflait, emportant à la fois les vaincus et les vainqueurs, qu'un instant les deux armées s'étaient perdues, dans cette poursuite, sous le grand jour, Mac-Mahon filant vers Lunéville, tandis que le prince royal le cherchait du côté des Vosges. Le 7 [août], les débris du 1^{er} corps traversaient Saverne, ainsi qu'un fleuve limoneux et débordé, charriant des épaves. Le 8, à Sarrebourg, le 5^e corps venait tomber dans le 1^{er} comme un torrent démonté dans un autre, en fuite lui aussi, battu sans avoir combattu, entraînant son chef, le général de Failly, éperdu, affolé de ce qu'on faisait remonter à son inaction la responsabilité de la défaite. Le 9, le 10, la galopade continuait, un sauve-qui-peut enragé qui ne regardait même pas en arrière».

On comprend pourquoi les Anciens voyaient dans la peur une punition des dieux, et pourquoi les Grecs avaient divinisé Deimos (la Crainte) et Phobos (la Peur), s'efforçant de se les concilier en temps de guerre. Les Spartiates, nation militaire, avaient consacré un petit édicule à Phobos, divinité à qui Alexandre offrit un sacrifice solennel avant la bataille d'Arbèles.

Changeons volontairement et brusquement de temps et de civilisation, et plongeons un instant dans la modernité économique. Dans ce domaine, écrit A. Sauvy, «où tout est incertain, et où l'intérêt est constamment en jeu, la peur est continue». Les exemples qui le prouvent sont légion, des bousculades de la rue Quincampoix au temps de Law au «jeudi noir» du 24 octobre 1929, à Wall Street, en passant par la dépréciation des assignats et la dégringolade du mark en 1923. Dans tous ces cas, il y eut panique irréfléchie par contagion d'une véritable peur du vide. L'élément psychologique, c'est-à-dire l'affolement, déborda la saine analyse de la conjoncture. Plus de lucidité et de sang-froid, moins d'appréhension excessive de l'avenir de la part des détenteurs de billets et d'actions auraient sans doute permis de continuer l'expérience de Law, de contenir dans des limites raisonnables les dévaluations respectives de l'assignat révolutionnaire, puis du mark de Weimar et surtout de mieux contrôler, à la suite du krach de 1929, la chute de la production et l'accroissement du chômage. Les jeux de la Bourse, dont dépendent —hélas!— tant de destins humains, ne connaissent finalement qu'une règle: l'alternance d'espérances immodérées et de peurs irréfléchies.

Rendu attentif à ces faits évidences, le chercheur découvre, même au cours d'un survol rapide de l'espace et du temps, le nombre et l'importance des réactions collectives de crainte. Je ne me rendais pas compte, avant d'avoir travaillé sur ce vaste sujet qu'est la peur dans l'histoire, combien la plupart de nos ancêtres étaient allergiques à la mer, ni combien les relations quotidiennes étaient bouleversées, voire démantelées dans une ville assiégée par la peste, ni quel rôle jouait la peur dans les séditions spontanées d'autrefois. Je voudrais insister brièvement sur ce dernier point. L'historien n'a pas la prétention de résoudre à lui seul l'immense question de savoir si les causes de la violence humaine sont anthropologiques ou sociologiques, c'est-à-dire s'il existe ou non dans l'homme un instinct destructif primaire. Mais il peut apporter sa contribution au débat et montrer, dossiers en main, que la plupart des séditions dans l'Europe des XIV-XVII^e siècles furent des réactions défensives motivées par la peur d'un danger soit réel, soit partiellement imaginaire, soit totalement illu-

soire (mais non ressenti comme tel). Si cette analyse historiographique est exacte, il en découle —et cela est valable aussi pour aujourd'hui— que diminuer la peur dans une collectivité, c'est en même temps y désamorcer des charges explosives.

Les deux principales causes des séditions spontanées d'autrefois étaient la crainte de manquer de pain en période de disette et celle d'être victime d'une surcharge fiscale. Au niveau collectif ces deux appréhensions se rejoignaient. Car, encore à l'époque de Louis XIV, on pouvait mourir de faim en France. D'autre part, une augmentation d'impôts —la France en connut beaucoup sous Richelieu— pouvait faire basculer de nombreuses familles dans la misère. Les révoltés, dans l'un et l'autre cas, avaient donc le sentiment, souvent justifié, que leur vie et celle des leurs étaient en danger. C'est ce qui explique le fait, maintenant bien éclairé par l'historiographie, que le signal de la révolte était souvent donné par les femmes. Car, les premières, elle percevaient la menace que la disette et l'accroissement des charges fiscales faisaient peser sur leur foyer.

Dresser un inventaire, même incomplet, des peurs ordinaires d'autrefois, notamment celles des classes populaires, c'est être conduit à mesurer combien la science, la technologie, et avec elles l'esprit critique nous ont libérés. La peste ne fait plus disparaître en quelques mois la moitié de la population d'une ville comme ce fut le cas à Milan en 1630, à Naples en 1656 et à Marseille en 1720. Personne n'a plus faim en Occident. Nous avons oublié la peur du loup. Nous ne redoutons plus guère ni les revenants ni les comètes. Nous nous réjouissons à l'idée d'entreprendre une croisière maritime, alors que la mer apparaissait à nos ancêtres comme l'espace de perdition par excellence. Quand nous lisons, dans les «rituels» d'autrefois (mais cet autrefois peut être tout simplement le XIX^e siècle) les diverses bénédictions que l'Église catholique, à la demande des populations, mettait en oeuvre pour la protection de l'existence journalière, nous mesurons combien nos aïeux vivaient entourés par la peur. Dans un ouvrage en latin, du XVII^e siècle, réédité à Venise en 1779, figurent une bonne centaine d'«absolutions, bénédictions et exorcismes» se rapportant à la vie quotidienne: bénédictions des troupeaux, du vin, du lait, des oeufs, de «toute viande», des vers à soie, des caves à vin, des granges, du lit conjugal, du puits nouveau, du sel qu'on donnera aux animaux, de l'air pour qu'il reste serein ou apporte la pluie; conjurations de «la tempête imminente» et du tonnerre; exorcismes contre les vers, les rats, les serpents et tous animaux nuisibles, etc.

Mon enquête sur la *Peur en Occident* m'a conduit vers trois conclusions principales. La première a mis en relief des concomitances qui ne pouvaient apparaître qu'au moyen d'un exposé synthétique. Un certain nombre de peurs ont, en effet, culminé *ensemble*, en particulier celle des sorcières, des blasphémateurs, des hérétiques, de Satan et de la fin du monde. Elles ont grandi presque du même pas à partir du milieu du XIV^e siècle, atteignant leur sommet à la fin du XVI^e siècle et au début du XVII^e. Cette progression dans la peur s'est, elle-même, déroulée sur fond de pestes, de révoltes, de guerres et de violences de toute sorte. Inversement peurs, pestes, révoltes et violences fléchirent ensemble à partir de 1650. D'où cette constatation transposable à d'autres situations: au niveau collectif une peur est rarement isolée; elle en entraîne d'autres avec elle.

Ensemble, elles forment un «train de peurs» et tendent à créer un climat de «mal à l'aise». En tout cas, la mise en évidence de la courbe ascendante puis descendante suivie par un groupe de peurs liées entre elles m'a paru justifier a posteriori le cadre chronologique (milieu XIV^e-milieu XVII^e S.) que je m'étais donné, à titre d'hypothèse de départ, comme champ privilégié d'investigation.

La seconde conclusion a été une relecture de la Renaissance. L'accumulation des agressions qui frappèrent les populations d'Occident de 1348 au milieu de XVII^e siècle créa, de haut en bas du corps social, un ébranlement profond. Un «pays de la peur» —expression des psychiatres— se constitua, à l'intérieur duquel une civilisation se sentit «mal à l'aise» et qu'elle peupla de fantasmes morbides.

L'obsession de la mort devint omniprésente dans les images et les paroles des Européens du début des Temps modernes: dans les «Danses Macabres» comme dans le *Triomphe de la mort* de Brueghel, dans les poèmes de Ronsard comme dans les *Essais* de Montaigne et dans le théâtre élisabéthain. Aussi faut-il nous défier de ce que le mot «Renaissance» comporte de joyeux et de brillant. Il nous fait oublier l'*Apocalypse* gravée par Dürer, le *Jugement dernier* de Michel-Ange, les guerres de Religion et la hantise de la sorcellerie qui culmina, non pas au Moyen Âge, mais entre 1560 et 1630. Le mot «Renaissance» a cet autre inconvénient de camoufler le fait que les contemporains de François I^{er} et de Charles-Quint ne croyaient absolument pas à un progrès —moral et technique— de l'humanité: espérance qui habitera au contraire les philosophes des Lumières et les positivistes du XIX^e siècle et du début du XX^e.

La troisième conclusion annoncée précédemment, elle aussi transposable en d'autres temps et d'autres lieux, est que, dans l'Europe occidentale et centrale du début des temps modernes, les peurs de l'élite furent paradoxalement plus grandes que celles des masses. Cette constatation a été pour moi la plus grosse surprise et la plus importante révélation de mon enquête. Trois exemples sont éclairants à cet égard: 1.—Les récentes études d'ethno-histoire révèlent que le démon populaire était beaucoup moins inquiétant que le diable d'Église. Il avait un aspect bonhomme, parfois même des côtés bienfaisants et les paysans —les contes en témoignent— parvenaient aisément à le rouler. 2.—Les procès de sorcellerie laissent deviner que le monde rural ne voyait pas sorcières et sorciers du même oeil que les juges (civils ou ecclésiastiques). Les villageois redoutaient assurément les jeteurs et jeteuses de sorts et, le cas échéant, ils les dénonçaient. Mais pour les tribunaux les maléfices restaient secondaires. Importait surtout aux juges l'aveu des prévenus qu'ils avaient conclu un pacte avec Satan et participé à de soi-disant sabbats diaboliques. Le sorcier prenait alors une nouvelle stature: il apparaissait comme l'agent privilégié de Démon. 3.—En dépit d'explosions locales et ponctuelles d'hostilité populaire aux Juifs dans les villes du Moyen Âge classique, l'antijudaïsme a pris une tout autre dimension quand, devant doctrinal, il fut assumé par les théologiens et les prédicateurs —et cela à partir de la seconde croisade et surtout de XIV^e siècle: alors se multiplièrent les expulsions massives et furent créés les ghettos —ceux-ci essentiellement au XVI^e siècle—. Ces trois séries de faits révèlent conjointement une culture savante plus affolée que la population devant l'action multiforme des forces démoniaques et s'efforçant de répandre ses propres peurs dans la masse de la population.

La question «qui avait peur de quoi?», qui a commandé toute ma recherche historique, me conduit en finale à dessiner une ligne d'évolution qui ne peut pas nous laisser indifférentes. Longtemps les principaux dangers qui ont menacé l'humanité, et donc les principales peurs, sont venus de la nature: épidémies —notamment peste et choléra—, mauvaises récoltes entraînant des famines, incendies provoqués en particulier par la foudre, tremblements de terre, etc. Mais, au cours des âges, la guerre a pris, dans la panoplie des dangers, une place grandissante dont on peut suivre le crescendo avec l'invention des armes à feu à la fin du Moyen Âge, la «levée en masse» de la période révolutionnaire, les centaines de milliers de soldats mis en oeuvre durant les guerres napoléoniennes, le passage aux «millions d'hommes» affrontés les uns aux autres durant le conflit de 1914-1918, les 40 millions de morts de la seconde guerre mondiale, l'utilisation de l'arme atomique en 1945. Le glissement vers la guerre totale a conduit logiquement à un accroissement continu du nombre des victimes civiles. Ce qui signifie que, quantitativement parlant, les dangers venant directement de la nature sont devenus de moins en moins importants par rapport à ceux qu'inventent les hommes.

Toutefois nous vivons en ce moment une modification partielle —mais partielle seulement— de cette situation. La peur de la guerre diminue, des foyers belliqueux s'éteignent. En revanche la drogue étend ses méfaits et la technique humaine, dans la mesure où elle ne respecte pas assez la nature, risque de violer celle-ci irrémédiablement. Les trouées dans la couche d'ozone, les pollutions de toute sorte, l'épuisement accéléré des ressources du sous-sol, le saccage des grandes forêts, etc. peuvent compromettre l'avenir de la planète et de l'humanité. Plus que jamais, c'est l'homme qui est l'ennemi de l'homme, même sans guerre, étant vrai, hélas!, que le diagnostic est plus facile à établir que les remèdes à trouver. Du moins faut-il regarder en face cette nouvelle réalité.



Historia y antropología, e historia de la antropología: reflexiones sobre algunas confusiones metodológicas

POR
A. PAGDEN

I

Los «estudios interdisciplinares» se han convertido ahora en algo profesionalmente normativo. Desde por lo menos los años 1920 algunos historiadores, particularmente en Francia, se han dedicado a asaltar las disciplinas vecinas, la antropología, la psicología, la sociología y la economía, para producir un análisis del pasado de gran riqueza conceptual. Algo parecido ha sucedido al mismo tiempo en otras ciencias sociales. El reciente abandono de la ambición de emular a las ciencias naturales ha llevado, de modo similar, a una mayor flexibilidad en la práctica y a un mayor interés por los métodos de otras disciplinas, sobre todo la filosofía y la crítica literaria, las cuales no acarrear consigo una historia de objetivos positivistas.

Sin embargo, el pasar con éxito exige no solamente un alto nivel de modestia estratégica, sino también la voluntad de adquirir una comprensión de otros lenguajes por lo menos tan profunda como aquella que poseen sus hablantes nativos. Y tal como se da en el caso de las ideologías importadas —la analogía es de Albert Hirschman— «la distancia entre la realidad y el esquema intelectual es probable que sea tanto mayor y más difícil de detectar que cuando el esquema permanecía seguro “en casa”».²

Los peores abusos de la ya no tan nueva historia social se pueden atribuir a la ignorancia por parte de los historiadores de cómo y por qué aquellos antropólogos y sociólogos cuyos lenguajes han tomado prestados habían llegado «desde su casa» a confrontar problemas particulares en un lenguaje concreto. Es decir que el pasar con éxito de una a otra disciplina exige una comprensión de cómo se ven desde dentro aquellas disciplinas a las que uno va a pasar, y esto implica a su vez, necesariamente, un conocimiento de su historia interna. También se da el caso de que la agenda científica y las metodologías de las humanidades han sido determinadas, al menos desde el Renacimiento, por la conciencia de tales historias internas.³

El interés de hoy en día por la historia de las disciplinas es en sí mismo menos un caso de autoexamen nervioso por parte de la profesión académica, o la necesidad de legitimar genealogías (aunque a veces también es esto), que el resultado de la necesidad de explicar dónde está tal disciplina en un momento dado, y por qué.

Los problemas de definición propia experimentados por los estudiantes de humanidades han sido puestos tradicionalmente de dos modos: problemas de objeto de estudio, y problemas de procedimiento. Los antropólogos, se dice, estudian el comportamiento y las creencias de gente «pre-literaria» o «pre-industrial» (aunque, si solamente se dedicaran a ello, pronto deberán dejar de existir juntamente con su materia de estudio). Los historiadores, por su parte, estudian el comportamiento y creencias de agentes del pasado. Estas descripciones tan generales dan cuenta con dificultad de las prácticas reales de antropólogos e historiadores, pero ciertamente cubren la mayor parte de lo que se hace en los modernos departamentos universitarios. La historia, tanto en el sentido en que normalmente se usa el término como si nos referimos al modo como se suele practicar, no es, y quizás nunca ha sido, una disciplina sola. Hay departamentos de historia, revistas de historia, y gente que describen su profesión como de «historiador». Pero no hay ni una lista de preguntas fundamentales en que todos estén de acuerdo, ni tampoco un conjunto de prácticas o un tema de estudio común. Todo lo que puede unir lo que de hecho han escrito Jean Delumeau, Hayden Wytte y José Antonio Maravall es una preocupación común por procesos a lo largo del tiempo. La historia fue en cierta ocasión para sus creadores, el «testimonio de cosas vistas u oídas». Ahora sólo puede ser el análisis con múltiples variables de «cosas que sucedieron en el pasado».

Éste es el primer problema. El segundo es de procedimiento o, si lo prefieren, metodológico. Se ha dicho a menudo, y desde posiciones a veces radicalmente distintas, que lo que distingue a la historia de otros modos de explicación social es su carácter narrativo. «La primera condición para la historia», tal como dijo en cierta ocasión Benedetto Croce, «es que debería ser posible de construir una narrativa».⁴ Ahora bien, esto parecería imponer al historiador la obligación de contar la historia «como pasó de verdad», por tanto limitando sus actividades a aquello que «realmente pasó», en la frase famosa de Ranke, «wie es eigentlich gewesen»,⁵ y que además pasó en algún orden cronológico obvio. En tanto que la historia se pensó primordialmente en relación a las actividades de agentes humanos, tal exigencia no era intrínsecamente incorrecta. Pero una vez que cambiamos el objeto de estudio de acciones y acontecimientos a, por ejemplo, lo que piensan o creen o sienten aquellos agentes, o a «mentalidades», o a sexualidad, o a «miedo», o a partes de la identidad histórica de los agentes —por ejemplo su cuerpo—, la distinción entre una «historia» y su análisis, entre las formas narrativa y disertativa del habla, se hace indistinta.⁶ En estos casos «narrativa» viene a querer decir poco más que razonamiento en forma de secuencia. Decir, como lo ha hecho Lawrence Stone, que los historiadores narrativos organizan su material «en un orden cronológico secuencial» y que enfocan «su contenido en una sola narración coherente, aunque con asuntos secundarios»,⁷ no aporta ninguna distinción *teórica* útil (del tipo que pretende ofrecer) entre un tipo de historia y otra, aún menos entre un tipo de ciencia social y otra.

Los antropólogos, claro está, tienen un conjunto de procedimientos de trabajo que en gran medida constituyen su identidad disciplinar. Ésta (se dice a menudo, y en la práctica también a menudo es verdad) se basa en el trabajo de campo, la paciente recolección de datos que luego son llevados lejos de la cultura bajo estudio

(como objetos para un museo) y «redactados» en algún otro lugar, y frecuentemente en algún tiempo, remotos de la experiencia original del antropólogo. Muchos antropólogos hacen otras cosas de otros modos; pero muy pocos no han tenido nunca algún tipo de experiencia de campo, y menos aún «redactan» cuando aún están en el campo. Esto, desde luego, no es tanto un método como lo que se podría describir como la «condición de lugar de trabajo». Aunque raramente utilizada para definir su persona disciplinar, la condición de trabajo del historiador no es tan distinta. Él, o ella, «viaja» a «otro país», recoge datos, vuelve a su cultura en el tiempo, y escribe. De hecho, es la similaridad de las condiciones de lugar de trabajo lo que muchas veces ha hecho posible la fusión de las dos disciplinas. De un modo similar, existe para las dos disciplinas un argumento de autoridad, a menudo subvertido, que deriva de estas condiciones de lugar de trabajo. La, en palabras de Vincent Crapanzano, «constitución de la autoridad del etnógrafo», deriva de «su presencia en los acontecimientos descritos, su capacidad perceptual, su “desinteresada” perspectiva, su objetividad y su sinceridad».⁸ El historiador, por su lado, también ha estado «allí», aunque ese «allí» sólo sea el archivo o la biblioteca; también él debe ser perceptivo, desinteresado y sincero.⁹ En ambos casos estos requerimientos no son tanto la descripción de una práctica (aunque aquella pueda ser su intención) como lo que Crapanzano llama la construcción «pseudo-deítica» del lugar del etnógrafo o del historiador en su texto.

Yo querría sin embargo sostener que, en nuestro intento de definir lo que es una disciplina, sería más clarificador mirar no tanto al contenido o al método como a lo que generalmente es reconocido por aquellos que practican la disciplina como un conjunto inteligible de cuestiones, y un conjunto reconocible de discursos o juegos lingüísticos adoptados para darle respuesta. Una disciplina es entonces —esto es lo que quiero sugerir— un enjambre de lo que Imre Lakatos llama «programas de investigación». Estos constituyen una secuencia cambiante de problemas que, si bien en cada caso se trata de un momento independiente en la historia del programa de investigación, están todos unidos por el hecho de que el programa ha sido creado con una forma original y está determinado por un conjunto de «reglas metodológicas: algunas [de las cuales] nos dicen qué caminos de investigación debemos evitar (*negativo-heurísticas*) y otras qué caminos perseguir (*positivo-heurísticas*)». Y son éstas las que aportan «una tosca (e implícita) definición de la “estructura conceptual” (y por tanto del lenguaje)».¹⁰ Ahora bien, esta definición es, tal como ya lo entendió el propio Lakatos, útilmente indeterminada. Pero está claro que, dado que cualquier tal programa de investigación sólo puede entenderse como un proceso a lo largo del tiempo, cualquier intento de identificarlo dependerá en gran medida de la historia de la disciplina a la que pertenezca.

II

Creo que será útil en este momento el diseñar una «historia conjetural» —en el sentido que este término tenía en el siglo XVIII— de la «Antropología»:

La primera cosa a notar es, sin embargo, la presencia temprana en todos los intentos de escribir sobre «el otro» de la distinción neokantiana (más tarde tomada por Radcliffe-Brown) entre lo ideográfico y lo nomotético.¹¹ A la «Antropología», propiamente entendida, le han sido dadas muchas genealogías. Pero tanto si las llevamos hasta Montesquieu y Vico, Ferguson y Kames, Buffon o De Gerando, Blumenbach, o sólo hasta Fustel de Coulange y Durkheim, todas ellas han asumido la necesaria confluencia de datos etnográficos brutos y algún tipo de teoría de la sociedad. Pero el hábito objetivador, que hizo posible la distinción entre lo nomotético y lo ideográfico, ha estado entretreído en la cultura Europea desde mucho antes de lo que cualquiera de estas genealogías parece sugerir. Como observó James Boon, exige un acto considerable de imaginación por parte del mercader medieval preguntarle al árabe, con el cual está conversando mediante signos y una rudimentaria *lingua franca*, si se casa aquel árabe, y en el tal caso si se casa con la hija del hermano de su madre. La objetivación, la habilidad de observar desde la posición del que escucha, más que no del que habla, es parte integral de la pasión de la cultura occidental por la taxonomía.¹² A partir del mismo Herodoto, y luego a través de la descripción de los Mongoles de Piano Carpini, Marco Polo, Ramusio, Bernardino de Sahagún, Hakluyt, Purchas y De Bry, hasta el *Recueil des voyages*, la recolección de datos —en gran medida motivada por finalidades políticas o religiosas inmediatas— dio al lector europeo un cierto tipo de acceso a culturas remotas de la suya. Por lo menos le ofrecieron el recordatorio de que tales culturas existían. Lo que sin embargo es sorprendente de esta gran masa de literatura es el grado en que evita cualquier valoración del material que describe, más allá de aquella implícita en la taxonomía inicial. Tal como Samuel Purchas explicó a sus lectores en 1625, «Lo que un sin número de viajeros han observado sobre esto con sus mismos ojos, aquí les será... dado, no por alguien que prefiriere dar metódicamente la historia de la naturaleza según las reglas del arte, ni discutir y disputar del modo filosófico; sino a la manera del discurso de cada viajero, relatando qué es la cosa que ha visto». «Y así como David», continuó, «dio el material para el templo de Salomón, o (si eso pareciere demasiado arrogante) así como Alejandro aparejó Aristóteles para que tuviese cazadores y observadores de criaturas que le familiarizasen con estos diversos tipos de naturaleza... del mismo modo aquí Purchas y sus peregrinos administran materiales individuales y sensibles (como si fuesen piedras, bigas y mortero) al especulador universal, para sus estructuras teóricas».¹³

En el siglo XVI, sin embargo, el viajar, y la anotación de costumbres extranjeras, se habían convertido en una parte importante del programa educativo humanista. Manuales para el viajero curioso y erudito, como el *Methodus* de Theodor Zwinger (del 1577) o el *De peregrinatione* de Hieronymus Turlerus (del 1574) propusieron principios de clasificación más amplios, generalmente en base a subdividir categorías y luego transformándolas en elaborados stemmae. Para tales «especuladores universales», las costumbres se podían clasificar como las plantas, los objetos materiales y otros souvenirs y, como éstos, llevarse a casa.

Tal tipo de descripción de costumbres extrañas pertenecía al grupo de nuevos tipos de ciencia «Baconiana», como la cartografía (que tiene grandes afinidades con la

antropología), la hidrografía y la geología, que surgieron durante los siglos XVI y XVII, y que, tal como ha sugerido Antonio Pérez Ramos, al buscar no tanto una certeza epistémica cuanto una media de fidelidad descriptiva, habían generado «un enjambre entero de “objetos de conocimiento” ahora alcanzables».¹⁴

Pero aunque los coleccionistas de narraciones de viajeros se preguntaban sobre métodos de clasificación, aún no tenían que preguntarse la cuestión, más desconcertante, del porqué: «¿Por qué no son como nosotros?». Es decir, en tanto que el contacto entre el narrador y el objeto de su narración estuviese limitado al viaje, no era probable que tales preguntas fueran lanzadas. Hasta este punto nada, como diría Bruno Latour, se interponía entre el viajero y su campo de observación.¹⁵ Sencillamente, no necesitaba preguntarse por qué. Nada, para usar otra de las metáforas de Latour, había penetrado su red desde fuera.¹⁶ Las normas legales europeas, después de todo, permitían una media considerable de divergencia cultural. Incluso las expectativas culturales cristianas permitían cierto grado de variedad en aquellas áreas que no afectaban directamente la creencia o la práctica religiosa. En este estadio tenemos «etnografía», pero no «antropología».

Las cuestiones de tipo epistemológico sólo se presentaron —sólo cruzaron el ángulo de visión de los espectadores de forma suficientemente aguda como para obligarles a darse cuenta de su existencia— cuando la colonización del «otro», más que no el comercio, o la simple conversación con él, exigió la reconciliación de normas culturales antitéticas. Para el colono, y de un modo aún más inmediato para el que se quisiese misionero, la cuestión del por qué alguien fuese a casarse con la hija del hermano de su madre podía ser de importancia crucial.

Los intentos más tempranos de confrontar tales cuestiones se dieron en España, tal como he escrito en otro lugar, y dentro de la tradición o discurso de la ley natural Tomista. Las respuestas se dieron en primer momento en los términos de la psicología —«ellos» son distintos porque sus mentes son distintas de (y, implícitamente, inferiores a) las nuestras—. Luego, las diferencias se explicaron en referencia a la fuerza histórica de las normas culturales (ellos son distintos porque durante siglos han estado desinformados sobre el ordenamiento natural del mundo social). Aunque estas respuestas utilizaron material etnográfico, no consiguieron hacer corresponder la teoría con los datos, en parte porque la misma generalidad de la teoría la hacía aplicable a todos los tipos humanos. El único mecanismo que relacionaba la teoría con datos de un modo específico era la historia. Como se quejó Antoine Boulanger en 1776, «los filósofos, metafísicos y juristas, por falta de una historia, han intentado crear [a su hombre natural] con la razón sola».¹⁷

El primer texto en intentarlo fue *Moeurs des sauvages américains comparées aux mœurs des premiers temps* (1724), una obra que resaltó analogías extensivas entre las costumbres de los Espartanos y los Licios y las de las tribus Iroquesas y Huronas con las cuales Lafitau había pasado muchos años como misionero. Puso así en un mismo lugar relaciones etnográficas largas y sistemáticas y fuentes históricas con un sistema de análisis entero que Lafitau llamó «teología simbólica».¹⁸

El trabajo de Lafitau también marca el punto de intersección con otra importante tradición que tuvo un impacto en la teoría social del siglo XVIII, el escepticismo.

El *Moeurs des sauvages américains* fue, y de modo explícito, un intento de contrarrestar la afirmación de Pierre Bayle de que todas las prácticas religiosas eran el resultado de un consenso cultural. Y aunque Lafitau tenía una deuda con la tradición de ley natural que se remontaba a través de Suárez y Vitoria hasta Aquino, también estaba familiarizado con otra, que se iniciaba con Grotius y Puffendorf. Lo que dividía la «nueva» jurisprudencia natural protestante del siglo XVII de la «vieja» variedad católico-tomista del XVI es el «argumento de Carnéades», es decir la idea que, pues había tantas normas culturales antagónicas en el mundo, ninguna ley natural humana era posible. La respuesta de Grotius fue la creación de una moral universal mínima, basada en la supuesta obviedad incuestionable del deseo de sobrevivir. Lo que contribuye a nuestra supervivencia, dijo, lo «útil», es también el bien incuestionable, lo «honestum». La sociedad se mantenía unida no ya porque el hombre estaba hecho para una vida política *zoon politikon*, tal como habían dicho Aristóteles y los neotomistas. La sociedad estaba unida por necesidades. Una de las implicaciones de este rechazo de las virtudes morales aristotélicas era que lo «útil» sólo se podría conocer a través de una investigación específica de casos concretos, dado que las necesidades sólo se podían juzgar en las circunstancias concretas en que aparecían.

Ahora bien, la consecuencia de tal razonamiento era que ninguna antropología significativa se podía deducir de la compleja estructura de leyes naturales que los escolásticos y sus epígonos habían arrojado sobre las costumbres observables de «los otros». Por el contrario, podía sólo venir de un examen detallado de las costumbres reales de aquellos «otros» y, de hecho, de nosotros mismos. O sea que, al depender de los principios minimalistas de utilidad, la etnología se había de hacer descriptiva y, en tanto fuera posible, deductiva. Como explicó Lafitau, tenemos no que imponer nuestro concepto de lo natural sobre «ellos», sino que, por el contrario, juzgarlos según sus hábitos y costumbres. La finalidad principal de Lafitau era demostrar la verdad del cristianismo, y por tanto la falsedad del ateísmo de Bayle, a partir de enseñar que todos los pueblos comparten creencias y prácticas religiosas comparables. Su objetivo era demostrar, en base a una meticulosa sociología y una lectura detallada de la historia antigua, la verdad del cristianismo. Al contrario que trabajos previos, no comenzó por asumir que el cristianismo, y la tradición tomista cristiana de la ley natural, eran verdaderas, para luego elaborar explicaciones que pudiesen justificar por qué tantos pueblos parecían no hacerle caso tan flagrantemente.

El trabajo de Lafitau marca un cambio especial de método etnológico. Su respuesta al ataque escéptico consiste en insistir en la evolución histórica de la humanidad a través de estadios progresivos. Pues el trabajo de Lafitau comparte esto con Vico y, más tarde, con las «historias filosóficas» de Voltaire, y es el ofrecer una explicación de lo diferente que a la vez satisficiera la exigencia de la ley natural protestante por un lugar para las necesidades en la construcción de la sociabilidad, y, desde luego, explicase por qué las sociedades humanas eran tan distintas las unas de las otras. Puesto que las necesidades crecen de modo exponencial. Entre ellas debía contarse el afán de conocimiento, «no menos una exigencia de la mente humana», como observó Ferguson, «que los medios de subsistencia y la comodidad lo son de la mera vida animal». Necesidades cambiantes equivalían a personas cambiadas. El

hombre es, por tanto, un ser que sólo podemos esperar entender en términos de una progresión. Para el historiador especulativo —para el antropólogo del siglo XVIII— el salvaje se convierte en el laboratorio en el campo, el único acceso no al hombre moderno, sino a su antecesor «salvaje». «La historia de los usos (*usages*) de los salvajes, y de su espíritu», observó Boulanger algunos años después de Lafitau, «no es nada mas que un nuevo modo de escribir la historia de la humanidad».

El único modo como la apuesta por la certeza epistemológica alcanzado por las ciencias naturales se podía reconciliar con los objetivos «meramente» descriptivos de la literatura de viajes en que la etnología se basaba, era un compromiso con algún tipo de «historia de la civilización» evolucionista. Como explicó el gran alemán Theodor Weitz a mitad del siglo XIX, la antropología siempre había consistido de lo fisiológico y de lo psicológico, de la «historia natural del hombre» y de la «historia de la civilización».¹⁹ Cuando la antropología surgió como disciplina a finales del siglo XIX, alguna forma de reconstrucción histórica le había proveído de su nexo analítico por un siglo entero.

III

Quizás la mejor lección que podemos sacar de tales historias conjeturales de las disciplinas es que el traspasar con éxito no es cuestión de importar, desde una disciplina, la terminología y métodos de otra, para así dejar las dos, de modo reconocible, como lo que ya eran. Se trata más bien del proceso por el cual la disciplina se transforma, a veces hasta el punto de crearse nuevas disciplinas. En cada estadio de mi historia conjetural se puede ver que algo, no aún «antropología», pero de modo reconocible algún tipo de antecedente, ha sido transformado en algo distinto dentro del mismo «programa de investigación». De hecho en años recientes ha habido una erosión, muy comentada, de los antiguos bordes entre disciplinas, lo que Rodney Needham en 1970 proclamó como la «iridiscente metamorfosis de la antropología», y Clifford Geertz más recientemente ha llamado el «desdibujamiento de los géneros». ¿Dónde, tal como pregunta Geertz, debemos poner a Foucault «historiador, filósofo, pensador político»?²⁰ ¿Dónde, ciertamente, debemos situar al mismo Geertz, antropólogo, crítico textual, epistemólogo social, retórico moral? No hay, desde luego, nada nuevo en todo esto. Algo exactamente parecido fue responsable de la creación de una «antropología» reconocible en la segunda mitad del siglo XVIII. Como hemos visto, el conjunto de programas de investigación que recibe el nombre de «antropología» fue el resultado de un momento concreto de la historia intelectual europea, que requirió la sustitución de una explicación del «hombre» determinista y teocéntrica por una explicación del «hombre en sociedad» en gran medida relativista y antropocéntrica. La expedición Torres-Strait de 1899, con la subsiguiente hegemonía del trabajo de campo, el funcionalismo de Malinowski y Radcliffe-Brown, el estructuralismo de Lévi-Strauss, e incluso la nueva «antropología interpretativa», han alterado la metodología y en gran medida la identidad de la antropología. Pero la ansiedad de los antropólogos respecto a la naturaleza y legitimidad de su trabajo en un

mundo postcolonial no ha llevado, por el momento, a ninguna discusión satisfactoria sobre la naturaleza, y la legitimidad, del proyecto mismo ¿Por qué estudiar otras culturas, tan remotas, —tan intencionalmente remotas— de la propia, que no es posible un grado de conmensurabilidad satisfactorio? ¿Por qué asumir —tal como hacen incluso los antropólogos interpretacionistas, aunque sólo sea implícitamente— que la forma de una cultura se puede hacer compatible con la de otra? ¿Por qué asumir que los arreglos de parentesco, o las estructuras lingüísticas, se pueden asimilar a la lógica formal? ¿Por qué asumir, al fin y al cabo, que existe una categoría llamada «hombre» más allá del sentido biológico formal de la misma? Se podría desde luego pensar que las respuestas a algunas de estas preguntas son simplemente empíricas. Algo así como que los sistemas de parentesco parecen cumplir con cierta lógica dondequiera se encuentren, y lo mismo pasa con el lenguaje. Pero esto, claro está, podría ser el caso sólo porque es así como los hemos montado. Nuestros presupuestos de que existe algún nivel de lo que los filósofos analíticos llaman «realismo metafísico», es decir, un grado de entendimiento entre todas las culturas, y que por tanto a cierto nivel de abstracción todas las culturas son conmensurables, éstos son, a mi parecer, parte de los presupuestos mentales que la antropología ha heredado de la «historia de la civilización».

Incluso la «antropología interpretativa», la más reciente y la más determinada-relativista de las varias antropologías ahora en uso, difícilmente puede evitar este aspecto de su pasado como disciplina. A pesar de todos los lazos sentimentales que la mayor parte de los antropólogos modernos sienten por «el punto de vista del indígena», aquel punto de vista es con toda seguridad irrecuperable, y sería irreconocible como tal al no-indígena incluso si, por casualidad, consiguiera recuperarlo. Al fin y al cabo, la «etnología» es posible que tenga menos en común con la historia que con la arqueología, algo que Charles de Brosses ya había reconocido a finales del siglo XVIII. A pesar de los obvios problemas de cualquier intento de «escribir la cultura», y las actitudes, necesariamente distanciadoras, asumidas por el trabajador de campo, está claro que somos «nosotros», los herederos culturales de Montesquieu y Blumenbach, Weitz y Frazer, aquellos quienes nos sentimos arrastrados a estudiarlos, y es por «nosotros», no por «ellos», que el antropólogo escribe. Cualquier antropólogo que dijera que su proyecto —su «programa de investigación»— implica tal distorsión que traiciona la integridad de la cultura de su propia tribu, no sería ya un antropólogo, sino más bien algún tipo de cultista.²¹

La misma incertidumbre respecto al futuro enturbia la relación de la historia con la antropología. La «antropología histórica» es en realidad poco más que historia narrativa convencional escrita, en parte, con la ayuda de un lenguaje antropológico (a menudo miméticamente, con poca espontaneidad). Es verdad que el interés actual por el ritual, los símbolos y los festivales que caracteriza la «nueva historia de la cultura» no hubiera sido posible sin el roce con la antropología. A pesar de esto, no hay razón para suponer que los historiadores no habrían podido llegar ahí sin la asistencia de los antropólogos, ni tampoco que no lo habrían podido hacer con sólo prestar un poco más de atención a algunos de los estadios de la historia interna de su propia disciplina. Ni tampoco es verdad —como han descubierto muchos historiadores de nues-

tra época— que el lenguaje de la antropología haya sido más iluminador que aquél provisto por otras disciplinas vecinas, en concreto la teoría de la crítica literaria.

En su mayor parte la antropología histórica procede mediante comparaciones, y aunque tales comparaciones ocasionalmente hacen que el historiador mire su material desde ángulos poco usuales, no es probable que sean más que la absorción parcial del *historiador* en una matriz disciplinar distinta. Decir que los isleños de Trobriand y, por ejemplo, los Italianos del siglo XVI, practican alguna forma de intercambio de regalos, no nos explica nada sobre las prácticas de ninguno de ellos, más allá de que practican algún tipo de intercambio de regalos. Su único mérito —si es que ha de haber alguno— es que sitúa el comportamiento de aquellos a quienes pensamos como nuestros antecesores bajo una luz poco familiar. Convierte el pasado en un lugar «salvaje», y por tanto, posiblemente, excitante. Resulta obvio desde hace tiempo que este ha sido el resultado, quizás no buscado, de las comparaciones entre culturas. Fue, por ejemplo, una de las críticas lanzadas contra el trabajo de Lafitau. Y, desde luego, es posible que sacudir al lector de este modo le sea saludable. La mayor parte de la historia actual es al fin y al cabo demasiado amable. Pero este tipo de distanciamiento por el interés de lo exótico no constituye una *explicación*. Puesto que el presupuesto, nunca explícito, tras todos los análisis interculturales, es que las dos sociedades que se comparan tienen algunas estructuras formales comunes, y el presupuesto nunca explícito tras el uso de la antropología por parte del historiador es precisamente la que fundamentó el trabajo de Lafitau, que «las distancias temporales equivalen a las distancias espaciales». Leer un testimonio de una sociedad «primitiva» contemporánea puede alertar al historiador de asociaciones que antes no había notado. Sin embargo, lo mismo podría hacerlo el leer un poema épico, o un manual de mecánica, o, de hecho, un trabajo de historia sobre otra sociedad, remota tanto en tiempo como en espacio. La suposición de que comparar un isleño de Trobriand con los italianos del siglo XVI, o los hábitos políticos de «sociedades segmentarias» africanas con normandos medievales, es una práctica *necesariamente* instructiva, deriva de un conjunto de falsos presupuestos sobre la interrelación del continuum temporal/espacial, y esto está ligado inextricablemente al tipo de historia de la civilización que en su tiempo fue la antropología. El casamiento con la antropología fue el resultado de la búsqueda por parte del historiador de su punto de vista objetivo. El error, sin embargo, ha sido siempre el creer que tal punto de vista existía.²² Porque nuestra historicidad, o por lo menos la de las culturas a las que pertenecemos, como la historicidad de las disciplinas que practicamos, es inescapable. La historia, como dijo Gadamer, «no nos pertenece; nosotros le pertenecemos». No quiero negar que, a cierto nivel, la commensurabilidad entre culturas disimilares sea posible —por lo menos en tanto que estamos condenados a hablar en términos de racionalidad—, sino solamente que esa commensurabilidad sólo es posible después que una de esas culturas ha sido redescrita en los términos de la otra. Los antropólogos y antropólogas tienen como objetivo esta redescipción. Pero el historiador o la historiadora, en su uso de la antropología, buscan exactamente lo contrario. La antropología les sirve sólo para incrementar el abismo que ya existe entre ellos y su pasado, pues sitúa tal abismo al lado del tipo del abismo, muy distinto, que separa su objeto

de estudio del de la antropóloga o el antropólogo. Esto, claro está, no quita la posibilidad de que algunos de los posicionamientos metodológicos (no se pueden llamar técnicas) ingenidados por los antropólogos, y en concreto el trabajo de campo, no puedan convertirse en una herramienta para la comprensión de aspectos hasta el momento semi-atemorizados de la propia cultura del etnógrafo, tal como lo ha mostrado la brillante y en parte satírica etnografía del laboratorio de Salk Institute en La Jolla de Bruno Latour.²³

Es difícil ver qué saldrá de la «metamorfosis iridiscente» de Needahm. Un nuevo tipo de ciencia social quizás, informada históricamente y atenta a su propia formación como disciplina. Lo que es improbable es que permanezca indiferente al carácter distintivo de las culturas o basada en comparaciones interculturales no examinadas. También es posible que, a medida que nos alejamos de nuestro pasado colonial, cese en su preocupación actual por la presencia del antropólogo en su texto, o por su relación con su objeto de estudio. La historia, desde luego, al no tener ninguna metodología que la distinga, ni ninguna identidad metodológica más allá de los límites académicos, no necesita mostrarse ansiosa por su futuro. Es aún el eterno *bricoleur*. El casamiento con la antropología, claro está, no puede sobrevivir mucho tiempo a la propia metamorfosis del antropólogo, y quizás ya esté muerto. Así como los antropólogos se han vuelto hacia sus textos y hacia la crítica textual, a su vez lo han hecho los historiadores. El lugar de encuentro podría ser, después de todo, un nuevo modo de escribir, del tipo que en su día Vico ofreció para la historia, Nietzsche para la filosofía moral y Foucault para la teoría social.

NOTAS:

¹ Agradezco las sugerencias y ayuda de Joan Pau Rubiés, cuyo trabajo reciente versa sobre la literatura de viajes y el pensamiento etnológico en el Renacimiento europeo.

² *Bias for Hope: Essays on Development and Latin America* (New Haven, 1971) pp. 3-4 y ver sus observaciones en *Essays in Trespassing. Economics to politics and beyond* (Cambridge, 1981), pp. 266-9.

³ Ver la observación de Loren Graham, Wolf Lepenies y Peter Weingart en el sentido que «las humanidades se podrían definir casi como aquellas disciplinas en las que la reconstrucción de un pasado disciplinar pertenece inextricablemente al corazón de la disciplina». Loren Graham, Wolf Lepenies and Peter Weingart eds. *Functions and uses of disciplinary histories* (Dordrecht, 1983), p. xv.

⁴ «La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte» (1893), in *Primi saggi* (Bari, 1951), pp. 3-41.

⁵ Para la intención polémica y el sentido de esta frase célebre ver Félix Gilbert, «What Ranke meant» *The American scholar* 56 (1987) pp. 393-7.

⁶ WHITE, Hayden: «The question of narrative in contemporary historical narrative», en *The content of the form. Narrative Discourses and Historical Representation* (Baltimore and London, 1987), pp. 26-57.

⁷ STONE, Lawrence: «The revival of narrative: reflections on a new old history», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. Stone sigue diciendo que «Los dos modos esenciales en que la historia narrativa difiere de la historia estructural es que su organización es descriptiva, más que no analítica, y que su centro de interés es el hombre, y no sus circunstancias». Esto es un non-sequitur que incluye por lo menos un tipo de error analítico.

⁸ «Hermes's Dilemma: the masking of subversion in ethnographic description», en *Writing culture. The poetics and politics of ethnography*, ed. James Clifford and George E. Marcus (Berkeley, Los Angeles, London, 1986), pp. 51-76.

⁹ Ver, por ejemplo, las observaciones de Robert DARNTON sobre el «ensuciarse en los archivos». «In search of the Enlightenment: recent attempts to create a social history of ideas», *Journal of Modern History* 43 (1971), 132. Dominique LA CAPRA ha notado la misma analogía entre «el sillón y el archivo» y «el sillón y el trabajo de campo». «Is everyone a *mentalite* case? Transference of the "Culture" concept», en *History and Criticism* (Ithaca and London, 1985), p. 91n.

¹⁰ *The Methodology of Research programmes* (*Philosophical Papers*, Vol. I), ed. John Worrall and Gregory Currie (Cambridge, 1978), pp. 46-7.

¹¹ *Structure and Function in Primitive Society* (London, 1952), p. 1.

¹² Ver BALLY, C.: *La langage et la vie* (Geneva, 1965), pp. 58, 72.

¹³ *Hakluytus posthumus, or Purchas his pilgrimes* (London, 1625), Vol. I. [To the Reader].

¹⁴ Ver T. KUHN, *The essential tension. Selected studies in scientific tradition and change* (Chicago and London, 1977), p. 46, y Antonio PÉREZ RAMOS, *Francis Bacon's Idea of Science and the Maker's Knowledge of Tradition* (Oxford, 1988), p. 35.

¹⁵ *Science in Action. How to follow scientist and engineers through society* (Milton Keynes, 1987, p. 201).

¹⁶ *Science in Action*, p. 180.

¹⁷ *L'Antiquité dévoilée par ses usages* (Amsterdam, 1776), 3 vols. 1, pp. 3-4.

¹⁸ Ver PAGDEN, A.: *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa* (Madrid, 1988), pp. 261-274. Notemos, sin embargo, el importante precedente del debate sobre el origen de los indios americanos.

¹⁹ *Introduction to Anthropology* (London, 1863), pp. 6-10.

²⁰ NEEDHAM, R.: The future of social anthropology: disintegration or metamorphosis», en *Anniversary Contributions to Anthropology. Twelve essays* (Leiden, 1970), pp. 34-36. Clifford Geertz, «Blurred genres: The refiguration of social thought», en *Local knowledge. Further Essays in Interpretative Anthropology* (New York, 1983), pp. 19-35.

²¹ Ver Richard RORTY, J. B. SCHNEEWIND y Quentin SKINNER, *Philosophy in History. Essays on the historiography of philosophy* (Cambridge, 1984), pp. 6-7.

²² Desde luego que lo mismo se podría decir, en un sentido más amplio, de la misma antropología. Como observó Michel LERIS, «ce sont toujours nos semblables que nous observons et nous pouvons adopter à leur égard l'indifférence, par exemple, de l'entomologiste», que no es sino empujar la búsqueda de un punto de vista objetivo un nivel más allá. «L'ethnographie devant le colonialisme», en *Cinq études d'ethnographie* (París, 1969), p. 85.

²³ Ver LATOUR, Bruno y WOOLGAR, Steve: *Laboratory Life. The social construction of scientific facts* (Beverly Hills and London, 1979).



Une leçon d'anatomie. Pour une raison poétique en anthropologie

POR ALAIN LE PICHON

La visite d'un musée ethnographique procure un sentiment troublant. Celui d'une mise en scène où manquerait le principal acteur. Musée de l'Homme à Paris ou de Dahlem à Berlin, l'impression tragique est la même, d'espaces solitaires où le visiteur promène avec étrangeté son ombre, double du voyageur, de l'ethnologue absent, parmi les objets épars, témoignages aseptisés, autopsiés, évoquant une autre ombre, elle-même réduite à l'état d'objet, celle de l'«homme sauvage». Le terme ne s'emploie plus qu'avec des guillemets, mais il convient encore.

Pour le comprendre, peut-être faut-il aller à Berlin ou peut-être fallait-il y aller avant que l'écroulement des régimes de l'Est ne fit écrouler avec eux le mur! Dans cette ville prise par la guerre et l'arbitraire des systèmes; dans cette île absurde saisie par les idéologies, comme en une tempête de laves figées par le temps, les Allemands ont érigé un temple au savoir anthropologique, à la vision occidentale du monde.

Elevé dans le secteur américain de Berlin, le Musée apparaît comme l'ultime aboutissement de l'itinéraire héroïque d'une pléiade des plus grands anthropologues, géographes, voyageurs, archéologues et ethnologues de l'Occident; le terme dérisoire de l'aventure et du voyage, dans cette ville encerclée d'un mur qui se voulait infranchissable.

Là, tout le savoir-faire patient et méthodique des grands collectionneurs, le génie analytique des ethnologues s'est allié au sens de la mise en scène de ces admirables muséologues que sont les Allemands.

Les dépouilles de quatre continents y sont découpées, tranchées, épinglées, reconstituées, en d'immenses vitrines. Des faisceaux lumineux, savamment orientés, illustrent les moindres objets quotidiens, les outils, les vêtements... Saisis par cette lumière d'aquarium, ils ont un peu l'air d'étranges poissons, extraits de profondeurs abyssales, arrachés aux entrailles du temps; jetés sur la grève par un pêcheur absent, ils achèvent d'y mourir, interminablement, en proie au regard des promeneurs.

Sur les murs, tout alentour, des photos de visages, extrêmement agrandis, galerie de têtes coupées, qui sourient encore pour la plupart comme des suppliciés sous l'effet d'une drogue. Indonésiens, Polynésiens, habitants des montagnes et des déserts,

des plateaux, des plaines, de la mer... Nous n'ignorons rien de leurs arts, de leurs secrets, des gestes de cueillette ou de chasse par lesquels ils survivent, des attributs de leur pudeur, ou de leur honte, jusqu'au moindre brin de paille. En arrière plan de ces tableaux de mort, où l'on croit saisir la vie, des photos panoramiques déroulent de vastes paysages de montagne, de grèves désolées, de volcans fumants, il y a un contraste étonnant entre la présentation ethnographique froide et analytique des objets et ces fresques mélancoliques, où se libère tout le romantisme allemand.

Les photos splendides procurent, à l'attention soutenue, un sentiment de tristesse indéfinissable; espaces immenses, sombres pour la plupart et déserts, qui communiquent l'irrésistible nostalgie d'un monde vierge, d'un univers sans hommes. Elles disent admirablement la mélancolie de l'ethnologue et, pour un peu, de ces sombres espaces, on croirait entendre s'élever les chants solitaires de Mahler ou de R. Strauss, ou voir surgir la figure du chevalier de Dürer.

Cet air d'opéra tragique que prend parfois dans ses pages les plus inspirées l'ethnologie occidentale, cette tristesse est-elle celle des tropiques, ou n'appartient-elle pas, intrinsèquement, à la voix et au regard de l'ethnologue.

Les tristes Tropiques ne sont-elles pas les tropiques de Cl. Lévi-Strauss, et n'est-il pas remarquable que la seule poésie qui habite parfois ces textes desséchés par l'analyse soit cette humeur sombre qui ni se repaît d'images vivantes que pour mieux prouver qu'elles seront bientôt mortes.

Un monde sans hommes... C'est peut-être à ce paradoxe qu'aboutit la démarche ethnologique (orthodoxe): sous prétexte d'étudier la condition humaine dans «ses manifestations les plus diverses» elle les réduit à n'être plus que les manifestations accidentelles des lois élaborées par les raisonnements d'une logique occidentale, contribuant ainsi à démontrer par l'absurde l'impossibilité de cette coexistence des différences culturelles que Cl. Lévi-Strauss appelle de ses vœux, et dont en même temps, il annonce la disparition prochaine. Il ne reste alors, au regard de l'ethnologue, que ces vastes paysages, déserts, vides, miroirs pour le narcissisme occidental.

Nulle part mieux qu'ici, on saisit cette double articulation contradictoire qui organise toute l'histoire de l'ethnologie et constitue comme la trame et la chaîne de ses oeuvres: l'objectivité du regard réducteur qui détaille, décrit, et analyse, et la subjectivité intrinsèque, le narcissisme qui conduit sa démarche. Dans ce narcissisme éperdu, le malheur de l'Occident est de ne jamais avoir rencontré un autre en face de soi, qui lui dit ce qu'il est. Savons nous ce que nous sommes, savons nous qui nous sommes? Sommes nous, nous aussi «différents», et cette différence touche-t-elle nos modes, nos méthodes de pensée? Sommes-nous, enfin, regardables?

LA SALLE DES MASQUES

Non loin de ces scènes amazoniennes ou africaines, il existe, à Dalhem, une «salle des masques», qui détient peut-être le secret de ces longues errances de l'homme occidental. C'est, dans la pinothèque voisine, la galerie des Rembrandt. Là, deux toiles semblent chargées d'une lourde part du mystère occidental.

La première est «l'homme au casque d'or». Quel honnête homme, en Europe, ne porte pas, dans son musée imaginaire, au fond de sa mémoire ou de son inconscient,

la marque tragique et barbare de ce capitaine héros et gardien des frontières mythiques de notre Occident. La hauteur splendide de ce frontal d'or, front de Minerve, lourd de sagesse et de science, domine un visage fermé, terne et gris dont toutes les lignes convergent vers un point intérieur invisible, «trou noir» où disparaît et s'abolit secrètement le cataclysme de ses rêves guerriers. Les paupières baissées, lourdes, cachent le regard, comme scellé par le poids des trésors qu'illustre l'or de son casque.

Toute la violence du condottiere, la convoitise du conquistador composent la désolation secrète de ce visage prisonnier des espaces dévastés de ses prochaines conquêtes. Idole abstraite, ruinant l'expression et la vie de cette face qu'elle subjugue, l'or règne par son seul éclat sur le sombre de la toile.

La fable de l'or a saisi cette tête, prise au piège du masque guerrier, cette nuque figée dans une raideur absolue, et, sous les paupières qui le voilent, le regard immobile dont l'intelligence et la lumière semblent s'être retirées, ou plutôt retournées en elles-mêmes comme la source obscure d'une énergie négative, d'une anti-matière où se confondent et s'anéantissent dans la même acuité, le rêve et la pensée.

Acuité du regard intérieur qui se livre enfin à lui-même, au terme de sa course dévastatrice, comme son propre objet, pour mieux s'anéantir. Il y a autour de cette toile une rumeur sourde et secrète, un peuple d'ombres errant dans le dernier cercle de son enfer, parmi les vaines images d'un monde dévasté par leurs oeuvres: foule mêlée des guerriers et conquérants, négociants et capitaines d'industrie, et des aventuriers de l'esprit, tous ceux «qui firent se croiser aux grandes Indes occidentales, hôtes des canonnières, voyageurs illustres, naturalistes, géographes, anthropologues, artisans des scènes voisines du musée d'ethnographie.

Mais, c'est loin derrière eux, loin des mers du Sud, des Indes et des îles, et des Continents vierges, que réside le vrai pouvoir. Rembrandt a figuré emblématiquement l'un de ces conciles, sièges suprêmes de la puissance occidentale. C'est l'assemblée des Syndicats des Drapiers qu'on peut admirer au Musée d'Amsterdam. Retranchés derrière leur comptoir, ils mènent le monde. Ils sont disposés, de droite à gauche, autour du Livre: le Grand Registre de Commerce. Le premier dit, la main gauche crispée sur le cordon de la bourse, le coude tirant en arrière, prêt à retirer, à rafler, à mettre à l'abri le précieux butin, mais le visage rond, poupin, la lèvre supérieure légèrement avancée dans une moue gourmande, la lèvre inférieure légèrement mordue, à peine, de contentement, ravi, prêt à rire, il dit: «il n'y a rien de plus satisfaisant, de plus drôle même que d'être là, tous les six, devant cette belle table, avec le pognon, les espèces sonnantes et trébuchantes —que je pourrais fair sonner—, il suffirait que je tire un peu vivement, vous entendriez rouler les écus... mais, ne craignez rien, la bourse est bien attachée, bien tenue, ils ne sonneront pas longtemps, ils iront paisiblement fructifier, de banque en banque, dans les coffres, de bourse en bourse, d'étal en étal, sur de belles draperies épaisses et molletonnées, de beaux draps de Cachemire...».

Le second dit, le visage plus rose, un peu ému, penché vers le centre de la table tenant ouvertes, les doigts en éventail, les pages du registre qu'il ne regarde pas... il ne dit pas, il regarde, il dirait peut-être de ses yeux perçants, malins: «Ne vous y fiez pas, nous sommes là, paisibles, mais nous sommes puissants, combattants, ne vous y

fiez pas, prenez garde...» il scrute, sûr de lui, mais éveillé, attentif, sûr de voir, de son regard, tout le «portentum», tout le champ du commerce possible que les Hollandais ont balisé dans le monde.

Le troisième en retrait, debout derrière la table, un peu charnu et sans le grand chapeau, si noir des autres, sur la tête, a le visage d'un vicaire, ou d'un jeune chanoine, peut-être, fin, s'amusant de comprendre, de ne rien dire et de n'en penser pas moins...

Le quatrième, au centre du tableau, est le maître sans doute. La main, posée sur le Livre, ouverte, comme tournée vers le haut, montre l'évidence: «N'y a-t-il pas là recettes bien comptées, signe absolu de notre industrie, de notre puissance? Qui oserait le contester?» Le visage lui-même, également irréfutable, dans une lumière pleine, immobilisant pour toujours les rondeurs et les affaissements qui, suspendus à l'arête, la charpente énergétique du nez, témoignent d'une vie si bien remplie.

Le cinquième se lève de son grand fauteuil, il ne se soucie pas de la table, ni du livre, prêt à bondir, semble-t-il, comme un félin, c'est l'homme fort, le capitaine d'industrie, le battant, et son regard puissant, redoutable, comme est son visage impitoyable, sonde, au-delà de l'horizon rassurant, venant de quelque encogiture, d'un détour inattendu, de l'inconnu, ou de nous qui n'y prenions pas garde, guette et débusque le risque, le danger, le concurrent possible, sur les routes des épices, de la soie, de l'ivoire et du bois d'ébène, celui qui peut toujours renaître de ses cendres bien qu'on l'ait, en bonne et due forme, réduit à quia, mis sur la paille, que ses comptoirs soient en ruine, sa famille dispersée et sa clientèle rachetée.

Le sixième, à l'écart, sur la gauche, semble las, un peu déçu, blasé, berné peut-être. Il sait bien que la terre entière est réduite à leur merci, qu'ils gouvernent, que la machine s'est mise en marche et ne s'arrêtera plus, que leurs navires écumant le monde, qu'il n'est pas de produit des cinq continents qu'ils ne contrôlent et qu'ils ne puissent acheter ou échanger, pas de comptoirs qu'ils ne recensent, pas de cour dans le monde qu'ils ne tiennent, mais il est un peu las, la journée s'achève, la goûte le fait souffrir ce soir, le temps change et puis l'automne arrive.

Quel jour somme-nous? La fête des drapiers approche, il faudra encore faire notre longue procession autour de la ville et ses pieds le feront souffrir. Mais il sera là bien sûr, tenant un cordon de la bannière... À moins que, à moins que... cette douleur dans l'épaule gauche... Vous ne savez ni le jour ni l'heure...

A cette litanie mélancolique, à cette sombre liturgie que recèle le masque de l'Homme au casque d'or, semble répondre, à quelques pas de là, sur le mur voisin, parmi les scènes juives et bibliques que Rembrandt peignit à Amsterdam, la lutte de Jacob avec l'Ange.

Un homme jeune, au corps athlétique, le visage fermé, la tête baissée, regarde le sol, obstinément, arc-bouté, dans une crispation douloureuse, il semble porter le corps de son adversaire plutôt qu'il ne lutte avec lui. L'ange sourit.

«Jacob était resté seul, un homme lutte avec lui». Jacob lutte avec l'ange du Seigneur. L'ange sourit.

Dans ces deux masques de Jacob et du Casque d'or, sont réunies par le génie de Rembrandt, deux images essentielles, visions intérieures de l'aventure occidentale.

La condottière, l'homme de la conquête brutale de l'univers, par l'or et la spéculation, et le prophète luttant avec l'esprit de Dieu. Le condottiere et le prophète.

Et si l'on voulait réduire à l'extrême la représentation qu'on peut se faire de l'Occident, on pourrait s'arrêter à ces deux images qui disent l'une l'aventure matérielle, la conquête du monde, et l'autre, l'aventure spirituelle, l'essor de l'esprit prophétique. Deux visages opposés, masques contraires de ce janus bifrons: tandis que le premier signifie la négation, la destruction de l'autre, le second, la figure prophétique de Jacob, signifie-t-il pour autant la reconnaissance de l'étranger? Si l'esprit prophétique est d'abord le pouvoir de rendre compte de l'autre, c'est pourtant le même visage fermé, le même refus obstiné qui apparaît dans le visage de l'homme au casque d'or et dans la figure de Jacob.

Et peut-être est-ce là, aussi, la marque du prophétisme occidental... tandis que le prophétisme des cultures «traditionnelles» non marquées par le sceau de l'écrit, est celui d'un regard libre, d'une parole adressée librement à l'hôte, à l'étranger que l'on accueille.

Et cependant, au-delà, ou malgré cette ambiguïté, l'histoire de Jacob, de cette lutte avec l'ange, c'est bien la rencontre et la découverte de l'autre, par un approfondissement, au corps à corps, pour le connaître, mais aussi pour se faire connaître, et pour se faire nommer. Et Jacob recevra de l'homme son nouveau nom: Israël. La bible dit que la lutte, indécise, dura jusqu'au petit matin, jusqu'à l'épuisement de Jacob, et jusqu'à cette «nomination», l'identité nouvelle qu'il reçoit de celui à qui il demandait son nom. Et cela est sans doute le propre de l'esprit prophétique, cette découverte de l'autre par un ébranlement de l'être, par un changement profond de la personne du prophète, affronté au milieu étranger.

Peut-être y a-t-il là la manifestation d'une fonction essentielle du changement dans l'histoire de l'humain. Comme, dans celle du développement de la vie cellulaire, une partie non informée, l'enveloppe est là pour assurer l'adaptation du milieu étranger, nombre potentiel et non chiffré, et dont la fonction est pareille à celle du jockey dans les jeux de cartes: compléter une série non achevée en se modelant aux contraintes du jeu et l'ouvrir à d'autres séries.

*

*

*

«Ma bibliothèque tiendrait dans une peau de veau» disait Descartes et cela devrait encore être vrai aujourd'hui d'un honnête Européen, s'il n'y avait pas le reste du monde...

Car l'élite des savants des grandes cités européennes avec qui s'entretenait Descartes, il aurait pu les réunir dans son poêle, et sa peau de veau pouvait contenir l'essentiel de leurs méditations réunies.

Mais encore? «Vitellum opertum» désignait-il le cuir, pour la reliure qu'on pourrait en faire, ou bien les entrailles exposées au regard du savant? Les deux sans dou-

te: la dépouille animale offrait une double image, des quelques livres dont elle ferait la couverture, et de l'autopsie, démarche analytique, principe scientifique par excellence.

Rembrandt, qui sut mieux que personne représenter les états de la conscience occidentale, illustra en sa *«leçon d'anatomie»* cette pratique quasi liturgique de la science: souffle suspendu, regard fasciné par sa proie, célébration de l'autopsie à laquelle fait pendant, comme une dérision cruelle, la dépouille sanglante du «boeuf écorché».

La leçon d'anatomie du Dr. Joan Deyman voisine à Amsterdam avec un grand tryptique où sont représentés le Couronnement de la Vierge et le Baptême du Christ dans le Jourdain. Le Dr. Deyman officie. On ne voit tout d'abord que ses mains. Habiles et sûres, comme les mains de Dieu, dans le tryptique, suspendues au-dessus de la Vierge couronnée ou de Jésus dans le Jourdain, les mains du Docteur replient vers l'arrière d'un geste délicat, le cuir chevelu, dégageant la cervelle, sagement partagée en ses deux hémisphères rouges sombres dont les circonvolutions semblent les plis réguliers d'une chevelure. L'assistant, un bel homme tranquille, observe, tenant dans sa main droite, un peu en retrait, la calotte crânienne bien nettoyée. Il observe, impassible et comprend, enregistre: c'est ainsi que l'homme fonctionne, c'est ainsi qu'il vit. Et la satisfaction de savoir, un peu de mépris peut-être, apparaît sur son visage.

Sur la table de dissection, un peu avachi, le ventre béant, les jambes niaisement écartées —mais un bouillonnement de linges jaunes et souillés ne permettent pas de voir si le sexe a été aussi découpé— l'homme disséqué est là, le visage étrangement présent, sage, résigné, obéissant, sous sa somptueuse chevelure de chair, si bien ordonnée en boucles et rouleaux rouges.

Le Docteur Deyman ne lui fait-il pas là, en le disséquant, beaucoup d'honneur? N'est-ce pas une faveur assez rare que de pouvoir servir à la démonstration de ce que c'est qu'un homme?

Aussi bien notre homme n'a pas l'air, un seul instant, de songer à le contester. Il semble même y mettre du sien. Il coopère. Et son visage résigné et régulier, semble plaider pour un a priori moral de bon aloi.

Depuis lors, nous n'avons cessé de reproduire, dans le reste du monde, ce rituel. Les noires silhouettes, les quelques visages qui se penchent sur l'écorché de Rembrandt portent en eux le principe de notre savoir et suffisent à dire l'histoire de la science *«Vitellum opertum»*; notre univers dans la dépouille d'un veau.

Mais voilà, il y a le reste du monde. D'autres mondes et d'autres savoirs, depuis lors, dont les sages ne tiendraient plus dans le poêle de René Descartes, ni les enseignements dans sa bibliothèque. Qu'avons-nous fait?

Comme fit Romulus, lorsqu'il entreprit de fonder Rome dans l'espace de la peau du boeuf qu'on lui avait attribuée, nous avons découpé notre peau de veau en fines bandelettes que nous avons déroulées afin d'encercler les cultures de la terre entière.

Et plus habiles, nous avons cru que Descartes, nous avons proclamé: «le monde entier, le monde des hommes avec ses langues, ses cultures et ses outils divers, tient dans notre peau de veau».

Est-il encore un loup sur terre pour répondre aux dogues qui montent la garde autour de notre peau de veau occidentale?

peau de veau, peau de chagrin,
dont nous avons encerclé l'univers.

Ils sont, en vérité, nombreux les loups qui ne veulent pas se rendre et préfèrent se vouer à l'Islam de Khomeiny ou aux esprits des autels de leurs pères, qui ne veulent pas accepter cette évidence proclamée, d'un seul côté, d'une universalité de nos sciences humaines.

Mais hélas, qui peut les entendre, et comment nous parleraient-ils? À qui donc s'adresseraient-ils?

C'est que ce «moi», l'écorché qu'entourent les silhouettes noires, notre joli moi, n'a plus guère de solidité, ni de consistance.

Dans ce désastre obscur où nous avons perdu notre âme et notre nom — chose sans nom qu'est le cadavre dans l'autopsie — croyant nommer les autres, comment pourrions-nous nous entendre nommer nous-mêmes et comment nous nommerait-on puisque nous avons institué pour cela un unique langage?

Ainsi, avons-nous perdu cet ailleurs, cette profondeur qui fait la personne et qui donne le regard de l'autre, et le nom que l'autre vous donne.

Homme sans double, sans autre, sans ailleurs, homme sans âme. Homme mort. Vitellum optertum.

LE REGARD INÉGAL

Les 25-27 mai 1987, il y a trois ans, se rassemblaient à Louvain-la-Neuve, une trentaine de chercheurs — sociologues, linguistes, anthropologues, historiens — d'écrivains et d'artistes, venus des quatre continents, qui, pour la première fois, venaient confronter les savoirs et les modes de connaissance de l'homme non européens à ceux sur lesquels la civilisation occidentale a fondé son empire. Témoigner du regard de l'autre sur l'Europe, mettre en perspective les approches, la vision réciproque que les cultures, à travers la diversité des jeux de langage, ont les unes des autres, et tenter de réduire ainsi les malentendus qui peuvent en surgir. Deux siècles après la fiction plaisante des *Lettres Persanes* de Montesquieu et suivant les innombrables versions qui, de la littérature au cinéma, ont illustré ce genre sans jamais véritablement en sortir, nous tentions d'explorer dans la réalité d'une confrontation les voies d'une connaissance réciproque. Il est sans doute remarquable que, conformément au génie français qui l'a «inventé», ce jeu (et je ne mets rien là de péjoratif, car il s'agit bien de ces jeux de langage qui sont à la fois l'âme et la structure d'une culture) soit resté, peu ou prou, dans le mode plaisant, entre les jouissances de l'imaginaire et celles de la dérision: de l'abord dérision de soi-même, bien sûr, alibi spirituel qui peut en couvrir et en autoriser, parfois, une autre.

Nous avons donc voulu faire du jeu une réalité. Nous l'avons déjà fait, à vrai dire, puisque pendant deux ans, de 1983 à 1985, à la suite d'une rencontre que j'avais organisée, avec le Président Senghor à l'Université de Bretagne Occidentale et un groupe de chercheurs sénégalais en 1982, 5 chercheurs africains et malgache avaient fait l'ethnologie de différentes régions françaises. De cette action difficile et, par cer-

tains côtés, dramatique, la presse française et européenne a largement rendu compte. La brutalité de la confrontation, les nombreux malentendus qui en surgirent, entre les institutions et les chercheurs français d'une part, les institutions et les chercheurs africains d'autre part, entre eux et le public, français ou africain, entre eux et la presse, tout cela, et jusqu'à la tension extrême des débats qui conclurent, à Bamako, cette première expérience, montra que du jeu à la réalité, il y a une grande distance, celle qui donne au regard de l'autre toute sa violence.¹

Mon propos n'est pas ici d'entrer dans le récit de cette expérience mais d'en considérer les principaux traits et l'enseignement qu'on peut en tirer.² Elle fit apparaître, d'abord, combien la situation des chercheurs africains était différente de celle des ethnologues européens sur le terrain exotique. Leur vision et leurs commentaires de la société française ne sont pas d'abord réservés, comme c'est le cas pour les anthropologues occidentaux, à leur propre culture. Ils ont pour premier destinataire et pour premier public, quoiqu'ils fassent, ceux-là même qu'ils regardent. L'interaction qui s'établit entre eux et leur objet d'étude est dès lors très différente: ce n'est précisément plus un objet mais un sujet. Relation intersubjective dans laquelle ils sont, intensément, exposés eux-mêmes au regard de l'autre.

Cette relation intersubjective est sans doute la première dimension et la première caractéristique d'une anthropologie réciproque. Plus exactement elle entraîne la contrainte d'une prise en compte de la réciprocité du regard dans la démarche anthropologique. Elle fonde, dans son principe, l'anthropologie réciproque qu'elle différencie ainsi nettement de la démarche ethnologique classique qui maintenait à bonne distance l'objet de l'étude afin qu'il restât un objet. Et peut-être agit-elle alors comme une «stratégie de la dissuasion», rétablissant l'équilibre entre le sujet et l'objet de l'observation. Sans doute compromet-elle en partie le propos des «Sciences» humaines qui est de réduire, autant que possible, l'homme, comme objet de connaissance, à cet état d'immobilité, de neutralité en le soustrayant à l'effet des relations intersubjectives.

Ce qui faisait dire à Claude Lévi-Strauss, dans sa première leçon au Collège de France sur l'Avenir de l'Ethnologie qu'il doutait que celui-ci fût dans une ethnologie des sociétés occidentales par des chercheurs venus «des sociétés qu'étudient les ethnologues». Car ils ne pourraient jamais atteindre à un degré d'indifférence à l'égard des sociétés occidentales qui en permît une étude objective, celui qu'avaient atteints, dans leur statut privilégié d'«homme blanc», les anthropologues occidentaux. Mais peut-être aussi la relation de réciprocité intersubjective se rapproche-t-elle de la réalité de la condition humaine, et des conditions de l'observation scientifique qui implique une interaction entre les positions relatives de l'observateur et de l'observé.

Exposés à l'attention critique de ceux qu'ils observent, le seul fait de la présence de ce regard non européen, ce contre-regard, quels qu'en soient la vision et le commentaire, la stratégie de la connaissance de l'homme s'en trouve profondément changée. Le regard anthropologique de l'Occident sur le monde, ne sera désormais plus le même.

«Dans les sociétés qu'étudient les ethnologues, la spécialisation professionnelle est beaucoup moins poussée que depuis des siècles, voire des millénaires, dans celle de l'Europe, de l'Orient, de l'Extrême Orient».³

C'est Lévi-Strauss, le père et le maître de l'ethnologie française qui introduit ainsi sa dernière étude *La Potière jalouse*, publiée quelques jours avant l'ouverture de ce séminaire. Cette proposition, dont l'argument n'est pas mis en cause ici, circonscrit bien le champ de l'ethnologue: c'est, traditionnellement, celui qui exclut les civilisations de l'écrit pour ne considérer que les sociétés «sans écritures», sociétés dites simples, sociétés qu'on disait sans histoire où l'homme peut apparaître dans la transparence de la synchronie, à plat, dans le simple appareil, dans la fiction de l'Homme Nu. Immobile sous l'oeil de l'observateur.

L'effet est tellement saisissant d'une double absence dans cette rencontre, de l'Homme de Science et d'histoire avec l'homme non spécialisé, «l'homme sauvage», objet instantané de l'observation, qu'il provoque souvent l'humeur mélancolique, ces états d'âme romantiques qui accompagnent volontiers la solitude de l'ethnologue: «Tristes Tropiques»!

«Solitude des âmes» qu'analysait déjà Vico, ombre portée du savoir occidental inscrit dans l'histoire et cherchant, pour se situer lui-même, la figure du «dernier îlot», du barbare, de l'«homme sauvage».

De cette figure du Barbare, Vico nous a montré que l'histoire, notre histoire, attend le «ricorso», «retour ou recours» comme une «espèce de témoin ou d'invariant dans les transformations historiques».⁴

Le travail de l'ethnologue est de faire apparaître, connaître, cette «partie oubliée... de l'être historique comme individu... comme apparaît un masque de la nature».⁵ «Ce masque importable, que tient l'homme historique, marchant dans la constance historique, comme un sceptre» doit rester muet. Comme la figure antique du dieu Harpocrate, le doigt sur les lèvres «ut tacerttur»... afin que l'on tût qu'il avait été un homme».

Silence, immobilité, gage de notre historicité, limite d'une récurrence du temps historique, gage aussi des mesures que nous en prenons. En entrant dans ce monde anhistorique, l'ethnologue lui-même doit s'abstraire de son temps et de son histoire. Son regard doit être le regard de Sirius. Et qu'il se plonge à la manière de Malinowsky⁶ dans un abîme de solitude ou qu'il prétende, au titre controversé de l'observation participante, se fondre dans la société dont il veut rendre compte, il répète peu ou prou cette scène que Marco Polo joua avec le Grand Khan: «Sire, je vous ai maintenant parlé de toutes les cités que je connais» — «Ne resta une disse il Kan» — «Quella?» — «Venise, la vile natale de Marco Polo».

Ainsi se manifeste une règle constante de la démarche ethnologique: afin de respecter la distance nécessaire à l'observation et de faire de l'autre un objet de connaissance en le réduisant à l'immobilité, hors du temps, il importe de s'abstraire soi-même de la communication, et de toute correspondance dans l'histoire qui pourrait faire apparaître la subjectivité relative de l'observateur et de l'observé. Et ce que l'ethnologue obtient ainsi est bien cette figure muette où le discours de l'«homme sauvage», objet de la connaissance ethnographique, n'en est plus un, puisque le propre de tout discours est d'appeler une réponse et qu'il ne peut y avoir de réponse.

Car le discours de l'ethnologue n'est en aucun cas une «parole à l'homme sauvage», et celui-ci, à son tour ne peut franchir le seuil de l'analyse par laquelle son être symbolique est *autopsié*, soumis à l'examen du regard, et *non pas écouté*.

Cl. Lévi-Strauss, par deux fois au cours de son oeuvre a, avec emphase, souligné cette impossibilité intrinsèque de la communication entre l'ethnologue et les sociétés qu'il étudie. Dans les premières pages de *Tristes Tropiques*, il décrit parmi les prémisses de sa vocation d'anthropologue, l'entretien qu'il eût, jeune étudiant, avec «une vieille dame entourée de chandails qui se comparait à un hareng pourri au sein d'un bloc de glace: intacte en apparence, mais menacée de se désagréger dès que l'enveloppe protectrice fondrait».

Cette image saisissante plus qu'aucune autre nous semble prendre compte de ce principe d'incommunicabilité absolue qui gouverne la démarche ethnologique. Tout «retour» de l'analyse vers «l'homme sauvage» menacerait de faire fondre cette enveloppe de glace qu'il convient à tout prix de maintenir, condition de l'observation. La matière —et la manière— de l'ethnologique n'est ni le cru, ni le cuit, elle est, aux limites de la décomposition, la congélation.

Une seconde fois, évoquant l'avenir de l'ethnologie, Cl. Lévi-Strauss a, d'une autre façon, rejeté l'hypothèse d'une rétroaction de «l'effet anthropologique». Constatant, dans sa première leçon au Collège de France,⁷ la réduction inéluctable du champ de l'ethnologie du fait de l'histoire et de l'uniformisation du monde par la société industrielle, il n'envisage que pour l'exclure l'hypothèse d'une ethnologie de nos cultures occidentales par des chercheurs venant eux-mêmes des «sociétés qu'étudient les ethnologues». Car, dit-il, il leur manquera, du fait des contraintes historiques que nous leur avons fait subir, cette distance faite d'éloignement et d'indifférence qui permet d'instituer l'«homme sauvage» en objet de la science anthropologique.

Cette distance il faudra plutôt, conclut-il, tenter de la préserver en cherchant les derniers isolats, le «dernier ilote» dirait Vico, ou en considérant les minorités culturelles, entités spécifiques qui peuvent se reconstituer au sein des sociétés industrielles.⁸

Ainsi peut-on considérer et distinguer —dans la démarche anthropologique— deux «catégories» différentes d'immobilité constitutive de cette objectivité qui prétend fonder les sciences humaines: celle de l'observateur et celle de son objet. C'est d'abord l'immobilité de l'objet que met en évidence l'ethnologie: fixité dans l'histoire, mobilité «circulaire», qui équivaut à l'immobilité à l'intérieur de structures symboliques cycliques et répétitives inter-changeables selon les règles d'une grammaire interne du mythe.

Si l'on veut bien reconnaître que l'histoire n'est absente nulle part et fait évoluer aussi les «sociétés sans écriture» jusque dans leurs structures mythiques, on considère cependant que cela est dans une mesure proportionnellement négligeable, à l'échelle du temps, par rapport à la situation qu'y occupe l'ethnologue.

Dans cette perspective, la tâche de l'ethnologue est donc c'abord de démontrer cette circularité quasi immobile de la condition de l'«homme sauvage» et de sa pensée, révélatrice, au-delà de l'histoire, d'une universelle condition de l'homme ainsi réduit à l'état d'objet. C'est en ce maintenant dans cette distance mythique et dans la

solitude qu'elle engendre, que l'homme de science suscite l'effet de perspective historique; qu'il justifie par l'histoire ainsi conquise comme un attribut, la légitimité de sa représentation, composant, à partir du mythe, le masque de l'«homme sauvage».

Cette fascination du masque comme pôle interne de la connaissance anthropologique reconstituant la «pensé sauvage», assez démontrée par l'oeuvre de Cl. Lévi-Strauss, s'exerce aux dépens de la mobilité symbolique, de la plasticité infinie du mythe, ce «bruit qui court», selon le sens premier du mot.

Mais que la course de ce bruit soit irréductible à la représentation qu'en donne l'anthropologue est accessoire. L'Homme sauvage peut continuer à courir, l'important est cette représentation constituée, et constitutive de l'image immobile de lui-même, que s'est ainsi procurée l'homme de science.

Ainsi serait-on tenté de dire que, dans la relation de l'anthropologue à son objet, cette première «catégorie» d'immobilité est proprement fictive: provenant toute entière de la représentation, elle est une qualité attribuée arbitrairement comme une fonction mathématique à ces figures imaginaires qui peuplent l'ethnologie.

La situation de l'ethnologie occidentale semble vérifier à cet égard cette analyse de Wittgenstein:⁹ «La question: qu'est-ce qui fait de cela une représentation de lui? ne se pose pas d'ordinaire lorsque je me représente quelque chose. Et si je dessine ce que je me suis représenté et que l'on me demande: «Qu'est-ce qui fait de ce portrait son portrait?», je pourrais répondre: «Ma représentation».

Aussi bien la cause véritable de l'immobilité attribuée à son objet par l'ethnologie ne se trouverait-elle pas dans cette seconde «catégorie» d'immobilité que nous proposons d'énoncer: celle qui tient à la position d'observateur de l'anthropologue? Ce retrait en lui-même par lequel il réussit à figer sa propre vision, sa propre représentation des choses —des sociétés, de l'homme sauvage— fiction produite par congélation ou congection interne de la pensée.

Ces questions qui, je pense, paraissent naturelles lorsqu'elles sont posées, comme a pu le faire L. Wittgenstein, dans une interrogation sur les modalités logiques de la connaissance, peuvent sembler incongrues dès lors qu'on prétend maintenir les disciplines de l'anthropologie sous l'appellation —et l'autorité— indues des sciences humaines. Néanmoins, il nous semble important qu'elles puissent être posées à l'intérieur de cette problématique, mettant ainsi en évidence un comportement de l'esprit qui touche aux principes mêmes de la connaissance scientifique.

Toutes les contradictions qu'a suscitées et révélées parfois notre démarche y sont mises en lumière par cette autre observation de L. Wittgenstein: «Aber es gibt z. b. Keine Fachprüfung in Menschen Kenntnis Nie wäre es, wenn's eine gäbe?» «Mais il n'y a pas d'examen des compétences en matière de connaissance des hommes. De quoi cela aurait-il l'air s'il y en avait un?».

En cet état de cause, ce sont les prémisses de la connaissance anthropologique et, profondément, de la connaissance scientifique qui sont mis en évidence. Il y a dans l'entreprise que nous avons tentée une double transgression du principe d'incommunicabilité qui fait dire aujourd'hui à certains anthropologues africanistes que l'Afrique elle-même est encore trop proche de nous pour constituer un objet ethnologique dans toute la pureté du terme. À plus forte raison les chercheurs engagés dans ce

programme manqueraient-ils de cette mythique distance: trop proches eux-mêmes de l'objet, du fait de leur biculturalisme, manquant d'autre part de cette spécialisation extrême dans la méthode analytique de l'ethnologue qui pourrait, à défaut, en tenir lieu.

Et pourtant, venus des «sociétés qu'étudient l'ethnologue», ces chercheurs ont pris symboliquement position sur le terrain français de l'ethnologie mettant à l'épreuve deux hypothèses également contraires aux postulats de l'anthropologie: —soit que ainsi, à l'intérieur du discours anthropologique, la parole ait été prise par l'«Homme sauvage», brisant le silence et la règle convenue— non pas le discours mythique connu et homologué —anhistorique— mais au contraire une parole qui revendique l'histoire. Le repère est déplacé, l'immobilité rompue et la preuve est alors donnée que le discours de l'homme sauvage comporte une pratique réflexive et critique; soit que, procédant des méthodes analytiques enseignées par l'anthropologie occidentale, ils aient entrepris de porter sur nos sociétés ce même regard éloigné et objectif de l'ethnologue en dépit de la contrainte historique que nous leur avons fait subir.

Une alternative existe cependant: que simplement des chercheurs aient voulu prouver qu'une connaissance de l'autre était possible dans un autre rapport, intégrant la subjectivité à l'intérieur même d'un rapport «ouvert» par l'histoire; qu'entre deux sujets parlant et engagés dans cet échange par une commune historicité pourrait s'établir un dialogue de reconnaissance et les conditions d'un savoir anthropologique qui fit la part de l'indéterminé.

Je rappellerai ce qui devait être posé, dans cette expérience commune, en deçà et au-delà du débat épistémologique: il fallait élargir le champ de la pratique ethnologique en ouvrant aux chercheurs africains le terrain européen et leur permettre de cette façon d'acquérir une connaissance directe des sociétés européennes.

J'ai d'abord cru, et je continue de croire, qu'il était nécessaire pour cela de faire apparaître la réalité du débat anthropologique et de provoquer de la façon la plus explicite ce renversement de la démarche ethnologique classique afin qu'en apparaissent en pleine lumière les contraintes et les contradictions.

Et il est vrai qu'il aura fallu des artefacts «phénomènes d'origine humaine, artificielle (dans l'étude de faits naturels)», selon la définition qu'en donne le Dictionnaire Robert, pour permettre la mise en oeuvre du programme. Je crois que dans leur brutalité qui est celle de notre société de consommation, ces «signaux parasites» —selon l'un des sens qu'a pris cet anglicisme— qu'ont constitué les commentaires des médias, ont révélé la violence et la contradiction intrinsèque de cette situation contraire aux usages et aux normes de l'ethnologie. Je crois aussi qu'ils ont fait apparaître, plus profondément, la dimension orale de cette mise en présence de systèmes de représentation différents et l'effet de court-circuit qu'elle a provoqué.

À l'inverse d'Harpocrate, de cette figure du silence, le doigt sur les lèvres, voulue par l'anthropologue, gage de l'autorité et de la souveraineté historique de son savoir, silence redoublé de l'«homme sauvage» et de son observateur qui ne s'en délivrera que par le texte écrit du discours scientifique, les chercheurs ont été mis par les médias, «en direct», en communication avec cette société dont ils venaient par là même

mettre en cause le statut d'exclusivité dans l'historicité et dans les privilèges de la connaissance anthropologique qu'elle croyait détenir.

La première question, ainsi mise en évidence au centre du processus de la connaissance, est bien celle de l'autopsie. Ce mode de connaissance, attitude qui fonde la démarche scientifique occidentale, cette immobilité respectueuse de l'observateur et de l'observé, et qui résulte du regard, de la seule représentation que celui-ci se fait de son objet, permet-il une connaissance véritable de l'homme, et dans ce cas est-elle la seule concevable? Le mythe, champ profond, champ premier du langage et son horizon symbolique qu'explore l'ethnologue se laissent-ils ainsi dévoiler: saisi pour autopsie, le bruit qui court n'est plus là. Et c'est là, en corollaire, la seconde question, celle de la mobilité: il n'est pas de matière, il n'est de vie immobile —à plus forte raison de condition humaine—. Si ces questions sont aujourd'hui au cœur de la démarche scientifique qu'en sera-t-il des sciences humaines? En matière de connaissance des hommes, il convient de rappeler cette évidence: les sciences humaines ne sont pas des sciences mais au mieux une approximation tout à fait incertaine, de différents états d'une condition humaine essentiellement mobile, et que l'on croit pouvoir immobiliser dans l'illusion d'une connaissance expérimentale analytique.

Nous avons vu, nous avons vécu dans cette expérience, à quelles contradictions entraînait cette prétention: ne peut-être analysé que ce qui est immobile, par un observateur immobile, ne peut-être réfuté par une contre-expérimentation que ce qui est immobilisé, fixé dans une impossible répétition. Nous avons vu que cela est vrai, à l'intérieur même du langage, et malgré même l'illusion du texte écrit, du mythe, parole vivante, bruit qui court.

NOTES:

¹ Il n'y eut pas de publication immédiate et systématique des travaux: les chercheurs africains se refusèrent aux rapports que les institutions de la recherche française attendaient d'eux, récusant le principe d'une évaluation par une instance française.

L'un d'eux pourtant, Massaër Diallo, publia, en coédition avec un auteur camerounais, Blaise Njoya, dans la collection *Autrement*, sous le titre *Un regard Noir*, une première approche de son étude sur la clientèle parisienne des marabouts africains qui fut un immédiat succès de librairie, tant en France qu'en Afrique (cfr. DIALLO, Massaër et NJOYA, Blaise *Le Regard Noir*, collection *Autrement*, 1984, Paris). Mais il leur fallait, assurément, du recul et du temps pour prendre toute la dimension de leur expérience, tant humaine que scientifique. Ce temps viendra et, déjà, dans la collection *Transcultura*, seront publiés prochainement l'enquête et l'analyse du chercheur malien Moussa Sow sur un village du Médoc.

² J'ai tenté, pour ma part, dans mon rapport d'activité de secrétaire scientifique du programme, de faire un premier bilan de l'opération. Cfr. LE PICHON, Alain: *Programme Ethnologie de la France par des chercheurs du Tiers-Monde. Rapport final*, Maison des Sciences de L'Homme, Paris, 1987.

³ LÉVI-STRAUSS, Claude, 85

⁴ SCHERE, J. L., in: *Introduction à G. Vico. Origine du Droit et de la Poésie*, éd. française: Cafecli-mat 83

⁵ *Ibidem*.

⁶ Voir le *Journal* de Malinowsky.

⁷ LÉVI-STRAUSS, Cl.: *Paroles données*, Plon, Paris, 1984.

⁸ Il est cependant étrange qu'à travers ses différentes oeuvres, depuis lors, Cl. Lévi-Strauss, qui a cependant beaucoup contribué au développement de l'ethnologie de la France, au Laboratoire du Collège de France, continue de parler du champ de l'ethnologie, notamment dans ses deux plus récents ouvrages *Le Regard éloigné* et *La Potière jalouse*, comme s'il ne pouvait être que ce territoire.

⁹ WITTGENSTEIN. Ludwig: *Études préparatoires à la 2^{ème} partie des recherches philosophiques*, R. 311, Ed. TER, bilingue, 1985.



Nuestra alteridad o el «tú» del «otro»: versiones de la alteridad y otras versiones

POR
RICARDO SANMARTÍN
(Universidad Complutense)

A Ramón Gaya, quien me presentó a Velázquez y me enseñó a escuchar con los ojos la llamada voz de su canto.

No escribo hoy aquí por propia iniciativa sino, como los pintores del XVII, por encargo de otro que me pidió que lo hiciera. Y tuvo que insistir, no por hacerme yo de rogar, sino por sentirme incapaz de cumplir el encargo con el rigor de los viejos maestros de la pintura del XVII que, quizá como nadie, supieron adoptar el punto de vista del otro.

La misma longitud del título: «Nuestra alteridad o el “tú” del “otro”: versiones de la alteridad y otras versiones», con la que intento cohonestar mi interés y el del encargo, es ya un índice de la dificultad inicial que encuentro para tratar del otro en el arte*.

Debería, probablemente, para cumplir la expectativa del tema —el otro en el arte— abordar las obras de arte como vehículos de acceso a las culturas en las que nacieron, como testimonios de ellas, como sin duda lo son. Pero los modos según los cuales podemos tomar las obras para que alimenten nuestra comprensión de la cultura ajena son varios y diversos, y no todos respetan por igual la especificidad de su testimonio, pudiéndose perder sus cualidades nutricias al tratar las obras en la cocina del análisis. No es un método adecuado para apresar el alma que anima a un sujeto abrirle las entrañas en busca de su médula. Sin duda encontraremos vísceras, pero su alma habrá desaparecido en virtud del mismo tratamiento otorgado al ser convertido en víctima.

Toda obra de arte es hija de su tiempo y en su elaboración su autor habrá usado materiales y recursos que su cultura le ofrece. No pintan igual Durero o El Bosco, Tintoretto o Tiziano, Van Eyck o Velázquez, como tampoco escriben del mismo modo Shakespeare o Cervantes. En sus obras podemos encontrar temas que son tópicos típicos de su lugar y momento, y maneras imaginativamente realistas de tratarlos que, por su fidelidad a la época (*mayor incluso que la de historiadores y antropólogos*) convencieron (*también más que nosotros y nuestros colegas*) a sus creadores,

patrocinadores y usuarios. Así entendidas, las obras son documentos de indudable interés para el análisis antropológico-social. En ellas, —si aprendemos a leerlas—, podemos encontrar plasmadas pautas culturales, creencias, valores, usos simbólicos del color y de las formas, gestos, expresiones, maneras de componer la obra, etc., todo lo cual constituye un verdadero retrato de la época. Así, por ejemplo, Baxandall (1972), comentando la pintura italiana del siglo XV, nos muestra cómo en la composición de las figuras y en su coloración cabe reconocer la práctica de los usuarios en la participación en grupos de danza o la asignación cultural de jerarquías por el simbolismo cromático. Asimismo, el uso de la perspectiva y de los elementos arquitectónicos reflejan la especial habilidad de la época para apreciar, con un rápido golpe de vista, volúmenes y proporciones matemáticas, fruto del entrenamiento de los mercaderes en la medición y cálculos de las transacciones comerciales que caracterizaron las ciudades mercantiles italianas de la época. Todo ello nos lo expone glosado y contextualizado con un estudio de los textos en los que se formulaban los encargos de las obras o analizando las categorías usadas por los críticos del siglo XV. No se trata, pues, de un retrato meramente descriptivo de imágenes reconocibles, sino hecho también con modos y maneras, habilidades y categorías que hay que aprender a leer estudiando, junto a la obra, el contexto de la época.

Sin duda, la destreza en el uso de la empatía, alcanzada en el continuo ejercicio del trabajo de campo, permite al antropólogo mejorar el análisis del historiador buscando la resonancia entre las categorías de los actores o informantes y las obras que producen y usan en la época. Un excelente y bello ejemplo de ese segundo tipo de análisis nos lo ofrece Lisón (1990) en su última obra: la cultura barroca de aquella otra España del XVII vibra como un clavecín bien temperado o como un diapasón ante el golpe certero del investigador, registrando con su fino oído la oculta armonía de sonidos específicos de una época, redundante tras la disparidad de unas figuras entre las cuales nos descubre el aire cultural de familia que anima, acercándonos y casi confundiéndonos las voces del loco y del místico, de las beatas y del poseso, reflejadas magistralmente en los personajes de ficción de la dorada literatura.

Pero no deja de resultar paradójico que, precisamente en los Siglos de Oro, cuando aquella otra España se desalienta y se repliega sobre su propia decadencia, el arte que produce alcance sus mayores logros. No es, por otra parte, un fenómeno insólito en la historia, sino varias veces repetido: El arte vuelve a florecer caprichosamente, en Goya, con los desastres de la guerra y, nuevamente, con la crisis del 98, cuando las pérdidas históricas de España animaron a una nueva reflexión crítica sobre la propia imagen colectiva. Asimismo, la generación del 27 no podemos decir que cantase el desorden civil que «parece» reflejarse en el «Guernica». ¿Cuál es pues la naturaleza de aquello que consigue su esplendor en la decadencia de la sociedad de la que nace? Las crisis parecen sentarle bien al arte. No porque en tales situaciones busque el arte apresar esa sustancia del pasado que se escapa. El arte reparte sus miradas al pasado y al futuro; repite, versiona e innova, pero en cualquier caso se mueve, hace acto de presencia, cuando el paso de la historia arrebata la tierra bajo los pies del creador, quedando éste en suspenso y desenraizado, en otro mundo, trasladándose el horizonte a un lugar aún sin nombre conocido. De ahí la insistencia de

los historiadores del arte, o de los creadores, en la necesidad de contar con la distancia que la historia otorga para poder formular un juicio interpretativo del arte de una época, por creer que desde la distancia del tiempo podemos abarcar en su globalidad el arte del pasado y su contexto, como marco y espejo de un mundo concluido, *otro* con respecto al nuestro, como si lo propio y coetáneo fuese más inabarcable y misterioso que lo ajeno, con horizontes abiertos aún, inconclusos, sin límites suficientes para poder discernir su figura verdadera.

Pero frente a la voz de quienes, usando o no la distancia histórica, pretenden leer el arte como un documento social, se levanta *la otra voz* de la poesía, a la que espera poder sumarse la de la Antropología Social. Mal que nos pese, su razón lleva Octavio Paz cuando califica de «peligrosa... la proliferación de las ciencias sociales» (1990: 93), criticando a los «profesores de sociología» por olvidar que, si bien, por ejemplo, «la Odisea describe costumbres de indudable interés para el historiador,... no es ni un relato de historia ni un reportaje de etnografía: es un poema, una creación verbal» (*ibídem*, 96). Concediendo que, aunque «algunas de estas interpretaciones quizá no sean enteramente inexactas... leer así un poema (como documento social) es como estudiar botánica en un paisaje de Corot o de Monet» (*ibídem*). En su opinión «los doctos... tienen que reaprender a leer poemas como textos poéticos, no como documentos sociales» (*ibídem*, 114). Los textos poéticos —o las obras de arte en general— son, pues, algo más que documentos sociales. Encarnan belleza, intensifican la experiencia, y si bien para lograrlo, enraizándose en el contexto, toman de él su cuerpo —que así nos lo reflejan y documentan— haciéndolo, ante ese mismo contexto se yerquen interpelándolo, negando los límites cotidianos de ese mundo que los actores acostumbran a imaginarse como dado por naturaleza, para mostrar el artificio de tal delimitación cotidiana, su precariedad y, por tanto, su debilidad frente al propio misterio de la vida que encierran en su seno. Desvelar su potencia misteriosa supone entreabrir este mundo a su otro lado, a su envés, para ganar así otra distancia, no la del tiempo de la historia, sino, como dice O. Paz, la «del instante en que allá, en aquel otro lado que es aquí mismo, la llave se cierra y el tiempo cesa de manar» (1987: 47), esto es, para ganar la distancia de la interna alteridad de la que está preñado el mundo. Posicionados en esa distancia sin tiempo «el arte tiene valor porque nos saca de aquí», nos recuerda F. Pessoa (1985: 350), interpelándonos desde ese otro lado, en cuya apelación, recibiendo ese «tú» de ese «otro» encarnado en la obra, aprendemos a recortar y reconocer nuestra propia figura.

En las mismas técnicas de la creación artística podemos encontrar ejemplificado el proceso. A la muerte de Velázquez sorprendió constatar que el pintor poseía más libros de ciencia que de arte, junto con un elevado número de espejos. Sabido es que muchos pintores salvan la precariedad de medios con que cuentan para ampliar las dimensiones de su estudio usando espejos. Espejos que también usan para, invirtiendo la imagen de la obra, controlar las simetrías. Careciendo Velázquez de tales limitaciones por su elevada posición, cabría admitir como plausible la interpretación que del hecho ofrece Guillermo Pérez Villalta (Calvo, 1990). Supone nuestro contemporáneo que Velázquez pintaba usando dos espejos: uno tras de sí, en el cual se reflejaba el cuadro que estaba ejecutando, y otro junto dicho cuadro en el que, como retro-

visor, veía a distancia el efecto que su pincel dejaba sobre el lienzo reflejado en el espejo trasero, ahorrándose idas y venidas para controlar su mano y el efecto deseado, mirando incluso tan sólo dicho espejo retrovisor en lugar de su propio cuadro. Lo que de ese modo consigue no es tan sólo alcanzar la verdad del objeto con la mentira y falsedad del artificio de la pintura adelantándose al impresionismo. No miente Velázquez al hacernos ver, de cerca, los borrones de su artificio sobre el lienzo. Como tampoco lo hace al sorprendernos con la veracidad del retrato a la distancia adecuada. Pero para ello se ha servido no de una, sino de dos miradas y distancias: la propia y la de un supuesto observador del cuadro —ausente en el momento de la creación— cuyo lugar ocupa la distancia creada con los espejos. Con la simulación de la mirada ausente y la propia, ajustando tentativamente la suya a la del otro, trata de obedecer al efecto, aceptando que sea el efecto en el otro quien se imponga como causa motriz. Falsificando la visión del otro, ausente cuando pinta, consigue que el espectador de su obra auténtica acceda al mundo ausente ya cuando sólo contempla el cuadro. La mirada del otro la hace propia de sí Velázquez. Su obra no es sólo suya ni ajena, sino objeto independiente que nace como fruto suyo por haber logrado alcanzar esa previa alteridad. Podría, creo, suscribir Velázquez las palabras de Pessoa: «soy dos, y ambos mantienen la distancia» (*ibidem*, 232). También el escritor re-orienta su escritura leyendo lo ya escrito, poniéndose al hacerlo en el lugar del usuario ausente de su texto, fundiendo en la obra ambas voces, logrando, en versos de O. Paz, «el pronombre que se transfigura: yo soy tu yo, verdad de la escritura» (*ibidem*, 64). Por eso, probablemente, dice Pessoa: «Me vivo estéticamente en otro» (*ibidem*, 171). «He gozado siempre, como otro y extranjero» (*ibidem*, 184) y «en todo esto soy translaticio, que la nostalgia que siento no es precisamente la mía... sino la emoción interceptada de no sé qué tercero... (cuyas sensaciones) es por imaginación y otredad como las pienso y siento» (*ibidem*, 186). De ahí que «nunca lleguemos a otro sino *otrándonos* mediante la imaginación sensible de nosotros mismos» (*ibidem*, 283).

Pero si es así como nos informan de sus técnicas creadoras, ¿de qué lado se decanta lo creado *otrándose* de ese modo? Nos dice Ramón Gaya que «escribir poesía o música, pintar, modelar, bailar, torear, e incluso todo ello hacerlo magistralmente, no es que sea fácil, claro, pero la verdadera y más seria, más profunda dificultad es muy otra: es poder, llegar a poder, desde *aquí*, entrar en relación, en comunicación con lo de *allí*, con aquellos enigmáticos manantiales» (1989: 145). Así lo entiende O. Paz: «oigo latir la luz del otro lado» (1987: 33). Incluso cuando nos habla de nuestro más cotidiano medio, la ciudad, nos habla de una «realidad diaria hecha de dos palabras: *los otros*... la ciudad con la que hablo cuando no hablo con nadie y que ahora me dicta estas palabras insomnes *!...!* hablo de... transfiguración de este mundo» (*ibidem*, 42-45)... hablo del encuentro esperado con esa forma inesperada en la que encarna lo desconocido y se manifiesta a cada uno» (*ibidem*, 46) «como una música reucitada/*... allá, del otro lado*» (*ibidem*, 87), para con todo ello «hacer un tú de una presencia... (y) *abrir la puerta prohibida/pasaje/que nos lleva al otro lado del tiempo./Instante:/reverso de la muerte./nuestra frágil eternidad*» (*ibidem*, 168).

Eso mismo, la fugaz eternidad al otro lado del instante, lo podemos ver sin palabras, en la pintura de Velázquez. En ella los espejos, además de apoyo técnico, son

motivo del algunas de sus obras, penetrando por su medio, en el cuadro, no el fiel reflejo de la realidad visible, sino la diferencia que distingue lo visual de lo imaginario, o mejor aún, la imaginación como contexto que, enmarcando la imagen, la dota de sentido para mostrarnos de ese modo el otro lado de la imagen, el instante invisible en el que se vive la experiencia. Como un buen pedagogo nos lo explica en «La Venus del espejo»: no se trata de un desnudo que se mira en un espejo, sino de un retrato que desnuda el otro lado de la imagen, aquello que ésta tiene de experiencia invisible y verdadera. La parte central del cuadro, su área, en principio, ópticamente más importante, la ocupa el espejo. En realidad, viendo el tipo de elementos que usa Velázquez para componerlo, ese rostro de mujer —borroso, poco claro, que la crítica unánimemente señala como un tanto tosco y aldeano, impropio de una Venus— es el único elemento real del cuadro. El resto, Cupido y Venus, es pura fantasía, pintados sin embargo con mayor claridad y nitidez que la borrosa realidad del espejo. Siendo eso lo que vemos, más aún que el espejo, resulta ser lo que hay detrás, como experiencia vivida en un instante, al otro lado de la imagen: la espalda desnuda de la verdad oculta como auténtica Venus, cuando es Cupido o el amor quien diciéndonos tú sustenta nuestra identidad, desvelando el misterio tras la vulgaridad de nuestro difuso rostro. Entendiendo así el cuadro, también cabe decir que presenta la realidad del rostro como un borroso reflejo, no del contexto, sino de su otro lado, de la invisible experiencia vivida en la imaginación: el instante del milagro en el que el mundo se transparente y nos muestra lo invisible. O, como en el caso de la poesía que escribimos al dictado al escuchar la poderosa voz del silencio y que al atenderla nos permi-



te reconocer la plenitud en la precariedad, la libertad en la constricción del límite, desvelando su potencia configuradora. Y viceversa: mostrando la otra cara de la grandeza, su pequeñez, o girándose de nuevo, nos muestra la grandeza de la humildad que reconoce y acepta la pequeñez de la grandeza, y así sucesivamente.

Más complejo es, sin duda, el papel de los espejos en «Las meninas». Se trata de una obra viva, cumbre de la pintura por múltiples razones, pero cuya composición — que ha dado pie a tantos análisis — hace muy difícil su interpretación. Podríamos suponer que Velázquez pinta lo que ve reflejado en un gran espejo situado frente a sí mismo, a escasa distancia de su lienzo, esto es, frente a la infanta y sus meninas. Pero, si no hubiera ante su mirada más que tal espejo, no podrían reflejarse los reyes en el pequeño espejo que figura al fondo de la estancia. Si lo hacen debería ser por situarse la pareja real frente a ese espejo del fondo, es decir, mirando de frente a la infanta, a las meninas y al pintor, al otro lado de ese supuesto gran espejo retrovisor. El cuadro, tal como lo vemos terminado, no puede ser fruto, tal cual, de una simple copia del natural. Su denotación es engañosa. Lo que allí vemos plasmado ha sido construido, compuesto paso a paso por el creador. Si lo que Velázquez está en «Las meninas» en disposición de pintar, reflexionando sobre su obra, es la pareja real, nos lo oculta sin embargo. No sin motivo se preguntó T. Gautier al ver «Las meninas»: «Pero, ¿dónde está el cuadro?». Por el tamaño del lienzo cuyo envés nos muestra, no parece corresponderse con la imagen de los reyes. Su tamaño encaja más bien con el del propio cuadro de «Las meninas», introduciendo de ese modo el cuadro dentro del cuadro, exacerbando la autorreferencia y frustrando su denotación para mostrarnos su imaginación de la escena, encarnada toda ella como contexto de su pintar.¹ Cabría entender que, ocupando tanta superficie del cuadro su envés, ocultándonos su cuadro, lo que Velázquez pinta no es cuadro alguno, sino sus otros lados, lo que existe más allá de la pintura: tanto el hecho de pintar como su antes y su después. Lo que nos muestra Velázquez, en ese instante suspendido de su mano entre la paleta y el lienzo, es tanto el cuadro sin hacer —poniendo en primer plano la infanta y las meninas, no como pintura, sino como modelos a pintar, como objeto vivo— como su hacerse en el proceso de su creación y su gozarse en la contemplación de los reyes. Del haz del cuadro que nos oculta nos muestra los modelos sin pintar. Se trata pues de un cuadro sin pintura en el que los modelos están en él en cuanto tales, como seres cuya vida se transparenta gracias al rigor de su creador, a la alta calidad de su arte desde el punto de vista de la percepción. Pero, a su vez, se trata también de un cuadro sin objeto —sin objeto plástico— en el que lo único de lo que realmente se ocupa es de algo que no se puede pintar por no ser de naturaleza plástica: las experiencias de la creación y del goce o uso de la obra, siendo también, por tanto un logro del arte desde el punto de vista de la concepción. Percepción y concepción se apoyan recíprocamente para mostrar la grandeza de la pintura como creación que, en su artificio, logra negar su naturaleza ocultando su cuerpo efímero de pintura, para transparentar en nuestros ojos —ocupando el otro lado de ese supuesto gran espejo semiplateado, desvanecido— la verdad que crea su ficción.



Pero si el reto que Velázquez enfrenta en «Las meninas» es el de hacer plástico un objeto imposible (el hecho de crear y de gozar la obra) ¿por qué usa para ello a la infanta y sus meninas, a los reyes y a sí mismo? Sitúa una escena cotidiana, doméstica, en el recinto del poder para «pintar» ese proceso que, entre espejo y espejo, sólo nace en su imaginación creadora. La imagen de los reyes ocupa el lugar del espejo

trасero y el cuadro entero, terminado, el que vemos, ocupa el lugar que cabe suponer ocuparía un gran espejo retrovisor. En tal caso tendríamos que interpretar que el cuadro que nos oculta es el de los reyes. Pero en este supuesto, desvanecido el retrovisor que ocupamos al contemplar su obra, equipara Velázquez a todo usuario con los reyes, otorgando a cualquier cosa que pintase la regia dignidad. No es entonces el cuadro de los reyes lo que importa —ya que nos lo oculta— sino el hecho de que al contemplar su creación alcancemos la mayor de las noblezas, atrapados como reyes al fondo de la imagen. Nuevamente lo que cuenta es lo que nace al otro lado de la imagen. Convertidos en usuarios al contemplar la obra, penetramos en ella con la más alta dignidad imaginable en el XVII. Velázquez nos corona, como Lucifer, al tomar el fruto que nos ofrece. Ofrecido en su fecha a los reyes, es el pintor quien, invirtiendo la jerarquía, situando su cabeza y su mirada por encima de los personajes, se atreve a coronar a los propios reyes coronando su obra al crear la imagen regia como un borroso reflejo de su propia creación.

Con todo, la imagen central de la obra es la infanta Margarita, heredera aún de la corona en 1656, antes de que naciese su hermano Carlos en 1665. Velázquez la presenta rodeada de meninas y guardas, arropada bajo la atenta mirada de sus padres, en el interior de palacio, lejos de una convulsa sociedad en decadencia, preservada de todo peligro y amenaza, en la cálida atmósfera doméstica de su familia, en su casa, en la mejor de las posiciones —en una sociedad barroca y mediterránea— para garantizar su honor y, con el de ella, el de la familia, el de sus padres, el de Felipe IV el Grande. El honor de la monarquía, su imagen ante el futuro de la historia, pende aquí —como sus miradas que se encuentran en el juego de espejos—, de su fruto, de su hija y heredera, de su obra, como el de Velázquez pende de su creación en ese instante en el que la creación crea, suspendida su mano entre la percepción y el concepto. Pero la interpretación de su obra no podemos limitarla considerándola como una reivindicación personal de su autor: reclamar para sí la nobleza de la pintura como arte creativo frente a su consideración de oficio artesano. No sólo nos expresa cómo su mano suspendida obedece la mirada suya que, en el juego de espejos, se ajusta obediente a la de los reyes, reflejando, por tanto, la jerarquía que invierte. Negando en su hacer lo que afirma y afirmando lo que niega en una sola pieza, nos tena ambas cosas, obligándonos a salir del cuadro luego de haber entrado en él, creando con su obra un polo metafórico frente al polo de la España de su época. Velázquez no refleja, sin más, su tiempo. No describe una crónica personal, ni una crónica doméstica. Velázquez interpela su contexto respondiendo a esa otra voz que clama interpelando al ser humano desde uno de los límites o dilemas morales de su época. Si «el honor mediterráneo deriva de la dominación de las personas y no de las cosas» (Pitt-Rivers, 1979: 66), Velázquez pone en paralelo el «honor= prioridad» del rey con el «honor= virtud» del creador, el dominio del monarca y el dominio suyo, no de las cosas, sino de alma, al presentárnoslas vivas, sin pintar. Nada tiene que ver el arte con el poder. Su dominio no es político, sino moral. Nos hace reyes sin, para tan alto rango, dominar nuestra posición social, dominando, al penetrar en cada personaje y en cada observador, su propia vida, el recinto de la intimidad, su experiencia, ese otro lado de la vida al que el artista llega y no el rey. Por su «honor= priori-

dad», «al rey, la hacienda y la vida/ se ha de dar; pero el honor (= virtud)/ es patrimonio del alma, / y (aun cuando) el alma sólo es de Dios», Velázquez, más devoto de la ciencia y el arte que de la religión, la hace suya y se la apropia para que al donarla en su creación nos reconozcamos en el tú de su ofrenda. Velázquez contrapone el recinto de la intimidad y el teatro público de la jerarquía, la autonomía del rey y la dependencia de la monarquía de su futuro, desvelando su tensión, plasmándola de un modo universal en su imaginativa propuesta al equiparar, en el XVII español virtud y dominación, herencia y logro, obra y creación. Si rey y vasallo dependen de sus obras y de ellas su honor ¿no será que «sueña el rey que es rey, y vive/ con este engaño mandando», como un reflejo borroso de la obra de su vasallo? Frente a la barroca y decadente España de su católica majestad, Velázquez nos incita a escuchar la modernidad de su civilizada propuesta encarnando esa otra voz que clama desde el límite entre la igualdad y la jerarquía, entre honores desiguales y una misma dignidad, proponiendo para el sueño de ser de todo ser humano «un nombre que no le compete». «Y, realmente, el nombre falso y el sueño verdadero crean una nueva realidad» (Pessoa, 1985: 54).

El arte nos da la vuelta al mundo como en un espejo, no por reflejarlo, sino por devolver al mundo su otra imagen, su contrapunto, su hueco matriz, aquello que le falta para estar completo; un punto, una distancia desde la cual podamos reconocer la redondez de que carece. La voz del arte, nos dice O. Paz, «es otra porque es la voz... de otro mundo... Todos los poetas en esos momentos largos o cortos, repetidos o aislados, en que son realmente poetas, oyen la voz *otra*. Es suya y es ajena, es de nadie y es de todos. Nada distingue al poeta de los otros hombres y mujeres, salvo esos momentos —raros aunque sean frecuentes en que, siendo él mismo, es otro» (*ibídem*, 131) «... hablo de la percepción del *otro lado* de la realidad» (*ibídem*, 133). «La otra voz no es la voz de ultratumba: es la del hombre que está dormido en el fondo de cada hombre» (*ibídem*, 136). El arte, pues, intensificándonos la experiencia, despierta en nosotros el Hombre *otro* que llevamos dentro. No se trata, por tanto, de que podamos al estudiar el arte acceder a la comprensión del otro, del creador, del usuario y de su tiempo. Tampoco basta con reconocer que en su misma naturaleza está el tener que situarse en el lugar del otro para poder crear —*otrarse*, como dice Pessoa—. En la creación o en el goce de una obra de arte, como en la unión mística, el «yo» de quien la goza no se limita servir «como aposento del otro» (Lisón, 1990: 130), sino que es desde el otro como en sí se reconoce. Decía San Juan de la Cruz que «en la unión... de amor el uno da posesión de sí al otro» (citado por Lisón, *ibídem*). Hay, nuevamente, pues, «el pronombre que se transfigura», siendo ahora el «tú» escuchado por San Juan, el tú del Creador que le crea. También Adorno señalaba que sólo imaginando una sociedad distinta de la que sufrimos se convierte esta nuestra en problema, constituyéndose así en objeto de conocimiento sociológico y legitimando una Sociología Crítica. Ese es el papel que, de manera radical, cumple el arte: da cuerpo a ese otro mundo desde el cual deviene éste interpelado. El arte restablece en el instante la distancia de la ficción al atrapar obedientemente ese otro mundo que, desde su borde con el nuestro, nos interpela. Es la alteridad del arte quien nos formula un «tu», y es ese oír nosotros su «tú» lo que nos permite recono-

cernos como nos-otros. El arte nos «tu-tea», nos «alter-a» y nos «tu-tela». Creada la obra, es el tú del otro el que creándolo nos crea. El arte es pues nuestra alteridad.





Rubens. Copia del *Rapto de Europa*, de Tiziano. Madrid, Museo del Prado.

Por eso mismo, y no sólo por dañar los derechos del autor, resultan rechazables en nuestra cultura las falsificaciones. Si al crear el artista se sitúa en el lugar del otro, cabría suponer que una buena falsificación muestra la maestría del falsario que consigue penetrar de lleno en la obra ajena, robándole el alma y con ella sus derechos, usando la habilidad y destreza de su «yo como aposento del otro». Falsificaciones las ha habido siempre, y más frecuente aún ha sido ese fenómeno similar que consiste en versionar temas y obras. Velázquez mismo, tan libre de toda sospecha, versiona y copia, toma los *Ignudi* de Miguel Ángel y los convierte en dos hilanderas, incluyendo como tapiz en el fondo de su cuadro una fiel copia del «Rapto de Europa» de Rubens, quien, a su vez, lo copió de Tiziano. Cristos, Madonnas, Piedades, las tres Gracias, anunciaciones, la Virgen con los santos, etc. abundan en la historia del arte. Conocemos más a los clásicos griegos por sus copias romanas que por sus originales. Saura y Valdés nos dan su versión del perro de Goya, Picasso la suya de «Las Meninas», versión que vuelve a versionar el Equip Crónica y de nuevo vuelve Valdés a versionar Velázquez, de modo distinto a como lo hace Arroyo. Y así podríamos se-



guir con Campano o con los homenajes de Gaya a otros pintores, etc. Pero ni «Las Hilanderas», ni este «pintar la pintura» que llevan a cabo tantos contemporáneos, merecen el mismo juicio que las falsificaciones. Si una copia, aun siendo falsa, es perfecta, no falsea el tema, ni el estilo, ni la calidad de la obra. Es sólo su autoría lo que se falsea, negando con ello su unicidad y, aun cuando eso vulnere concepciones nuestras sobre la propiedad y la ética del mercado, aquí sí que, como en la posesión, al duplicar la obra y ocultar su autoría, el «yo» del falsario opera como mero aposento del otro, resultando moralmente inaceptable, no sólo por usurpar la identidad del otro en una acción de terrorismo plástico, sino, más aún, por negar la propia identidad y, al hacerlo, vulnerar valores centrales, claves de nuestra cultura. Más daña al dañador el daño que al dañado, que niega su libertad e identidad restringiéndose en su hacer a un modelo dado. No se niega entonces a sí mismo el falsario como el místico, para recibir en su hueco la visita del Amado que le devuelva una posesión de sí más verdadera, como a Venus se la da Cupido en su espejo. El falsario niega la libertad del otro mundo, la esperada aparición de lo inesperado, cierra sus oídos a la otra voz. Y, si bien al repetir con fidelidad la obra, permite a quien la contempla escuchar aquella voz, oír su misma interpelación desde el mismo borde o límite que alcanzó originalmente la obra, se niega a abrir una nueva vía personal de acceso o a señalar un nuevo punto personal para otear el horizonte ético de su época, frustrando así el papel que nuestra civilización asigna al arte. La falsificación, aun siendo perfecta, no es una creación de la otra voz, sino un mero eco de esa voz ya proferida.

No sucede lo mismo con las versiones o al pintar la pintura. Acudir de nuevo a la tradición no supone volver simplemente al pasado, a la distancia histórica, sino poner en contacto pasado y presente, bien para negar el transcurso del tiempo, como hace Velázquez tomando como contemporáneas suyas las imágenes de Tiziano o de Miguel Ángel, o bien para negar la negación de la vanguardia picassiana ante la tradición, romper su ruptura, como hace Valdés, resolviendo en una nueva unidad enigmática su contraposición histórica. Como explica R. Gaya, «ni siquiera se trata de reanimar, de revitalizar, de revivir la tradición como podría suponerse, sino de revivirnos nosotros actuales en ella, en su fondo, en su pozo» (Calvo, 1990: 57). O, como dice V. Bozal, descontextualizando y recontextualizando las imágenes al pintar la pintura, se consigue «aclarar su significado histórico original, que puede haber desaparecido en la percepción redundante, y descubrir, en tal aclaración, un significado nuevo en la relación de la imagen con la contemporaneidad» (1985: 32). Es de ese modo como «Valdés... convierte la pintura en diálogo» (*ibidem*, 47) y, evidenciando «la plasticidad de los originales, el punto de partida,... la propuesta (de la tradición)... ahora distanciada, nos sirve para pensar el presente» (*ibidem*). De ese modo, su tan impertinente traducción versionando «La Reina Mariana» de Velázquez en términos de «Las Señoritas de Aviñón» de Picasso, nos ofrece su obra «La Señorita Mariana» como verdadera metáfora plástica, no muerta como un clisé, ni falsa como un eco, sino viva, reviviéndonos nosotros como contemporáneos ante la tensión de una nueva imagen. Imagen que, en la simultaneidad del lenguaje plástico, nace como traducción triple entre Velázquez, Picasso y Valdés (o, en términos de P. Klee o de Miró como en otras de sus versiones). El juego de espejos con el que Velázquez hacía presente







Les Femmes d'Alger (O. J.) (1907):
Museum of Modern Art, New York.



La señorita Mariana II.

la mirada del otro, lo sustituye Valdés por el juego de imágenes de Velázquez y Picasso, de Klee o de Miró, ajustando a las de aquéllos su propia mirada. Negar la negación de Picasso o asesinar el asesinato de Miró, no supone volver a la tradición como si la historia no transcurriera, sino reconocer que por haber pasado la historia y acelerar su paso en el presente, cada día diferente, aquella voz es otra, capaz, por tanto, de formular un tú en el que reconocernos ahora.

Repartir nuestra mirada entre los otros, nosotros y la historia es tarea que, además del arte, intenta realizar la Antropología para, ajustando nuestra reflexión a las de los otros, alcanzar una múltiple traducción que nos formule un tú universalmente humano. Pero tradición, presente y diversidad, como coordenadas de la creación, no acaban nunca de atrapar esa otra voz que sigue interpelándonos desde el cambiante horizonte moral que se mueve con nuestros pasos. Por eso no muere ninguna de las artes que nos alteran y nos tutean.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BAXANDALL, 1972: *Painting and Experience in Fifteenth Century Italy*. Oxford University Press.
- BOZAL, V. 1985: *Manolo Valdés: Pintar la pintura*.
- CALVO SERRALER, F. 1990: *Doce artistas de vanguardia en el Museo del Prado*. Madrid. Ed. Mondadori.
- GAYA, R. 1989: *Sentimiento y sustancia de la pintura*. Madrid. Ministerio de Cultura.
- LISÓN, C. 1990: *Demonios y exorcismos en la España Barroca*. Madrid. Akal.
- PAZ, O. 1987: *Árbol adentro*. Barcelona. Seix Barral.
- PAZ, O. 1990: *La otra voz*. Barcelona. Seix Barral.
- PESSOA, F. 1985: *Libro del desasosiego*. Barcelona. Seix Barral.
- PITT-RIVERS, J. 1979: *Antropología del Honor o política de los sexos*. Barcelona. Grijalbo.

NOTAS:

*Teniendo redactado un primer borrador y habiéndole ya asignado el título, vi citado en la prensa como último ensayo de O. Paz «La otra voz». Temiendo y deseando coincidir, más allá del título, en su contenido, lo adquirí y leí inmediatamente, e incluí varias citas... frustrado y satisfecho por la coincidencia.

¹ También se introducirá Goya con su lienzo en «La familia de Carlos IV», pero sin espejo al fondo en el que se refleje el usuario de la obra.



Las múltiples caras de la identidad

POR
BEATRIZ MONCÓ

Desde que en 1978 nuestra Constitución contempló la posible génesis de las Comunidades Autónomas, la palabra identidad ha reforzado su imagen popular, ha trascendido la geografía natural y marcado autofronteras, pero, sobre todo, se ha visto creada y recreada, utilizada, transgredida, reforzada y supervalorizada esto es, en definitiva, ha tomado parte nuclear en nuestro desarrollo cultural.

La actualidad del tema es universal; buena prueba de ello es tanto los sucesos que actualmente están cobrando trágica actualidad en los países del Este, como el número de obras que se escriben sobre el síndrome de la identidad. En este último ámbito se encuadra *Questions d'Identité* (Ed. Peeters Selaf, Paris, 1989) que a continuación voy a comentar ayudada por mi propia experiencia de investigación. El libro, en realidad, no sólo es una buena muestra bibliográfica sino patrón para esbozar la polivalencia y multiplicidad del concepto de identidad. Bajo esta perspectiva estarán encauzadas las siguientes líneas.

I

Questions d'Identité es resultado de una reflexión colectiva sobre los problemas de la identidad, que tuvo lugar en el marco del LACITO (Laboratoire des Langues et Civilisations à Tradition Orale), y cuyo origen arranca de un intercambio de pareceres entre colegas bálticos y escandinavos, investigadores del fenómeno de la identidad.¹

La hipótesis era común: dada la particularidad de la lengua báltica, los estonios, letones y lituanos emigrados deberían tener su identidad asegurada siempre que la conservaran, practicasen y enseñaran a las generaciones siguientes. Sin embargo, los primeros datos etnográficos que se contrastaron no confirmaban totalmente tan homogeneizadora hipótesis: el caso de los estonios residentes en París ponía al descubierto la dificultad de definir «los valores fundamentales» de una comunidad; valores que deberían ser, por otra parte, reconocidos y reconocibles por todos los

miembros de la misma. Evidentemente la lengua, como conjunto de normas de comunicación lingüística, puede —con mayor o menor habilidad— aprenderse; lo que nos lleva a inferir que la identidad se apoya en algo más que una lengua en común o, lo que es lo mismo, se sustenta en un amplio abanico de «compartición» del que la forma de vivir, la mentalidad, los valores y las tradiciones, no son sino claro exponente.

Con tal planteamiento el grupo de investigación «Sociolinguistique» del LACITO, dirigido por Jean-Pierre Caprile y en colaboración con los miembros de la *Section Europe du Département Eurasie*, decidieron aunar esfuerzos y presentar en una sola obra diversos artículos que, bajo el título de la identidad, fueran capaces de arrojar alguna luz a tan heterogéneo y cambiante concepto. Siguiendo pues las aportaciones de los ocho autores, iré desgranando las diversas exposiciones a fin de comentar, al hilo de sus ideas, algunos de sus aspectos antropológicos.

II

Abre la obra Frank Álvarez-Pereyre y su artículo titulado *L'objet linguistique entre pratiques et représentations*. En mi opinión el autor es el más teórico del grupo al mostrarse interesado 1.- por el grado de coherencia que debe caracterizar cada faceta de un trabajo investigativo-analítico y 2.- por si tal atributo debe plantearse bajo la perspectiva individual del investigador o bien de un modo global. Obviamente el objeto del trabajo de investigación dependerá de la prioridad que se otorgue a estas dos cuestiones. Por otra parte se interroga sobre otros problemas que recaen sobre el tema de la identidad en tanto que el lenguaje (la lengua hablada más bien) es característica peculiar de la misma. El objeto lingüístico —como tema de debate— ¿tiene existencia por sí mismo, o tal vez es un constructo social? E incluso, la misma pregunta ¿sería producto de una gran ingenuidad, o quizá de una falta de información? En otro sentido ¿presentaría un cierto desfase en relación al actual desarrollo de la ciencia lingüística o, muy al contrario, tiene razón de ser?

De todos es conocido que la historia de la lingüística es una sucesión de teorías que consideran el carácter de «construcción» de la lengua a la que se unen diversas descripciones o bien se defiende la independencia de la «actividad lengua» y sus productos. Sin embargo, cada autor y su obra nos hablan de «la lengua de tal región» o la «lengua de cual etnia» e incluso, unos tratarán de sintaxis y otros de fonética mientras que algunos, más *à la page*, se ocuparán de las representaciones que los locutores hacen de su propia lengua. Evidentemente si nos preguntamos por la localización de la lengua nos encontramos frente a un buen problema. La cuestión ¿dónde está la lengua? dio como resultado que un buen número de autores respondieran considerando que bajo el mismo vocablo (lengua) existen facetas tan diversas como los códigos, representaciones, prácticas, etc. y, lo que es más, que las hipótesis, la metodología y el resultado analítico, sesgasen la información según unas dimensiones estructurales, históricas, geolingüísticas y, también, sociolingüísticas y culturales.

Esta cuestión (en realidad la posible articulación de estos resultados a un nivel superior), aparentemente simple, plantea varios retos a aquellos que estudian la

identidad. ¿Cómo investigar tales parcelas sin preguntarse sobre la pertinencia de las mismas en relación a una realidad más amplia y compleja? Álvarez-Pereyre sugiere —con muy buen tino— no sólo la necesidad de «coherencia» del objeto de estudio, en este caso el objeto lingüístico, sino que pasa directamente a otro tipo de coherencia: la del propio investigador. Tal vez por ello expone más adelante cómo la concepción filosófica del investigador sobre la lengua o incluso sus preferencias personales, teóricas o metodológicas no son tan importantes como el esfuerzo desplegado para instaurar una línea congruente y unitiva en las sucesivas fases del trabajo de investigación. O, con otras palabras, para él la descripción lingüística es una práctica que implica objetivos y métodos pero, también, procedimientos de verificación.

Efectivamente el estudioso de la lengua se encuentra ante una doble exigencia: ofrecer en cada etapa de su análisis una cierta imagen del objeto que, a la vez, sea coherente en sí mismo pero, igualmente, que en cada fase de la investigación se inscriba en una «coherencia de conjunto» donde cada elemento que ha constituido su propia actividad encuentre el lugar particular y adecuado. El lingüista debería interrogarse sobre la cohesión final de su objeto y del análisis, ya que de la elección de uno y otro dependerá no sólo su resultado, sino las imágenes que dan de un hecho o de un grupo de individuos.

III

El artículo de Jean-Pierre Caprile, titulado *Dialecte local, variation régionale du français et identification: le cas de Nice* es bastante diferente al anterior. Éste se aparta de teorías y se centra en el análisis de los datos recogidos en el lugar de investigación. Su enunciado nos sitúa en tres áreas determinadas: Francia, como nación y lenguaje común, la región representada por la Provenza oriental y la localidad referida a Niza; estamos por tanto no sólo ante un posible indicador de identidad (la lengua común) sino ante una característica de pertenencia identificadora, en tanto en cuanto nos enfrentamos con un dialecto convertido en «acento».

El acento, esto es, la forma de hablar un determinado idioma, es un modo de identificación no sólo geográfica sino social. Es también algo más, pues al hablar con un específico acento se crea una situación diferente en cada interlocutor que no lo comparta y, por tanto, una primera diferenciación. Por otra parte (y es el caso francés), un país puede tener una lengua «centralizada» o «nacionalizada» que no implique homogeneización de acentos. Lógicamente el retroceso o desaparición de los dialectos priva a ciertas comunidades de un medio de auto-identificación lingüística y tal como advierte Caprile, en Francia, «seule la façon de parler français permet alors d'encore identifier, du moins sur des critères linguistiques, une personne comme appartenant ou non à cette communauté». ² Por otra parte tal afirmación no es sólo válida para el caso francés, es claro que el modo de hablar castellano difiere de una a otra comunidad española; aunque, del mismo modo, el acento delimita la pertenencia a una u otra localidad a pesar de compartir igual lenguaje identificativo, caso por ejemplo que comprobé durante mi trabajo de campo en Marbella donde las mis-

mas palabras se matizan con uno u otro acento y se convierten en señalizadores de «identidad marbellera» frente a la malagueña o, reduciendo ámbitos de identidad, frente a la esteponera. En realidad mi experiencia me lleva a sugerir que la identidad no siempre está en *qué* se comparte sino en *cómo* se comparte.

La historia de la localidad es, también, factor de identidad. Jean-Pierre Caprile explica cómo Niza es lugar idóneo para plantear su investigación. Por mi parte sólo voy a señalar unas cifras que nos ayuden a entender el problema: en 1860 Niza tenía 44.091 habitantes, de los cuales 33.206 (un 75,31%) declaraban no hablar más que el «niçois»,³ 5.524 (un 12,53%) decían hablar un dialecto italiano,⁴ 3.943 (un 8,94%) hablaban francés y 1.418 (el 3,22%) informaban hablar en otras lenguas. Por otra parte, la población de Niza conoció una gran explosión demográfica ligada a una fuerte inmigración. Los números: 211.000 habitantes en 1946 frente a 500.000 en 1971. Sin embargo, en 1980 se estimaba⁵ que sobre un total de 500.000 habitantes sólo una cifra oscilante de 50.000 a 100.000 hablaban o comprendían el «niçois»; lo que representa una media (para 75.000 habitantes) de un 15% de los habitantes de Niza. Y algo más, este porcentaje de individuos reconocen tener un cierto predominio, en sus relaciones diarias, del francés sobre el «nissart».

Estoy segura que frente a estos datos el lector llega a una conclusión sencilla: el «niçois» no es un rasgo de identidad, por lo menos —matizo— en la actualidad. Realmente entre 1860 (primeros datos) y estos últimos de 1980, Niza ha sufrido, en sí misma, variaciones lógicas y generales que, sin duda, nos recuerdan las de algunas localidades españolas (los lectores seguramente pueden evocar imágenes del «antes y el después» de poblaciones en principio «costeras» y posteriormente «turísticas»; personalmente encuentro que, de nuevo, Marbella constituye un ejemplo excelente de lo que afirmo). La escolarización generalizada, el acceso a la información (radio y TV), el aumento del interés literario, son —entre otros— factores que contribuyen a la homogeneización de un idioma: el francés. Igualmente existen peculiaridades en este, llamémosle idioma global, que singularizan la identidad fonética y crean, en este caso, lo que podríamos llamar «un francés regional» distinguible, a la vez, de otros semejantes.⁶ A pesar de esta «apertura», una parte de la población de Niza insiste sobre su identidad histórica y social cuyo criterio más específico es, precisamente, el «niçois».

Paradójicamente y a pesar de tales opiniones, existe un pequeño porcentaje de «niçois-parlantes», muchos de los nacidos en Niza apenas lo conocen, otros lo emplean para uso cotidiano (por tanto bastante reducido tanto ocasionalmente como lexicalmente) y un último sector tan sólo lo utilizan como «lengua cultural», esto es, un lenguaje que dispone de una literatura escrita. Uniendo pues los datos podemos concluir que si bien el «niçois» es, para los sujetos actantes, un signo de identidad, se trata, más bien, de un criterio imaginativo, sin sustentación real o, en otras palabras, nos encontraríamos ante una identidad simbólica que se manifiesta en objetivos socio-culturales identificativos enraizados en la cotidianidad existencial. Lo que abre camino —pienso y estoy trabajando en ello— a una reflexión sobre la realidad de la identidad que muy bien podría ejemplificarse en la de la Comunidad de Madrid.

IV

El tercer ensayo, titulado *Saint Georges le fou, un modèle de patron. Contribution à l'étude critique des mécanismes d'identité ethnique* está escrito por Georges Drettas. Al igual que en el caso anterior (y tal y como sucederá con los siguientes) este artículo es muy específico, tanto en su planteamiento como en la comunidad a la que está referido: los griegos pónticos.

El autor tiene, en principio, la preocupación de no confundir dos órdenes de hechos que, a su parecer, suelen imbricarse. Por una parte se situaría el modelo de observación de un objeto —en su caso el grupo étnico— que, en definitiva, es obra del propio investigador. Por otra, encontraríamos los hechos sociales, de carácter heterogéneo, que, primero, deben organizarse bajo una relación dialéctica que, segundo, les constituye como elementos significantes. A fin de lograr su objetivo, Drettas propone dos hipótesis-formulaciones. La primera constituye —bajo su punto de vista— un principio metodológico aplicable a la observación de los fenómenos de identidad; este principio vendría a formularse como la no aplicación de categorizaciones sustancialistas a los hechos. La segunda, ligada al caso empírico en sí, podría explicitarse asegurando que el proceso étnico y el proceso nacional son dos realidades radicalmente distintas.

Para introducirse en la primera plantea otros dos puntos que exigen reflexión adecuada: por un lado, la identidad construida por un sistema jurídico y, por otro, la identificación, un concepto —afirma— producido por el análisis freudiano. Bajo el primer aspecto, y en el marco pues de la acción jurídica, la noción de identidad étnica (que para el autor funciona como un concepto descriptivo de la etnografía) se constituye en la dependencia histórico-ideológica⁷ producida por la aparición de los estados-naciones.

Parece obvio indicar que bajo esta perspectiva la identidad tiene un carácter concreto y específico en el que el «valor legal» sirve de factor desambiguante. Con otras palabras: administrativamente existe (o se produce por el acto en sí) una identidad concretizada que se expresa en los diferentes escritos civiles.⁸ Y no sólo eso, la identidad «legalizada» se convierte en una práctica clasificatoria que generará grupos de identidad bien definidos (distintas nacionalidades, por ejemplo), reglas de funcionamiento, e incluso un conjunto de símbolos ligados a la propia interacción de la práctica (los emblemas son una buena muestra). De acuerdo con ello Georges Drettas opina que este tipo de sistema (que define como «nationalitaire») es semióticamente eficaz en razón de los principios de codificación que le fundan.

Respecto al segundo aspecto, baste decir que lo relaciona con el contenido dado a la identidad cuando está ligada a una serie de mecanismos psicológicos que podrían ser observables a nivel de grupo.

Posteriormente Drettas toma como base analítica el mito de San Jorge, caballero heroico, exterminador de monstruos, para llevarnos hasta Janes (Jean), con el que encuentra una relación de simetría inversa y, sobre todo, con las imágenes que reflejan en los sujetos, recreándose el mito del santo cristiano en un «San Jorge el loco», pero caracterizando el epíteto como exotividad o heroicidad.⁹ Tal acepción recuerda

la ambivalencia significativa que para nosotros tiene la figura de San Jorge, patrón de las Cortes Aragonesas, mito-caballero de importancia fundamental, que unas veces unifica y suaviza en tanto que otras se identifica con facciones particulares (por ejemplo en las fiestas de Moros y Cristianos). La ambigüedad de significados es clarificadora en este tema: la identidad se configura como una estrategia a diferentes niveles.

Poco a poco, en base a la propia historia y en las diferentes informaciones (algunas relato-cuento-leyenda) recogidas, se nos muestra cómo el Santo modera algunos efectos negativos de la convivencia entre grupos, en este caso concreto entre cristianos y musulmanes. Pero, en los textos etnográficos que el autor presenta, se vehiculan otras significaciones que, bajo mi punto de vista, son más importantes. Los informantes de Drettas ofrecen, en su discurso, una imagen de un San Jorge *aglutinador*, imagen homogeneizante que sobrepasa diversas comunidades, de diferentes etnias o distinta religión; pero igualmente es *mediador* entre intereses contrapuestos e incluso *equilibrador* de la dura realidad. Es decir, desde el momento en que, como representación cristiana, se instala en el grupo islámico, la mediación recae en la contraposición (los cristianos) elevándolo a una categoría que, política y socialmente, no le corresponde. La identidad del santo, la identidad de «cliente», convive pues con otra identidad no sólo diferente sino socialmente asimétrica. Evidentemente el santo es «un maître de jeu».

V

Con *Être bilingue en Fenno-Scandie, un modèle por l'Europe?*, de M. M. Jocelyne Fernández Vest, se abre un interrogante de consecuencias futuras: con las sucesivas caídas de las fronteras europeas ¿sería posible la elección de una lengua única? Y todavía otro: ¿tendremos la opción de matizar, tal vez preterir, las complejas relaciones entre lengua, identidad y socialización?

El hecho mismo de unir ambas palabras, bilingüismo e identidad, trae a la memoria el inagotable filón de estudios lingüísticos que ha producido «el contacto de lenguas». La variación lingüística en el tiempo y en el espacio, la interferencia y el préstamo (por otra parte fuentes permanentes de renovación), la formación de lenguajes mixtos son sólo aspectos entresacados a vuela pluma. Qué duda cabe que el interés científico por el pluralingüismo se relaciona íntimamente con las propias estructuras institucionales y la ideología educativa dominante; extremos, ambos, de fácil comprobación en España. Ahora bien ¿qué es el bilingüismo?, ¿cuál su competencia máxima? La autora describe el perfil del bilingüista y el bilingüismo en base a cuatro criterios, clasificatorios y gradativos. Tales aspectos definitorios son: el origen, la competencia, la función y las actitudes.¹⁰ Por otra parte apunto que el concepto de bilingüismo se reserva, por lo general, para un uso individual.¹¹

Partiendo pues de los estudios de «semilingüismo», un concepto en alza dentro de la investigación nórdica, la autora incide en la importancia de caracterizar una identidad bilingüe que ella ve como un proceso a estudiar no sólo por la lingüística sino como objeto investigativo pluridisciplinar, en tanto en cuanto valores de pertenencia y competencia fundamentalmente inestables.

VI

En efecto, los casos etnográficos señalados abre mucho más el concepto de identidad, llevándolo a otros términos que no corresponden, tan sólo, a la caracterización de un lenguaje. En esta línea, marcando una fuerte diferencia con el anterior, se encuentra el texto titulado *Fêtes et identité* de Jeanine Fribourg. Innecesario añadir que el lugar predominante, que en los estudios antecedentes ha quedado reservado al lenguaje, se restringe aquí al espacio y tiempo festivo. He de advertir que la autora realizó su investigación en la zona aragonesa de los Monegros; por tanto, es la única cuya etnografía es española.

J. Fribourg plantea que, dentro de la dialéctica identificativa, la fiesta es como un discurso que habla tanto del «nosotros» (para afirmarnos) como de los «otros» (para excluirlos), siendo esos otros desde los más próximos a los más lejanos. Tal trabajo se enclava así en la más pura tradición de la «otredad» antropológica, en la que se diferencia, en continuo juego interpretativo, el mí y el tú.

Comienza su exposición con la «exterioridad» festiva (cuándo se hace, dónde, cómo, etc.) indicando, al tiempo, lo que podríamos denominar «señalizadores de pertenencia» es decir, el vestido, la danza, los cantos y las expresiones para pasar, a continuación, a analizar las posibles identificaciones grupales tanto por medio del traje (como signo emblemático y por tanto como código no escrito) como de la danza en sí; es decir, presentando la jota como simbolizador de identidad y, a la vez, como una dialéctica espacial ya que restringen el círculo accional-identificativo de la jota, de la provincia a la región y de ésta a la zona concreta.

Para todos nosotros es conocido cómo el tiempo festivo estrecha los lazos del grupo mediante una sociabilidad más intensa que la de la vida cotidiana que obliga a pasar —tal y como apuntarían Turner y Gurvitch— de la masa a la comunión, haciéndose así el «nosotros» símbolo vivo de la máxima sociabilidad. Producto de tal unión es la comensalidad festera; un refuerzo al ya fuerte grupo de identidad que sirve —pienso— de doble marcador étnico en cuanto que la comida es compartida y, en casos, en cuanto que es típica, esto es, propia, singular y, sobre todo, diferente a otras. Ahora bien, no es éste el único modo de aumentar la identificación ya que el deseo de identidad crece al compás que lo hace la standarización, la uniformidad y el desenraizamiento propio, por otra parte, de la sociedad industrializada o sumamente heterogénea.¹²

En otro sentido, los distintos aspectos de la literatura oral festiva son —igualmente— marcadores de inclusión. Jeanine Fribourg analiza los «dichos» evocadores de una historia —pasada o cotidiana— que es común. Pero, del mismo modo, esta oralidad es vocadora de diferencias regionales, políticas y económicas así como vehículo de valores estereotipados. Tal aspecto nos lleva, de nuevo, a que el lenguaje compartido es componente importante en la etnicidad.

Vemos pues que la identidad se forma con un manojo de diferentes pertenencias que, a pesar de lo apuntado por J. Fribourg, se jerarquizan valorativamente o, al menos, esa es mi experiencia: un marbellero «siente» primero a Marbella; posteriormente y como mucho «se sentirá» de Málaga (el reflexivo disminuye el sentimiento

de identificación, mientras que el «sentir Marbella» implica «sentirse de Marbella»). No obstante, tales referencias forman parte de una dialéctica tanto personal (con quién se habla) como geográfica (dónde), temporal (cuándo) y contextual-relacional (cómo y respecto a qué).

Este artículo es, a mi parecer, muy sugerente en tanto que plantea perfiles identificativos expuestos, más o menos claramente, en el resto del conjunto. Con su relato Jeanine Fribourg nos habla de un tiempo y un espacio (festivos) que junto al grafismo de la imagen (vestimenta y bailes), el símbolo cromático (los colores de los trajes y cintas de danzantes y joteros) y los sonidos de los cantos alteran la cotidianidad para transformarla, por la fiesta, en momento de identidad. Y algo más: al revelar la importancia de los «dichos» festivos, de la «letra» de la jota, nos sugiere no sólo la relevancia de la lengua como identificación, sino la fuerza de la palabra, el brío de la poesía popular como creación cultural que, por otro lado, estará presente en el artículo siguiente y que forma parte esencial del síndrome identificativo. No creo pues superfluo dedicar unas líneas a la significación y formación de tal concepto, apoyándome en algunas ideas de Joaquín Costa que sean aclarativas al respecto.

Realmente, y a pesar de la denominación de «popular» que tantas veces utilizamos, sólo en la praxis existirá una verdadera elaboración popular. De otro modo: una obra poética será popular en tanto que haya sido asimilada y utilizada (puesta en práctica por el pueblo). Ahora bien, ¿por qué un determinado cántico o poesía, dicho o relato, se desarrolla y altera, añadiendo o substrayendo, en verdadero proceso de reelaboración, hasta llegar a veces a lo que Costa llamaba «palingenesia poética»?

Parece claro, y el pensador aragonés es muy consciente de ello, que cada pueblo, cada región, imprime a la creación individual rasgos característicos, propios, identificativos tanto de su esencia humana como de sus relaciones con el exterior. El dicho popular, la narración o la poética es un «producto del espíritu individual inspirado en el espíritu general» con lo que alcanza mayor objetividad y espontaneidad. La obra popular lo es por basarse en la tradición, en los recuerdos vividos, en las creencias y en las aspiraciones ideales de la sociedad. La poética popular es expresión individual, pero fiel reflejo tanto del *pathos* como del *ethos* de la comunidad. La creación literaria popular tiene pues una doble génesis que Joaquín Costa expresó muy bellamente; así surgirá «cuando el poeta se ha hecho nación, raza, humanidad...», y junto a ello «cuando el pueblo se reconoce objetivado en la obra, la acoge y la sanciona con su aprobación y se la transustancia, haciéndola carne de su carne y hueso de sus huesos»¹³ esto es, haciéndola identidad.

VII

El sexto tema lo escribe Micheline Lebarbier y lo titula *L'identité dénaturée. Pacala et le Tsigane dans les contes facétieux roumains*. La investigación se centra en el análisis de 97 relatos recogidos en tres pueblos. Uno situado al norte de Rumanía (en los Maramures), otro al sur, a una veintena de kilómetros de la frontera búlgara y un tercero a unos 50 kilómetros de Bucarest. Con tales cuentos la autora presenta

unos personajes de caricatura, modélicos, por los que la literatura jocoso-tradicional tiene preferencia y que, no me cabe duda, traerán remembranzas infantiles a quienes leen estas líneas. Tales personajes-percha son la mujer, el pope y el Tsigane.¹⁴ En el polo opuesto — al menos inicialmente— se encuentra el personaje-héroe, Pacala¹⁵ que según explica M. Lebarbier, se mueve —con su propio absurdo— por encima del bien y del mal, respondiendo a la avaricia, la infidelidad o la malevolencia. El Tsigane, al contrario, es prototipo de debilidades: es ladrón, miserable y estúpido.

El objetivo de este artículo es mostrar el sentido de esta contraposición como parte del proceso de identificación; un proceso que, al tiempo, servirá de demarcación del narrador y del auditorio, pero siempre mediante estos personajes. Veámoslo más despacio.

El «ciclo de Pacala» tiene 85 cuentos-tipo y, en la mayoría, el héroe engaña a los que están a su alrededor pero —y es importante— lo hace sirviéndose de sus debilidades o defectos y, claro es, obteniendo un beneficio. Algunas veces el cuento comenta cómo Pacala hace todo al revés, lo que no obsta para que finalmente el resultado sea positivo. Cada defecto (con un protagonista-tipo, que puede ser el pope o una mujer, como antes dije) sirve de punto de apoyo para el engaño. La avaricia, la hipocresía y la soberbia son los motores de propulsión de la acción pacaliana. El héroe (según advierte un informante a la autora) es «un peu chacun de nous». Un poco de cada uno que sirve para distinguirnos del resto.

El Tsigane es un bobo marrullero que frecuentemente engaña por propia necesidad aunque —apunto— en mayor porcentaje de cuentos tal penuria se refleja en lo más natural y deshumanizado: un hambre voraz. Con tales antecedentes no es extraño que el auditorio se identifique más con la astucia de Pacala que con la del Tsigane de quien, contrariamente, no sólo se distancia, sino que se encuentra satisfecho de no ser el «otro»: un tsigane hambriento y estúpido.

Sin embargo, llamo la atención del lector sobre un punto: los dos personajes comparten tanto la marrullería como la simpleza; son igualmente asociales aunque —eso sí— de un modo diferente. La necedad del Tsigane es más clara, más delimitada, cuanto más fuerte es su deseo de compartir las reglas sociales, de integrarse en la sociedad; los cuentos, de hecho, reflejan más que su ramplonería, su propia impotencia e inadaptación. Además, a mi parecer, su carácter simple, sus necesidades primarias, su incapacidad de unirse socialmente al resto, son un claro ejemplo del contraste naturaleza/cultura.

Pacala es un héroe utópico, una creación imaginaria, una —pienso— elaboración mental y cultural; pero el Tsigane se enraíza con lo desfavorecido socialmente, es el otro, el extraño, el que no se integra y al que no integran. Los cuentos le ridiculizan no ya por su forma de ser sino por su diferencia. El proceso identificativo es, bajo este aspecto, creador de ambivalencia.

VIII

Perla Petrich es la autora del séptimo artículo: *L'identité déchirée: le cas mocho*. Tal vez por el grupo étnico que le sirve de partida¹⁶ presenta como hipótesis lo que es

meta para otros autores. Expone la identidad como una configuración originada en la confluencia entre lo que se considera propio (traducible, generalizando, como un «nosotros») y un contexto exterior (en iguales términos un «otros»). Son dos referencias que suponen dos visiones distintas (y, en ocasiones y de ahí el título de «identidad desgarrada», antagónicas) la una, llamada centrífuga por la autora, que al tomar valor de consciencia colectiva irradia desde el interior al exterior y la otra, centrípeta, que comprende lo que rodea y que, en tanto fuerza opuesta, ejerce una presión sobre el «nosotros».

Desde otra perspectiva tales referencias pueden plantearse primero, como lo que el grupo considera inalienable y, segundo, lo que los otros le reconocen, le niegan o tratan de imponerle como suyo. Es meridiano que tal enfoque se empareja con la situación étnica de los mocho. El nosotros se constituye mediante una serie de signos que caracterizarán al grupo en el interior de su territorio: el nombre, la lengua, el sistema de parentesco, la organización social y política, e incluso su propia historia. Sin embargo —como muy bien advierte P. Petrich— mientras la esencia de la identidad que hemos traducido por la confrontación nosotros/otros es permanente, su dinámica es variable. En realidad, las distintas variaciones de interacciones provocarán cambios de diferente frecuencia en la identificación de lo que es propio y es ajeno, de lo que es de «nosotros» y lo que es extraño. Son pocos pues los trazos o signos de identidad invariables e impermeables a toda intervención externa.

La comunidad moche parece apoyar tales presupuestos. Ser «Indio» no es una condición fija y permanente; un individuo concreto puede cambiar de situación socio-cultural (de consideración también) al abandonar su comunidad e irse a vivir a la ciudad. Este cambio geográfico posibilitará que pueda ser reconocido no ya como «Indio» sino como «Ladino», un término que aun sirviendo para designar tanto al blanco como al mestizo se utiliza (y ése es el sentido que aquí toma) para referirse al indio que habla correctamente el español y que ha adoptado las costumbres y el modo de vivir mestizos.

Este cambio identificativo puede igualmente ser reversible y ciertos individuos considerados como «Ladinos» reivindicarán sus raíces indias. E incluso más: tal persona podrá considerarse unas veces como «Ladino» y otras como «Indio».

El caso concreto de los mocho parece subrayar otras valencias generalizables del síndrome identificativo: la identidad es un conglomerado de situaciones socio-culturales distintas y variantes. Las diferencias que separan el «nosotros/otros» no pueden reducirse a una serie de elementos supuestamente fijos o de carácter universal. Lo que el grupo o el individuo cree ser y lo que el exterior supone que es, constituyen representaciones que en gran medida están sujetas a cambio.

La identidad se presenta pues como un caleidoscopio donde las imágenes se superponen y combinan según la perspectiva adoptada. Traduce por tanto en figuras, superpuestas y a veces contradictorias, las identificaciones locales. En definitiva, todo ello trasluce lo que yo antes planteaba: la identidad, en sí misma, es signo de ambigüedad.

El libro se cierra con el artículo de su editora, Fanny de Sivers, titulado *Solidarité et hétérophobie* y basado en lo que ella misma llama «entusiasmo del estudio de la identidad» ante el cual le surge un buen interrogante que podría dividirse en dos cuestiones: primera, cuál es la identidad profunda de un individuo o grupo y, segunda, hasta qué punto tal identidad se corresponde con la que podríamos llamar «de fachada».

Evidentemente los «otros» no nos ven como nosotros mismos lo hacemos y, a la inversa, las imágenes que nos hacemos de ellos no corresponden a las que de sí mismos elaboran y poseen. De Sivers ofrece un etnográfico recorrido por algunas zonas del Báltico para comprobar, por medio del lenguaje, lo que he apuntado. Los «vo-gouls», los «ostyaks», los «votyaks», los «samoyedos», entre otros, se denominan «hombres» o se caracterizan con particularidades no ya humanas sino exclusivas, hecho, por otra parte, que no es desconocido en la literatura antropológica. Por el contrario a los vecinos se les designa con rasgos específicos de su medio geográfico o incluso de su (considerada) mala naturaleza. Existe, no obstante, en su exposición un punto que, primero, me ha llamado la atención y, segundo, realmente no comparto o, al menos, no en los términos expuestos por la autora.

Fanny de Sivers lleva al lector, como ya he dicho, a través de un recorrido etnográfico en el que va mostrando cómo el lenguaje es diferenciador y excluyente; ella misma advierte —muy sagazmente— cómo la visión de nosotros y de los otros no marida a la perfección y, a continuación, escribe: «La terminologie appliquée aux voisins, n'est pas toujours entachée d'hostilité ou de mépris. Le plus souvent, il s'agit d'indifférence». Probablemente la hostilidad y el desprecio al vecino no se configure, tan sólo, designándole de tal o cual modo. Quizá también el desconocimiento del extraño sea (como apuntó Jacques Nerson y en el que ella se basa) lo más común. Pero la visión del ajeno juega continuamente con el espacio o, dicho de otro modo, la distancia geográfica, moral y social que existe con el «otro» ayuda a la configuración de su imagen y suele estar expresada, en muchas ocasiones, por medio del lenguaje estereotipado.¹⁷ Además, en la imagen dual que presenta el extraño el índice referencial de la «indiferencia» es, antropológicamente, el menos importante.

Sin embargo, casi en contradicción con su anterior afirmación, la autora sabe que «la proximidad» parece ser, tal y como apunto más arriba, un elemento esencial para el «cálculo» de la identidad. Una distancia, por otra parte, que no sólo es física y en la que ni siquiera su mayor o menor amplitud conlleva a un mayor o menor grado de distanciamiento mental. De otra manera: entre vecinos próximos, la distancia mental es un valor influenciado por otro tipo de alejamiento. Por ejemplo el espacio-distancia socioeconómico. Pensemos, por seguir en línea, como en muchas comunidades el nosotros-vosotros se expresa en categorías de status y roles; un nosotros-pueblo frente a un vosotros-nobles, un nosotros-funcionarios frente a un vosotros-comerciantes, un nosotros-rurales frente a un vosotros-urbanos, etc. Obviamente la distancia espacio-mental es un modelo flexible.

Hemos visto ocho artículos que nos han ayudado, junto a una serie de sugerencias propias, a entender o acercarnos a tan heterogéneo síndrome como es la identidad. Creo que el lector habrá notado cómo algunos aspectos estaban más cerca de la identidad como problema antropológico o, lo que es lo mismo, cómo algunas exposiciones se ciñen más estrechamente a los intereses que, bajo mi disciplina, puedan explicarse.

Realmente considero que el lenguaje como modo expresivo (más que como técnica; de hecho en la palabra popular importa más el fondo —significado— que la forma), la literatura oral como portadora de significantes y la fiesta como espacio-tiempo de adecuación identificativa son momentos y situaciones claves para la atención antropológica. Las significaciones que proyecta el primero, las imágenes que vehicula la segunda, y las plásticas semanticidades que reúne la tercera y en la que, además, los dos primeros términos se conjugan de modo exquisito, son —a mi parecer— voces que claman por nuestro entendimiento y atención.

En efecto el lenguaje es conglomerado unitivo del nosotros frente al otros extraño. La compartición de significativos términos que presuponen homogeneidad de contenidos culturales, similaridad de vivencias, adaptación interpretativa y elaboración hermenéutica refleja un límite identificativo susceptible, no obstante, de flexibilidad.

Por otra parte, sin su presencia, la literatura oral quedaría en meras palabras compartidas, huera de contenidos y roma de significaciones. Es gracias a él, a su semanticidad histórica-cultural, que la tradición oral se enraíza en el «nosotros» lejano para trasladar significaciones y realidades atemporales.

Y uno y otra explotan significativamente en la fiesta; una manifestación de momentos, motivaciones, vivencias y creencias compartidas; una reinterpretación del vivenciado «nosotros» frente a la reelaboración del pensado «vosotros». Imágenes, sonidos, tiempos, solidaridades, inclusiones y exclusiones portadores de significativas peculiaridades anhelantes de universalidad, creadoras —también— de paradoja, ambivalencia y ambigüedad; traductoras —en clave antropológica— de profunda humanidad.

NOTAS:

¹ La reunión tuvo lugar en Estocolmo en 1983 dentro del ámbito del VII Congreso Internacional de Estudios Bálticos.

² En la página 25.

³ El «niçois» o «nissart» es un dialecto urbano del bajo provenzal oriental, según definición de Caprile. Podría traducirse como «nizado» aunque he preferido dejar el término original. Respecto a las cifras que ofrezco, los enteros son del artículo, en tanto los porcentajes son cálculo mío; considero este último más globalizador y por tanto explicativo en este momento concreto.

⁴ Piamontés y genovés principalmente.

⁵ Son datos del Centre Cultural Occitan «Pais Nissart».

⁶ Obviamente existen peculiaridades fonéticas y lexicales (probablemente también gramaticales) de tipo meridional que, a su vez, distinguen a diferentes localidades: estaríamos así ante «un francés regional

de Niza» pero también existiría «un francés regional de Marsella, otro de Nîmes, otro de Montpellier, etc». El caso me recuerda a las diferentes formas de hablar «andaluz» distinguibles, algunas, hasta por un extraño a las que hago referencia en el texto.

⁷ Literalmente «mouvance», que es la palabra utilizada por el autor; podría traducirse como «dependencia de un feudo» pues es palabra de contexto histórico; de ahí mi libre traducción del término.

⁸ Creo que el caso más ejemplificador sería la «adquisición» de identidad por medio de un pasaporte.

⁹ Resulta insinuante la relación de esta acepción popular con un concepto de tanta significación antropológica como la locura. Véase LISÓN TOLOSANA, C. *La España mental*. Tomo I. Akal, 1990.

¹⁰ Por competencia se entendería la habilidad (gradativa) con los idiomas correspondientes. La función sería la utilización de los mismos mientras que en las actitudes entraría la identidad y la identificación.

¹¹ Se opone al concepto de «diglosia», reservándose éste para un uso colectivo.

¹² He escrito sobre ello en *Marbella festiva*. Revista Romero. Año II, n.º 2.

¹³ COSTA, Joaquín: «Génesis y desarrollo de la poesía popular» en *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo Agrario y otros escritos*. Ed. Alianza, 1967.

¹⁴ Normalmente el término Tsigane se traduce por cingaro o gitano aunque para el primero suele emplearse «gitan» y para el segundo «zingaro». De hecho, el Larousse reúne los tres términos como sinónimos, sin distinción. No obstante, en la página 2.035 del Petit Robert (utilizo la edición de 1989) y referido a «tsigane» se recoge (estoy traduciendo en un sólo contexto): «nombre de un pueblo (que se llama a sí mismo rom) venido de la India que apareció en Grecia y en Europa Oriental hacia final de siglo XIII y en el XV en Europa Occidental, que ha llevado una existencia nómada (ver romanichel) y ejerciendo diversos oficios manuales. Ver bohemio, egipcio, gitano y cingaro». Es evidente para el lector español que los términos romaní, cingaro y gitano nos ofrecen ámbitos significativos y sobre todo valorativos muy diferentes. De ahí que he creído más apropiado, para este caso concreto, no traducir el término Tsigane y considerarlo como específico del cuento rumano.

¹⁵ Pacala proviene del verbo rumano pàcàli que en francés puede transponerse al «jouer un tour» o «berner» o «duper». En español lo podríamos traducir por «jugar una mala pasada», «hacer una jugarreta», «dar gato por liebre» incluso con sinónimos más sencillos (aunque menos explicativos) como engañar, embaucar, timar, etc. En la disciplina antropológica este personaje se denomina —generalizando— bajo el término inglés de «trickster», significando tramposo o embaucador. Obviamente el nombre se relaciona con la semanticidad de su carácter aunque sugiero al lector que fije su atención hacia la ambivalencia del personaje más que a sus características.

¹⁶ Los mocho son una comunidad de origen maya. Motozintla perteneció a Guatemala hasta que en 1882 se firmó el tratado que le incorporó al estado mejicano de Chiapas. Por su posición estratégica —en medio de la costa y las alturas— los mestizos poblaron el centro urbano mientras que los indios partieron a la periferia. Su lengua (mocho o motozintleco) es maya y derivada probablemente del kanjobalano de la que se separó hace casi mil años. Después de la colonización se escindió dando lugar a otra variante: el tuzanteco.

¹⁷ En toda España existen nominaciones valorativas y estereotipadas para llamar al «otro». Traté de ello en *Spaniard Stereotypes*. En prensa en Mary Hardyn-Baylor University. Texas. Por otra parte el lenguaje es no sólo signo identificativo sino un buen modo de expresar la «otreidad». Cuanto más cerca esté un extraño molesto más ocasiones habrá de comprobar su alteridad y, contrariamente, la distancia servirá también para diluir o matizar significaciones del otro distinto. Actualmente estoy trabajando más profundamente otros aspectos del tema. Parte he insinuado en la introducción de *Viaje de la China* del P. Adriano de las Cortes del que soy editora y que ha publicado Alianza Editorial (Colección Alianza Universidad) en 1991.

N. B. Más que bibliografía particular apunto mi deuda intelectual con los autores ya nombrados (C. Lisón y J. Costa) así como a los que han tratado la identidad, particularmente en España; entre ellos A. Barrera, A. Rivas y M. I. Jociles; sus obras me han sido de particular interés. Obvio indicar lo que me han aportado los autores de *Questions d'Identité*.

Móviles de la ocupación de la isla de Trinidad por los ingleses

POR

ANTONIO DE P. ORTEGA COSTA Y ANA MARÍA GARCÍA OSMA

«... fortificar una plaza para defenderla cuando pueda ser atacada no es lo mismo que fortificar una plaza que evidentemente se sabe que va a ser atacada al primer rompimiento».

Los antecedentes de la operación bélica de 1797, a resultas de la cual se produjo la ocupación por los ingleses de la isla de Trinidad de Barlovento, están compendiados con suficiente precisión en un estudio monográfico reciente de Josefina Pérez Aparicio, compuesto a base de los fondos documentales del Archivo General de Indias.¹ En el cuadro de conjunto que presenta el libro se destaca el carácter de la gestión administrativa del Gobernador Chacón, las providencias que adoptaron las Autoridades españolas, la presencia de la escuadra de socorro y los incidentes sucesivos que culminan en el cambio de soberanía, cancelación de un período histórico rubricado por tres siglos de dominio español.

El suceso obedece a una composición estratégica de amplios vuelos y ha de contemplarse como formando parte de la perspectiva que ofrece la guerra contra Inglaterra en el Caribe, por lo que es forzoso aludir inmediatamente a otra obra de alcance más general, la de Juan Manuel Zapatero, también publicada en los últimos años. En ella encontraremos referencias de los informes que se conservan en el Servicio Histórico Militar, con notas complementarias de positivo interés.²

Puestos a hacer la crítica de ambos volúmenes, no seríamos parcos en apuntar aciertos de los autores. Mas reservando esta tarea a los especialistas, ahora sólo deseamos poner de manifiesto un detalle concreto que no carece de cierto valor epistémico. En síntesis, venimos a subrayar el dato de que la acción bélica no constituyó verdadera sorpresa, el ataque inglés se preparaba desde varios años antes, y el Gobierno español conocía esta intención de conquista, no ya por simples indicios, sino por varios avisos entre ellos por uno recibido directamente de Londres en 1791.

EL GOBERNADOR CHACÓN

D. José María Chacón, Capitán de Fragata de la Armada, ejerce el mando en la isla, bajo la dependencia del Capitán General de la provincia de Venezuela, desde su

llegada en septiembre de 1784. Se le conceptúa como persona activa e inteligente y se le ha elegido para este cargo donde se supone tendrá ocasión de acreditar el tacto y las dotes de mando que requiere la tarea de promover el desarrollo del territorio y facilitar el asentamiento de colonos, mediante la aplicación del Reglamento de Población y Comercio, recién promulgado.

En lo militar, la habilidad de Chacón parece incuestionable, salvo en la fase final y concretamente en el desenlace de su mandato. Se le ve, desde el primer momento, proceder al reconocimiento del terreno, estudiar las posibilidades de defensa, someter sucesivos planes de obras y fortificaciones, ordenar los efectivos disponibles y procurar, en suma, el mejor empleo de los medios con que cuenta.

El lo civil, la eficacia de su gestión se deduce de diversos testimonios. El Gobernador imprime carácter positivo a sus providencias, establece el orden en la administración, promueve la ejecución de las obras más necesarias, el arreglo del puerto, la sistematización de los cortes de madera para construcciones, etc. Se habla de habilitar un astillero y se proyectan edificios para Cuarteles, Almacén, Hospital y otros. Los resultados se reflejan seguidamente en el progresivo aumento de población y en los índices crecientes de superficie cultivada y valor de la producción. Estamos en ese período optimista de 1784-93 que algunos autores caracterizan por su plenitud, hasta haberlo calificado de «edad de oro» de la isla.

PANORAMA ECONÓMICO

En la monografía antes citada se encontrarán algunas cifras significativas de la evolución demográfica y económica de aquel territorio, aún poco poblado, pues sólo contaba con dos núcleos urbanos de europeos: la capital, Puerto España, y San José. Como simple orientación, nos parece suficiente la que resulta de examinar otro documento original, el Estado de Población y Agricultura, autorizado con la firma de Chacón a 31 de diciembre de 1791, que reproducimos aparte.³

Por cierto que Chacón atribuía la disminución del censo registrada en ese año a la retirada de franceses, consecuencia de los preparativos de guerra, y a la escasez de braceros negros. Pero a pesar de las anomalías emigratorias relacionadas con la tensión bélica en Europa, la población de la isla se había duplicado en un lapso de siete años, rebasando la cifra de 12.000 almas. Este número comprendía personas libres y esclavos (con ligero predominio de éstos sobre aquéllas), y un resto de población indígena de algo más que el 10%, parte gentiles y parte convertidos. Los colonos y artesanos libres formaban una población heterogénea, según sus diversas procedencias, donde destacaban como principales comunidades o naciones, las de ingleses y franceses.

Mayor interés presenta el cuadro de Plantaciones, con resumen de cultivos clasificados en dos capítulos. Las parcelas dedicadas a cubrir el consumo interior, cultivos de yuca, maíz, plátanos, etc. totalizan un millar de fanegas, mientras corresponden cerca de 1.600 fanegas a los frutos de exportación comerciables. Entre éstos, el algo-

dón ocupa el primer puesto por orden de superficie sembrada, casi un 50% de la suma parcial, y no ha de sorprender que esta materia prima pudiera ocasionalmente hacer la función de mercancía-divisa. Por orden del valor de la producción, figura en primer lugar la caña y después, a un mismo nivel, el café y el algodón.

El Gobernador reconocía la facilidad primaria que había fomentado la extensión del cultivo algodouero, pero señalaba la tendencia a preferir los de otros frutos que, a cambio de alguna inversión o de anticipos preparatorios, pronto conducían a resultados mejores. Veamos cómo se explica en el informe que tenemos a la vista:

«La facilidad de la cultura de algodón, el poco gasto que se necesita para su beneficio, y más que todo la brevedad con que da el fruto, pues no pasa de ocho a diez meses, empeñaron a estos labradores en aquella labranza, con preferencia a otra alguna; pero la continua plaga de un insecto conocido por el nombre de chenilla, habiéndoles llevado la mitad a casi todas las cosechas, ha hecho cambiar de objeto a estas gentes, y en el día son casi todos labradores de caña de azúcar, algunos de café y cacao, y muy pocos, por falta de medios, los que continúan en la cultura del algodón. Esta sustitución, además de la ventaja de asegurar al labrador una cosecha con que puede contar casi evidentemente cada año, trae otras muchas, no sólo al individuo sino al Estado en general. En menos extensión de tierra coge mayor valor, sus frutos son de más volumen y necesitan más buques para su exportación; por consecuencia, ocupan más número de marinería. Los establecimientos en azúcar son muy costosos, necesitan la industria de albañiles, carpinteros, herreros, toneleros, maquinistas y mayor número de negros para trabajar sus tierras. De modo que no hay, en mi sentir, labranza alguna que ponga en movimiento más hombres, más máquinas, más industria, más bestias de labor, o en suma, más poderes productivos de toda especie».

Análogamente se expresaba respecto al café y el cacao, cultivos menos ventajosos que el de la caña, pero siempre de rendimientos muy superiores a los que se podrían obtener del algodón.⁴

VALOR ESTRATÉGICO

Las apetencias de Inglaterra al orientarse hacia este objetivo tendrían, como fácilmente se advierte, algún fundamento de tipo económico. Mayor abundamiento, había dos puertos disponibles, el litoral Oeste dejaba entradas que servirían de refugio, y el suministro de agua y leña quedaba asegurado en la misma isla.

En tales cálculos, la relativa importancia de la zafra de azúcar sería un concepto nada desdeñable, en atención a la tendencia creciente de los precios. El consumo británico de esta mercancía aumentaba rápidamente y frente a los envíos de azúcar americano, los que siguieran la larga ruta de India hasta Europa no podrían soportar la competencia, por su mayor coste. Exageración hay en lo que afirma Chacón sobre el particular, pero no está de más repetir este párrafo:

«La isla de Trinidad sola bastaría a contentar los deseos del comercio inglés. Cuatrocientas y más leguas cuadradas de superficie toda virgen y de las calidades más sobresalientes para el cultivo de la caña, con una facilidad para las máquinas de

agua y viento, y para la exportación a los embarcaderos que no se conoce en ninguna otra de las posesiones de esta parte del mundo, darían más azúcar que dan en el día todas sus islas sumadas juntas».

A estas motivaciones de índole económica, se superpondrían con toda su fuerza las basadas en razones de pura estrategia. No hace falta ser un experto para comprender, al contemplar el mapa, la gran importancia de aquella posición a barlovento, protegiendo la entrada al mar Caribe y de cara a la costa americana, de modo que las corrientes marinas y los vientos dominantes garantizaban la posibilidad de acudir desde allí al socorro de cualquier otro punto.

El establecimiento en la Trinidad era la clave en la boca del Caño de la Invernada, un «precioso baluarte para la seguridad del tráfico» en manos de los españoles. Su pérdida tendría graves consecuencias: En tiempo de paz, esta posición significaría un sustancial apoyo para el comercio clandestino por las rutas de Guayana y Cumaná y para las correrías de contrabando; en caso de guerra, además de la posibilidad de interceptar el tránsito a discreción, la isla podría servir de plataforma para ulteriores expediciones ofensivas contra los establecimientos de Las Antillas, de las Indias Centrales o de Tierra Firme.

PROVIDENCIAS PARA LA DEFENSA

El nuevo Gobernador se propuso atender, desde luego, a los preparativos militares. Todo estaba por hacer y prácticamente se encontraba sin armamento ni otros medios materiales. Los efectivos de tropa apenas bastaban para asegurar el orden interior.

En octubre del 85, concluido el estudio del terreno y efectuadas las oportunas confrontaciones, despachó al Ministerio una representación reservada, verdadero esbozo del plan de fortificaciones y medidas complementarias para defensa de la isla contra un posible ataque. Las obras propuestas comprendían: Una ciudadela en Chaguaramas, en situación natural difícilmente expugnable; la fortificación del puerto de Carenero, capítulo que no llegó a tomarse en consideración; y el emplazamiento sistemático de baterías, referido primordialmente a la defensa de Puerto España.⁵

El asunto siguió en Madrid sus trámites administrativos, pasando a examen de una Junta de Generales que preparó la correspondiente Instrucción para servir de guía a la Comisión encargada de establecer en concreto los proyectos de obras a realizar, previo examen topográfico de las posiciones. Formaban parte de dicha Comisión Oficiales de Ingenieros, de Artillería y Marina, quienes iniciaron inmediatamente las tareas preparatorias en la misma isla. Hacia el otoño del 87 podía considerarse concluida la fase previa del plan.

Sin embargo, el programa sólo pudo llevarse a cabo de un modo parcial, surgieron dificultades, y ante la magnitud de los suplementos necesarios para cubrir algún capítulo de costes, parece que hubo orden de suspender la obra restante dando tiempo a esperar la visita de inspección general que haría el Virrey del Perú, don Francisco Gil y Lemos.

Llegó, pues este momento y en efecto la inspección tuvo por principal objeto el examen del dispositivo de la defensa, en sus diversos aspectos; y evacuado que fue el informe o resumen de la misma, se dispuso definitivamente la construcción de baterías provisionales hechas de fajinas y tierra, así como otras obras de poco coste, según Real Orden de 20 de abril de 1790.

No tardaría en evidenciarse lo inadecuada que era semejante solución. Se vio entonces que los pequeños reductos habilitados en ese mismo año, sometidos a los violentos contrastes del clima en plazo muy breve se descomponían y arruinaban por la acción alternante de las lluvias torrenciales y la radiación solar. No habría más remedio que hacer las construcciones de cantería, a pesar de su mayor coste, y en espera de poder hacerlo así, los trabajos quedaron limitados a los de simple preparación y movimiento de tierras.

Imagínese, pues, cuán angustiosa sería la preocupación del Gobernador al recibir la voz de alarma en diciembre, con aviso del ataque inminente de los ingleses. Le decían que una expedición se aprestaba en la cercana isla de La Granada, al mando del General Mathew, para concentrarse en la Barbada; en este punto se completarían los efectivos reunidos con los de la escuadra de siete navíos del Almirante Cornish. A las fuerzas atacantes sólo podría oponer Chacón las suyas muy escasas, según su nota, 215 hombres de tropa veterana, 30 artilleros y 200 milicianos de color; pero, en fin, de aquel apuro vino a sacarle la Fortuna en forma de contraorden que recibió el mando inglés en el último momento. El mismo correo llevaba la noticia de haberse concertado una convención anglo-española que aseguraría el mantenimiento de la paz con las potencias marítimas.

El incidente pudo servir, a lo menos, para despertar algún recelo en las Autoridades de la península, de donde se despacharon instrucciones al Capitán General de Venezuela con vistas al envío de tropa de refuerzo a la Trinidad. Si creemos a Chacón, tampoco esta medida condujo a nada práctico:

«El Capitán General dio cumplimiento por su parte, dando órdenes para que de la provincia de Cumaná pasase aquí un Batallón de Milicias y 100 artilleros de La Guaira que le pedí; pero ni unos ni otros llegaron a venir, por varios inconvenientes insuperables que se presentaron, como el de dejar de una vez abandonada la agricultura y expuestas a perecer de miseria las familias de los milicianos, que seguramente serán muy útiles en la defensa de su misma provincia, pero incapaces de salir de ella para defender otra, por la razón explicada y otras infinitas que omito a favor de lo breve y sucinto que quisiera hacer este informe».

Ironías aparte, la insistencia de Chacón vuelve a manifestarse a los pocos meses en otra comunicación dirigida a la Secretaría del Despacho de Guerra abogando por la ejecución de las obras definitivas de cantería y por el aumento de la dotación o cuantía del *situado*⁶ en proporción a la urgencia de las construcciones.

En resumen, está visto que nuestro Gobierno disponía de elementos de información bastantes para establecer previsiones en cuanto al alcance de la estrategia defensiva en caso de rompimiento. Que tales supuestos peligros no fueran producto de elucubración remota, sino el contenido de un plan concreto y acordado que se había estado tramando en sus detalles, lo puso claramente de manifiesto el aviso que dio nuestra Embajada en Londres, con tiempo para reaccionar y adoptar nuevas medidas.

UN AVISO OPORTUNO

Seguía allí como Jefe de misión don Bernardo del Campo, ya acreditado con el rango de Embajador, hombre de alguna experiencia en el despacho de los asuntos americanos, y no desprovisto de olfato político que le sirviera para orientarse en el ambiente que respiraba de los partidos ingleses.⁷

Se habían atenuado las tirantezas y la atención de los observadores se concentraba en las implicaciones de la incierta evolución de las instituciones en Francia. Por entonces debió de filtrarse algún rumor o especie retardada, más o menos en relación con la suspensión de preparativos y a base de éste y de otros indicios, nuestro Embajador llegó a comprender la magnitud de la operación que se había proyectado. He aquí lo que decía el Marqués del Campo a Floridablanca en los primeros párrafos de su despacho de 11 de noviembre de 1791:

«Aunque a Dios gracias disfrutamos de paz con respecto a la Inglaterra, y que podemos lisonjearnos sea duradera, como en todos tiempos y circunstancias conviene hallarse prevenidos, no dañará que el Rey sepa era uno de los planes absolutamente decididos con que debieran empezarse las hostilidades, el ataque de la isla de Trinidad. Como los aprestos de todas clases eran inmensos, se daba por infalible la conquista: y así aun estaban nombrados los que deberían quedar en calidad de Gobernador Mayor de la plaza, etc. Además de esto, conociendo la importancia de aquella posesión y su ventajosa situación respectivamente al Continente y demás islas, como también las favorables circunstancias de vientos y corrientes para acudir a todas partes, contaba este Gobierno hacer allí su principal depósito de fuerzas de mar y de tierra, con la mira de apoyar la ulteriores empresas y conquistas que se proponía».

En correspondencia a esas intenciones —proseguía el Marqués— era preciso montar un dispositivo de defensa tan eficaz que impusiera respeto e hiciera impracticable cualquier intento de ataque.

Por otra parte, aludía a la situación interna de la isla, al malestar general que era consecuencia de la desunión entre los colonos de diversas nacionalidades, y a las tensiones entre grupos o primeros amagos de lucha social según las informaciones que tendría por personas llegadas de allí.⁸

RÉPLICA

El aviso del Embajador produjo, desde luego, algún efecto y sin perjuicio de prevenir a los Ministerios interesados, la Secretaría del Despacho de Estado, por vía reservada, dio traslado del escrito de Campo al Gobernador de la isla (Real Orden de 26 de noviembre).

El contenido del informe o respuesta de Chacón de abril de 1792 queda compendiado, en buena parte, en cuanto llevamos dicho hasta aquí, siguiendo dicho documento puntualmente. Pero hay todavía, en su definitivo toque de urgencia, dos notas muy expresivas que no debemos omitir.

Al hablar de la ejecución de las obras, según las instrucciones finales, apunta Chacón la conveniencia de disponer de un contingente mínimo de 200 presidiarios «que sean la mayor parte naturales de estos dominios, para que, como hechos al clima, no sufran las enfermedades que ordinariamente acontecen a los europeos recién llegados a la Tórrida». La razón del envío de tal equipo, a retirar de los excedentes de Puerto Cabello o La Guaira, está en el ahorro que representaría en jornales, teniendo en cuenta que los hacendados pagaban cuatro reales de plata al día, por lo menos, como salario de un peón.

Y en último término, el Gobernador aborda otro tema importante y propugna una organización autónoma del mando, pareja a la ensayada en Puerto Rico, de modo que se evite la dependencia de las Autoridades de Caracas, Capitanía General e Intendencia, entre otros motivos para facilitar la comunicación, «pues en Trinidad jamás se obtiene contestación de Caracas antes de mes o mes y medio por los inconvenientes insuperables que presenta el (correo) local y demás circunstancias». Esta indicación se enlaza, en fin, con su petición personal de ser relevado del mando que queda planteada formalmente en el mismo escrito.

CONCLUSIÓN

Para su desgracia, Chacón tuvo que permanecer en el puesto de mando hasta producirse el desenlace en la forma que se conoce, a los cinco años.

No hubo ataque por sorpresa, pero las medidas que se tomaron ante el hecho de la declaración de guerra a Inglaterra fueron insuficientes y la presencia de la pequeña escuadra de Apodaca sólo sirvió para consumir un inútil sacrificio, ante la superioridad de las fuerzas atacantes.

La flojedad de la defensa y consiguiente pérdida de la Trinidad contrasta con la vigorosa reacción que se produjo frente a la tentativa sobre Puerto Rico, muy pocas semanas después. Sin embargo, se ha de reconocer que las circunstancias eran muy diferentes en uno y otro caso.

Los dominios españoles ofrecían tantos puntos vulnerables con arreglo a los nuevos estilos de la estrategia naval, que la defensa simultánea de todos ellos se tendría que contemplar en adelante como supuesto de imposible realización.

NOTAS:

¹ PÉREZ APARICTO, Josefina: *Pérdida de la isla de Trinidad*, Escuela de Estudios Hispano Americanos, Sevilla, 1966.

La obra lleva un prólogo por Francisco Morales Padrón, profesor que ha dirigido esta tesis de licenciatura.

² ZAPATERO, Juan Manuel: *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Barcelona, 1964.

³ A. H. N. Estado, leg. 240. Es documento anexo al informe que se cita en la siguiente nota.

⁴ Informe del Gobernador al Conde de Floridablanca de 13 de abril de 1792. Lo hemos utilizado como guión al componer este artículo y de allí se han tomado textualmente las líneas que ponemos en el encabezamiento y los dos párrafos copiados después.

⁵ Escrito del Gobernador de 28 de octubre de 1785, parcialmente resumido en el libro de Zapatero, donde se alude también a la *Instrucción General para los Comisionados...* de 25 de octubre de 1786, así como a otros documentos del Archivo del Servicio Histórico Militar.

⁶ Asignación periódica para los gastos de defensa militar de aquellos lugares, fijada en 200.000 pesos al año, que se recibía de la Tesorería de Nueva España, vía La Habana.

⁷ Su expediente personal en A. H. N. Estado, leg. 3.416. D. Bernardo del Campo hizo su carrera en la Secretaría de Estado, como Oficial de la misma y después Secretario del Consejo de Estado. Persona de confianza para Floridablanca, fue de Ministro a Londres y se desenvolvió con gran discreción al despachar la cuestión de Campeche y Mosquitos, tan debatida entonces. Fue creado Marqués y ascendido a Embajador en 1786. Véanse estos antecedentes en Mario Hernández y Sánchez-Barba, *La paz de 1783 y la misión de Bernardo del Campo en Londres* en Estudios de Historia Moderna, tomo II, Barcelona, 1952.

⁸ A. H. N. Estado, leg. 240.



Textos de Joaquín Costa

De los derechos de la mujer casada

Si pidiéramos consejo a la humanidad, si a la historia fiáramos la solución de este arduo problema jurídico, quedaríamos indecisos, porque en la primera página nos diría que el poder incumbe de derecho a la madre, en la segunda, que al padre, y en la tercera, que a entrambos esposos mancomunadamente, o sea, al matrimonio proindiviso. Hubo un período en la Historia de la humanidad, durante el cual, la familia se gobernaba por el régimen «gunaicocrático», o más claro, en que la familia era «matriarcal», en que la potestad no era patria o paterna, sino materna, en que el marido era de condición inferior a la mujer, y vivía subordinado a ella dentro de la casa: los hijos llevaban el apellido de la madre y no el del padre, y heredaban a éste no sus propios hijos, sino los hijos de sus hermanos: la hija primogénita casaba y dotaba a los hermanos. Este régimen social que tan abiertamente pugna con nuestros hábitos y nuestros sentimientos, lo registraron los autores antiguos en multitud de pueblos, incluso en nuestra Península, algunas de cuyas tribus, los cántabros, por ejemplo, perseveraban todavía en él en tiempo de Strabón, es decir, en el siglo I de Jesucristo; y los viajeros y etnógrafos contemporáneos han descubierto idéntica forma de organización de la familia en diferentes países de África, de Asia y de Oceanía. Pero llegó un día en que las creencias, no bien definidas todavía por la moderna crítica histórica, que habían inspirado esa forma de gobierno doméstico, se debilitaron, y empezó a declinar el imperio de la mujer, y tanto declinó, que andando los siglos, lo perdió del todo, y la familia se tornó exclusivamente «patriarcal»; su gobierno, en gobierno andocrático; su poder en «patria» potestad; anulose la personalidad de la mujer, absorbida en la del marido; hízose la voluntad de éste omnipotente; y los hijos se cognominaron por el patronímico paterno tan sólo. En estado social fueron sorprendidos los pueblos germánicos, griegos, latinos y célticos, al tiempo de su constitución en tribus y naciones: ideas religiosas que la crítica histórica ha apurado, y que hoy nos son conocidas hasta en sus menores detalles, hicieron pasar el poder entero al varón, concediéndoselo absoluto no sobre los hijos, sino además sobre la mujer: sea que se fundara en la nativa debilidad de ésta y en la necesidad de que la protegiera su marido, como en Germania, o en la «manus» como en Roma, o en la compra que

de ella hacía el marido, siempre la mujer carecía de personalidad, su incapacidad era perpetua: no podía obrar en derecho sino por medio de un tercero: la «*manus mariti*» producía con respeto a ella los mismos efectos que la «*patria potestas*» con respecto a los hijos. En tales principios se informó el derecho romano, y quien dice el derecho romano, dice al mismo tiempo el derecho europeo, que ha seguido inspirándose en él y sirviéndose de sus fórmulas hasta el siglo presente.

ACCIÓN DEL DERECHO CONSUETUDINARIO

En honor de la verdad sea dicho, el pueblo español exageró menos que el romano aquellos principios, debiéndose principalmente a dos causas el que no prevaleciera en toda su crudeza el derecho teodosiano y justiniano: 1.^a al influjo bienhechor del cristianismo, que decía al marido al tiempo de bendecir su unión: «compañera te doy y no sierva»; 2.^a y principalmente, a la acción del derecho consuetudinario hispano-céltico, que reservaba a la mujer un lugar relativamente digno dentro de la familia. Por desgracia, lejos de desarrollarse estos gérmenes, lejos de obedecer nuestros legisladores al impulso inicial, retrocedieron servilmente, y lo que no había podido lograr el derecho romano en tiempo de Roma, consiguiolo en buena parte en el primer período de su renacimiento, arrancando a la viuda castellana, por órgano de las Partidas, esos últimos girones de autoridad y de soberanía que había logrado salvar en medio del naufragio de la legislación indígena. Puestas una en frente de otra esas dos formas de constitución doméstica, una, según la cual la mujer es reina y la personalidad del marido nula, otra, en que el marido es soberano absoluto y la personalidad de la mujer subordinada y jurídicamente incapaz, ¿cuál abona la filosofía del derecho? ¿de cuál se hace solidaria la razón? De ninguna de las dos, contestan resueltamente y sin vacilar las más de las escuelas unánimes en la manera de entender la familia como una personalidad sustantiva, con propia actividad, con propio poder, con propios fines, independientes de los fines, del poder y de la actividad de los miembros que la componen, y a los esposos, no como soberanos, sino como simples órganos que ejercen este poder no por derecho propio, sino en representación de aquella personalidad colectiva de que forman parte, y no por consideración a accidentes fisiológicos o sociales de sexo, de edad, de riqueza, de posición u otras, sino pura y simplemente por razón de la capacidad que en ello reside para representar a la familia, para ser sus ministros y servidores, para prestarle su inteligencia, su voluntad y su brazo, y mediante ellos realizar los fines a cuya consecución está consagrada la familia y sin los cuales carecería de razón de ser.

LA FAMILIA

Supuesto este concepto, la dificultad se desata por sí misma. ¿A quién compete el poder dentro de la familia? Nó al marido, nó a la mujer, sino a la familia misma. ¿Quién debe ejercitarlo? Aquél de ellos que tenga aptitud y capacidad para ello. Pero se dirá: es que ese poder de la familia se diversifica en multitud de funciones, y

con relación a ellas, los esposos son desigualmente capaces: ¿quién debe regular su ejercicio? Los esposos mismos en cada caso, no el legislador, que no puede ordenar tantas combinaciones como familias, ni menos anticiparse a ellas, adivinarlas, establecerlas a «priori», ni muchísimo menos abrazarlas en una regla general. Hay que distinguir entre poder y derecho: «por lo que toca al derecho», el legislador debe reconocer que los esposos entran en el matrimonio en igualdad de condiciones, renunciando a establecer dos derechos diferentes, uno para el marido y otro para la mujer; «por lo que toca al poder», el legislador debe abandonar su ejercicio a la libre iniciativa de los esposos, a quienes compete la división del trabajo, o sea, de las funciones domésticas, en la forma que se lo aconsejen las diversas aptitudes de cada uno. Los jurisconsultos romanos, cuyo poder de intuición no tuvo igual en la Edad Antigua en los siglos medios, llegaron a vislumbrar la verdadera naturaleza del matrimonio como «*vir et mulieres individuum vitae consuetudinem continens*»; y si el matrimonio es eso, si el matrimonio es unión y lleva comunidad indivisible de existencia ¿cómo vamos nosotros a dividir, al cabo de 18 siglos, la existencia jurídica del matrimonio, manteniendo una dualidad de personas que lo haría imposible, o absorbiendo la personalidad de uno de los cónyuges en la del otro, atribuyendo, en suma, más derechos y más obligaciones a éste que a aquél? Son la mujer y el hombre dos mitades de un ser humano completo, pero mitades iguales en dignidad y en derecho; el matrimonio es como un complemento de la generación: la generación crea los elementos componentes; el matrimonio los aproxima, los armoniza y perfecciona, creando esa individualidad superior que es la expresión más perfecta de la humanidad, y la comunicación más acabada de todo lo divino y lo humano. Esa unión íntima de dos personas individuales en una personalidad superior supone como condición obligada un amor racional, desinteresado, humano, cuyo equilibrio no se rompe, cuyo brillo no se empaña con la desigualdad; supone que no puede ostentar el uno mayor dignidad y libertad que el otro, que son términos coordinados e iguales, que no hay entre ellos superior e inferior, que el cetro de la soberanía familiar es común de dos. Ataca a la familia en su raíz toda legislación que establece dualidad entre los dos cónyuges por lo que respecta a las obligaciones y a los derechos, y por tanto a la autoridad necesaria para cumplir los fines del matrimonio.

EL PODER MARITAL

El poder marital ha podido justificarse en aquellas sociedades que reconocían derechos a la fuerza física, mas no hoy, en que el débil y el fuerte jurídicamente son iguales, ha podido tener razón de ser, mientras la ciencia había creído descubrir cierta inferioridad intelectual y orgánica en la mujer respecto del hombre, mas no hoy en que la psicología y la fisiología han disipado ese sueño y demostrado la identidad de facultades en uno y otro sexo. Que si luego estas facultades se manifiestan de modo diferente en dirección opuesta; que sí, en razón de esto el varón es por regla general, más apto para las relaciones exteriores y generales de la vida, y la mujer para las interiores, particulares y domésticas, puntos son cuyo ordenamiento cae de lleno dentro de la jurisdicción del derecho interior de la familia, que no pueden sujetarse a una regla única, que sólo los esposos son competentes para resolver.

Los jurisconsultos a la antigua, enamorados de la uniformidad e inclinados por educación y por temperamento, a convertir los Códigos Civiles en una especie de ordenanza militar, arguyen a esto que por lo común, el marido es más inteligente e instruido que la mujer, y por esto más apto para llevar la dirección de los asuntos domésticos y para todo lo que sea relaciones sociales de la familia, intereses, comercio, enajenaciones, adquisiciones, hipotecas, juicios, y demás; al paso que en la mujer aventaja el sentimiento a la inteligencia, y el conocimiento de lo particular al de lo general, haciéndola esto más capaz que el marido para regir las relaciones interiores de la familia. Esta preocupación nace de que, hasta ahora, los legisladores y jurisconsultos no han tenido nunca presente otro modelo que el de la familia bien acomodada, donde efectivamente el marido es quien administra, por regla general, porque la mujer no suele saber administrar, donde el marido trabaja y la mujer no. Pero, desgraciadamente, esa clase es todavía poco numerosa: la clase donde se refugia la inmensa mayoría de una nación es la clase que los jurisconsultos no ven, la que no tiene para vivir otra cosa que su trabajo, la clase de los pobres, y el legislador debe atender con preferencia a éstos y no a lo que constituye una excepción. En esas familias, la mujer trabaja como el marido, y además, hace lo que el marido, y además, hace lo que el marido no sabe hacer: ahorra.

LOS ACTOS DE POTESTAD

No es esto todo: ella es quien ejerce casi todos los actos de potestad: amamanta a sus hijos, los cuida, los educa, cose y lava sus vestidos, los lleva a la escuela o al templo, gobierna el interior de la casa, compra todo lo que la familia tiene que comprar, el pan, el vino, el aceite, la leña, las ropas, vende los productos de su pequeño cultivo, paga los arriendos y la contribución, pide prestado cuando la familia no tiene qué comer o qué sembrar, busca casa y hace el cambio de domicilio, planta y riega el huerto, cría animales domésticos, cuya carne es acaso la única que come la familia en todo el año: el marido es una especie de pupilo que trabaja en el campo o en el taller durante el día, como un jornalero, y que acude a casa por la noche a cenar y dormir, si tal vez no a derrochar las ganancias de la semana: la mujer es el verdadero y único administrador, el verdadero y único gobernante: ella es quien ejerce casi todos los actos que la ley considera como de administración y de patria potestad, porque ella posee en mayor grado que el marido la aptitud necesaria para ello, sea efecto de la educación y de la costumbre, sea por el estado de atraso y de inferioridad intelectual en que se encuentran las clases menesterosas en todos los países. Después de esto ¿no es un contrasentido que las leyes, no sólo nieguen el ejercicio del poder doméstico al cónyuge que mejor sabe ejercerlo, al único que de hecho lo ejerce, sino que además lo coloquen bajo el poder del otro? —Por otra parte, si el sentimiento es dote de la mujer y la inteligencia del hombre, si aquélla es más capaz que éste para las relaciones interiores de la familia y éste más apto que aquélla para sus relaciones exteriores y sociales, y la ley ha de obedecer a esa consideración, el legislador habría de ser lógico dualizando el poder doméstico, constituyendo una doble autoridad en

la familia: de un lado, autoridad para la vida del hogar, que debería ejercer la mujer con exclusión del marido; de otro lado, autoridad para la vida exterior y de relación, que debería ejercer el marido con exclusión de la mujer. Hay más: como el sentimiento, la inteligencia, la timidez y la fuerza, no son atributos tan esenciales del sexo ni tan inherentes que siempre se acompañen; como la experiencia enseña que con frecuencia es la mujer la fuerte, la inteligente, la que soporta las fatigas, quien trabaja, quien sostiene a la familia y prospera la casa, quien educa y dirige a los hijos, y por el contrario, el tímido, el apocado, el ignorante, el protegido, el sustentado, el que obedece y se deja administrar, el marido—, si el fundamento del poder no lo da el sexo, sino la inteligencia y la fuerza, la capacidad en suma, el legislador debería ser lógico atribuyendo aquel poder y la facultad consiguiente de gobernar la familia y ejercer la patria potestad a aquel de los cónyuges que reúna en más alto grado aquellas cualidades, sea el marido, sea la mujer.

TRADICIÓN Y LÓGICA

Pero la lógica y la tradición llevan aquí distinto camino, y la tradición ha sido más fuerte que la lógica en el entendimiento del legislador. Hoy no debe ser lo mismo: debe huir cuidadosamente de encerrar a la familia en un círculo de reglas imperativas, arbitrariamente fundadas en aquella distinción de facultades por razón del sexo, porque, sobre invadir esferas de derecho que no le pertenecen y que tiene su centro regulador fuera de la sociedad, se expone a perturbar, y de hecho perturba y embaraza, la vida interior de aquellas familias en las que están trocados los términos que el legislador tomó como base y supuesto para su ley, en que la mujer es más instruida y más inteligente que el marido, y más apta para las relaciones de la vida social, para el cultivo de la ciencia, para el ejercicio del comercio, para el gobierno de la hacienda y el cuidado de los asuntos domésticos, y en que, sin embargo, siente atadas sus manos por una ley tiránica que la obliga a someterse a la dirección de una inteligencia inferior a la suya y la prohíbe presentarse en juicio, enajenar, hipotecar, adquirir, aun tratándose de objetos y de relaciones que puede conocer y apreciar mejor que su marido.

EL RÉGIMEN DE IGUALDAD

A despecho de las leyes, la sociedad está ya practicando hace mucho tiempo lo mismo que la ciencia en nombre de la razón ha canonizado como conclusión teórica: el sano sentido del pueblo español, y en general, de todos los pueblos cultos europeos y americanos, se ha anticipado al legislador y ha introducido consuetudinariamente un régimen de igualdad idéntico al que la filosofía del derecho aconseja como ideal. A no mirar sino los textos escritos, desde el Génesis, ley religiosa universal, que dice a la mujer: «estarás bajo la potestad del marido y él tendrá dominio sobre ti», hasta el Código Civil francés que declara que «el marido debe protección a la mujer y la mujer obediencia al marido», diríase que nada se había adelantado, y que la mujer

seguía siendo esclava en medio de la sociedad. Y sin embargo, la costumbre ha hecho de la esclava la verdadera reina. De hecho, ya no existe la potestad marital: si la potestad marital existiera, el marido tendría facultad de castigar a la mujer, como la tiene de castigar a los hijos, pero contra semejante facultad, si el legislador, consecuente en sus propios principios, se la concediera, se rebelaría la sociedad. De hecho, la familia se rige por un derecho único, el que se dan a sí propios los esposos e irradia del seno del hogar, no penetrando de puertas adentro y deteniéndose ante el umbral de la casa, porque no tiene fuerza para traspasarlo, el derecho que los legisladores escriben en los Códigos. De hecho, la patria potestad que ejerce por los cónyuges conjuntamente, o por aquel de ellos quien se siente con mayor suma de cualidades y de aptitudes para ello. De hecho, los mutuos deberes de los cónyuges no se rigen por lo que estatuye la ley, sino por el libre acuerdo de las partes interesadas. De hecho, la mujer obedece al marido por la misma idéntica razón que el marido obedece a la mujer porque así es su voluntad, porque así se lo recomienda el afecto, o la conveniencia o el espontáneo reconocimiento de su superioridad, no porque la ley se lo ordene. De hecho, la mujer es tan soberana como el marido.

LA UNIDAD DEL PODER DOMÉSTICO

Ahora bien; si la ciencia y la costumbre consagran de consumo la unidad del poder doméstico en la cabeza de los dos cónyuges, ¿por qué no ha de reconocerlo así el legislador? ¿Por qué mantener en el Código esas tablas de deberes, que caen en medio de nuestra sociedad como el agua sobre el hule, sin penetrarlo ni mojar siquiera su superficie; declaraciones irrisorias que, sobre ser injustas, no producen eficacia alguna en la vida, y si acaso, contribuyen únicamente a embarazar la libre y ordenada marcha de los asuntos domésticos, y a fomentar discordias nacientes entre los esposos, dando por anticipado la razón al marido, que no siempre la tiene? Y aun en el caso de que la tenga, ¿no ven que la ley es impotente para hacer efectivos esos preceptos, para cohibir con la fuerza material, única que la ley dispone, la voluntad de la mujer o la del marido, que son impalpables e incoercibles? Los mutuos deberes de los cónyuges pertenecen al derecho interior de la familia: no admiten regulación y ordenamiento del exterior; sólo pueden cumplirse, y de hecho sólo se cumplen, por el libre acuerdo de las partes interesadas.

Se necesita un grado de candidez infantil verdaderamente asombroso para creer en la virtualidad de esos preceptos, que por respeto no llamaré ridículos, con que los Códigos encabezan el título sobre el matrimonio.

AMOR Y FIDELIDAD

Mandan a los esposos que se profesen mutuo amor, que se guarden fidelidad, que cohabiten; y yo me pregunto: si uno quebranta la fidelidad jurada cuando siente extinguirse en su pecho el amor que antes creyera haber sentido, ¿qué va a hacer el

otro para impedirlo? ¿Acudirá a los tribunales en queja? Y si, arrostrando el ridículo, interpone demanda o formula delito de veleidad, de desamor, de frialdad, de indiferencia, ¿qué harán los tribunales para lograr que el esquivo ame al querrelloso o cese en sus desvanos y locuras? ¿Inventarán mágicos filtros, como los embaidores de la Edad Media, alquimistas de amor, zurcidores de voluntades? Mandan también a la mujer que obedezca al marido (en lo cual bien se conoce que han sido los maridos y nó las mujeres quienes han escrito los Códigos); pero si las mujeres se niegan a obedecer, ¿de qué le servirá al marido el artículo de la ley? ¿Se lo leerá a guisa de instructor de reclutas para persuadirla de que es inferior a él? ¿Acudirá al juez para que la obligue a obedecer? Y si tal intenta, ¿qué sanción va a aplicar el juez? ¿Se va a poner a la desobediente en la cárcel? ¿Se le va a exigir una indemnización, como ridículamente han propuesto jurisconsultos franceses? La mujer obedece al marido porque quiere, no porque la ley se lo mande, y cuando su voluntad lo resiste, la ley tiene que cruzarse de brazos, reconociéndose impotente para hacer cumplir lo mismo que fue tan solícita en mandar. Previene los Códigos a la mujer que siga al marido y le acompañe al domicilio que éste escoja; pero vuelvo a repetir que si lo hace, es porque así es su voluntad, independientemente de la ley, pero que si se niega a seguirle, ¿qué hará el marido? ¿Invocará la protección del juez? Y el juez ¿cómo se las habrá para que ni el marido ni el legislador queden desairados? ¿Arrastrará a la mujer por medio de los alguaciles del juzgado a la habitación del marido, o al buque en que se embarque para Ultramar, o al tren que ha de trasladarla a remota provincia? Pero ¿a quién se esconde lo absurdo, lo violento, lo antijurídico, lo ineficaz, lo impracticable de tales expedientes? ¿Qué marido es capaz de encerrarse en un coche, en una embarcación, en una casa, con una mujer llevada y retenida por la fuerza? El amor y la voluntad repugnan la violencia.

Todavía podría preguntarse: ¿por qué se han limitado los legisladores a consagrar la supuesta inferioridad de la mujer y a traducir el pretendido poder marital en tres o cuatro disposiciones tan sólo mandando a la mujer obedecer al marido, seguirle a domicilio, no publicar obras sin su consentimiento? ¿Por qué, repito, se han limitado a esto, y han dejado sin legislar infinitos otros actos y relaciones que, al igual de esos, y tal vez más que esos, abren la puerta a infinitas colisiones de derecho entre los esposos, quebrantan la armonía de la vida conyugal, y amontonan obstáculos que impiden desarrollarse a la familia?

Sólo la rutina, sólo la pereza intelectual que infunde sueño al espíritu y lo arrastra por los carriles de la tradición, sin darle lugar a pensar si esa tradición es racional y legítima; sólo el espíritu conservador, o más bien, pseudo-conservador, a que suelen obedecer siempre en lo civil los jurisconsultos, aun aquellos que más blasonan en lo político de progresivos; sólo el temor que inspira toda novedad, cuando afecta a eso que es eterno, la familia, hace que se vayan reproduciendo de Código en Código y de siglo en siglo esas disposiciones inicuas, descendientes en línea recta del derecho romano, hijas de una falsa noción acerca de la familia y de las relaciones entre los dos sexos.

Epistolario

Para esta sección de Anales, se han seleccionado 20 cartas dirigidas a Joaquín Costa entre los años 1892 y 1907, cuyos originales se encuentran en el archivo de Graus. Tratan de asuntos muy diversos y son una muestra de la amplia gama de solicitudes que incidían en la vida de un hombre público.

A título orientativo se han clasificado según el asunto o el propósito principal que las promovió:

Número	Asunto
145 y 146	Cámara Agraria del Alto Aragón
147 y 148	Oligarquía y Caciquismo
149	Estreno de Alma y Vida
150, 151 y 152	Política hidráulica
153 y 154	Campaña de los solidarios
155	Solidaridad catalana
156 y 157	Edición de los discursos
158 y 159	Mitín republicano
160, 163 y 164	Traslado del Sr. Fresa a Madrid
161 y 162	Discurso del Frontón

145

De Lucas Mallada a Joaquín Costa

Madrid, 25 de agosto de 1892.

Mi querido amigo y paisano:

Precisamente el día que salí de Durango recibí su muy grata del 21 del corriente con la circular de la Liga de Ribagorza, agradeciéndole a Vd. mucho su delicada atención.

No me será posible estar el 7 en el país, pues para comienzos del próximo, tengo una expedición preparada para las montañas de León. Condensaré, sin embargo mis ideas respecto a canales de riegos en una comunicación que dirigiré a Vd. Pero si a mediados del próximo septiembre durasen todavía las conferencias y discusiones, me presentaré en ésa y no tendré inconveniente en exponer, con cuatro palabras mi entusiasmo por los canales de riego, única ancora de salvación para esa pobre y atrasadísima provincia.

Felicitándole a Vd. cordialmente por sus patrióticas y humanitarias ideas y por su infatigable iniciativa, desea a Vd. completo éxito su apasionado amigo s. s. q. b. s. m.

LUCAS MALLADA

Su casa: Velázquez, 37. Principal Derecha.

146

De Lucas Mallada a Joaquín Costa

Madrid, 5 de septiembre de 1892.

Sociedad Carbonífera de Matallana.

Mi querido y respetado amigo:

Mucho agradezco a Vd. su atención de remitirme el proyecto de reglamento de la Cámara Agrícola del Alto Aragón que tengo a la vista y he leído con sumo interés. Desde luego le digo que celebraré mucho se constituya esa Cámara con entusiasmo y vigor y que se obtengan algunos resultados o se esté en camino de ello. Yo soy demasiado pesimista; y si por una parte siento mucho no hallarme pasado mañana entre Vds., por otro lado me conformo tranquilo, pues a ser a Vd. franco, no me satisface del todo ese reglamento. Sin descender a detalle, varios artículos me atrevo a juzgar de ilusorios y le diré que parto de una base racionalmente muy justa, en la práctica de todo punto inocente.

Promover la construcción de canales de riegos por el Estado es un hermoso ideal que no veremos realizado en nuestros días. Por muchos años, por una cantidad de años hoy incalculables, el Estado no podrá subvencionar con una peseta, no digo los canales de esa pobrísima e infeliz provincia, sino en la feracísima cuenca del Guadalquivir que, con suelo y clima mucho mejores que el Alto Aragón, sigue y seguirá mustia y arruinada.

Para mí la construcción es muy sencilla. ¿Puede procurarse o no la Cámara Agrícola o una sociedad de irrigación el capital para construir canales y pantanos, prescindiendo del Estado? ¿Habría siquiera en Aragón aliento para reunir 20 ó 30 millones de ptas? Si tan pobre es nuestra tierra que no puede, seguirá de seco en el siglo XX como en los anteriores. Las bases para construir canales de riegos por cuenta del país es inútil que las desarrolle, tanto porque veo que esa Cámara aspira su rendición de la miserable entidad llamada Estado (léase de las miserables agrupaciones llamadas Gobierno de España), cuanto porque sospecho que no hay en Aragón ni recursos, ni aliento para regenerarse por sus propios esfuerzos. Esto es triste y

ciertamente que no debo mortificar a Vd. más con mi pesimismo. Pero también es triste que en Aragón hay mucho menos sentido práctico que en Cataluña, en Valencia, en Vizcaya y en algunas otras regiones más ricas y más adelantadas.

A nuestra vista hablaremos algo más del asunto, y entre tanto quedo siempre afectísimo amigo s. s. q. b. s. m.

LUCAS MALLADA

147

De Benito Pérez Galdós a Joaquín Costa

Madrid, 28 de marzo de 1901.

Mi distinguido amigo:

Para que Vd. me perdone la falta de no haber ido a verle el día que indiqué, tengo que decirle que me han abrumado estos días verificaciones tan fastidiosas como imprescindibles. Me apremiaron de Viena para que mandase el artículo para la Neue Greie Presse y no he tenido más remedio que ponerme a trabajar. Ocho días llevo ya sobre el papel y aún no he concluido; de tal modo me cohíben las dificultades y asperezas del asunto.

Leí con deleite las pruebas de su admirable estudio sobre el caciquismo, y algunas ideas de él me han servido para este mi enfadoso trabajo sobre el caciquismo. Se lo leeré a Vd. cuando esté terminado y puesto en buen fin.

Me marcho hoy a Toledo a descansar unos días y volveré el lunes o el martes. En estos días tendré el gusto de pasar a verle.

Siempre suyo, afectísimo amigos s. s. q. b. s. m.

BENITO PÉREZ GALDÓS

148

De Benito Pérez Galdós a Joaquín Costa

Madrid, 29 de abril de 1901.

Mi distinguido amigo:

Ando mal de salud, fatigadísimo y con una pereza canaril a la que sólo podría poner término con un íntegro desánimo. A pesar de esto uno de estos días intentaré componer la información sobre ese inagotable soberano tema del caciquismo. Veremos lo que sale.

Conformes en todo, no lo estoy en que Vd. anunciase tan pronto mi trabajo, el cual por ser insignificante y sin propia autoridad. ¿Qué tardía frase de oratoria merece los honores del programa previo? Iré a verle a Vd. y hablaremos. Tengo el gusto de mandararle el artículo que escribí para el Neue Greie Presse de Viena. Por cierto que si interiormente hay muchos que lo consideraron oportuno y eficaz, muy pocos son los que en público se atreven a patrocinar esas ideas. Se ha dado el caso de que

muchos periódicos liberales de provincias, han publicado la hoja que los Luises escribieron en contra mía y esto y el ver que nadie absolutamente me ha defendido hasta hoy, a pesar de las ofensas que la prensa neocatólica y carlista han vomitado en contra mía, me tiene un poco amargado y con inclinaciones a meterme en mi farmacia literaria y decidir no salir más de ella, ni prestarme a sacar las castañas del fuego para que las coman los egoístas y no agradecérmelo.

Siempre suyo de corazón s. s. q. b. s. m.

BENITO PÉREZ GALDÓS

149

De Benito Pérez Galdós a Joaquín Costa

Madrid, abril de 1902.

A Don Joaquín Costa, y tiene el gusto de invitarle al ensayo general de «ALMA Y VIDA» en el Teatro Español, el 8 del corriente a las nueve menos cuarto de la noche.

(Personal e intransferible)

BENITO PÉREZ GALDÓS

150

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

Madrid, 12 de febrero de 1903.

EL GLOBO

Mi distinguido y respetado amigo:

Agradezco a Vd. muchísimo la atenta y cariñosa carta que me envió anoche, y abusando de su ofrecimiento, que el público estimará tanto como yo, espero de su amabilidad que me remita, lo más pronto que pueda, unas cuantas cuartillas sobre política hidráulica.

No me atrevo a formular las preguntas, forzándole a concretar en ellas su pensamiento. Vd., infinitamente mejor que yo sabe cuáles son las cuestiones que al desarrollar este tema conviene abordar. Por ejemplo: pudiera Vd. comenzar exponiendo la urgencia de iniciar la política hidráulica con método y perseverancia, no en aislados golpes de efecto —sobre el papel— de ministros ganosos de reputación; a manifestar luego, cual de las principales fuentes de riqueza, la industria y la agricultura es en España preferente y las condiciones de un buen régimen económico —clases y distribución de los cultivos que a España convienen, industrias en las cuales podemos llevar ventaja sobre los demás países, régimen aduanero que fuera para esto necesario, su opinión sobre los puertos o zonas francas, etc., etc.— que hiciera a ambas perfectamente compatibles.

Entrando ya en materia formular un plan de reconstitución interior por medio de la citada política hidráulica, encaminado a mejorar principalmente las regiones

centrales y las provincias de la periferia donde es preferente la agricultura; recordar algo de lo que en su obra magistral «Colectivismo agrario» refiere respecto de las iniciativas del cardenal Helluga y de los ministros de Carlos III para mejorar la población y el trabajo agrícola.

Insisto como su dicha obra en las ventajas del enfiteusis para la explotación de la tierra y de la difusión de su propiedad para que el bracero disfrute el producto íntegro de su trabajo.

Hablar de la canalización de nuestros ríos y modos más prácticos para realizarla pronto, de la manera de arbitrar recursos ordinarios o extraordinarios para ello y de su amortización.

Concepto que le merece a Vd. la campaña Gasset y el mitin que organizan los labriegos de Ciudad Real.

Su actitud política y planes para el porvenir.

Si cree Vd. que para esta política positiva son capaces siquiera o un estorbo los actuales partidos gubernamentales y hasta el régimen; necesidad de una revolución en este caso.

¿Se hará? etc, etc....

Sr. Costa porque ya va resultando esto un verdadero cuestionario cosa que quería evitar. Ya sé que es mucha la molestia que a Vd. le suplico; pero confío ciegamente en su amabilidad y espero además que se hará Vd. cargo de la importancia que tendrán sus palabras y del honor que va Vd. a dispensar al Globo proporcionándonos el triunfo de publicarlas. Y si con tanto como le pido al menos me concederá Vd. algo.

Por lo que quedará a Vd. para siempre agradecido, el público, el Globo y su afectísimo s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

151

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

Madrid, 13 de febrero de 1903.

EL GLOBO.

Mi distinguido y respetado amigo:

Al llegar esta noche a la redacción, me he encontrado con su carta que le agradezco muchísimo. Como eran ya las 10, no he querido molestarle enviándole la contestación, y lo haré mañana por la mañana —digo lo haré porque hasta mañana a las 9 no recibirá Vd. esta carta—.

Como nuestro deseo es publicar el trabajo de Vd. mañana sábado en la edición de provincias, para que llegue a Ciudad Real el domingo y al mismo tiempo que los oradores del mitin y —además de que se publicará también en la edición de Madrid del domingo— la distribución de las horas de Vd. es excelente.

Irá el ordenanza a su casa a las 12 para recoger las primeras cuartillas y volverá a las dos para recoger las últimas. Si Vd. manda otra cosa irá a las horas que Vd. diga y

hasta puede volver también a las 3 a recoger más cuartillas si las hubiese y a las 4 le llevará a su casa las pruebas.

De este modo como la edición no se cierra hasta las 5,15 h. pueden corregirse las erratas y cuantas alteraciones haga Vd. en su trabajo.

Sobre esto no tenga Vd. cuidado alguno. Diga Vd. cuantos ejemplares del periódico quiere Vd. que le enviemos.

Pensamos hacer una tirada extraordinaria para que sirva de propaganda así en Ciudad Real como en otras localidades y telegrafiar a varios periódicos de la provincia el extracto de su artículo.

En nombre del Director Don Emilio Riu, que me lo encarga con mucho interés —y en el mío, sobre todo—, doy a Vd. y de todo corazón gracias por sus bondades y me repito suyo afectísimo s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

Cuanto más extenso sea su trabajo, mejor que mejor.

152

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

Madrid, 14 de febrero de 1903.

EL GLOBO

Sr. Costa:

El notabilísimo trabajo de Vd. no ha podido ir en la primera edición de provincias. Irá en la de la 7 de Levante «hoy» y mañana de fondo para Madrid.

Estamos agradecidísimos a Vd. Si ha de mandar alguna cuartilla más entréguese-la ahora al dador.

Y para recogerle las pruebas corregidas, irá luego otro ordenanza a su casa.

Su afectísimo s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

153

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

Asociación de la Prensa de Barcelona

Muy distinguido y respetado señor:

Confiado en el afecto que siempre dispensó Vd. a la prensa y con objeto de servir al público, que tanto estima su valiosa opinión, me tomo la libertad de molestarle rogándole nos envíe algunas notas acerca del juicio que le haya merecido la campaña de los solidarios en las Cortes, y sobre los principales extremos del proyecto de administración local, que comenzará a discutirse en la próxima temporada parlamentaria: concejales natos, división del Ayuntamiento en deliberante y ejecutivo, falta de publicidad de las sesiones, casos de tutela, mancomunidades provinciales, si deben

ser obligatorias o voluntarias, etc. etc. y otras innovaciones que requiriesen su atención.

Muy agradecido a su bondad, en la que confiamos, tienen el honor de ofrecerse en nombre de los periódicos de Barcelona a quienes sirven esta oficina, con toda consideración y respecto, suyo afectísimo s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

154

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

EL GLOBO
DIARIO POLÍTICO ILUSTRADO

Madrid, 1 de mayo de 1903.

Sr. DON JOAQUÍN COSTA.

Querido maestro:

No he podido enviarle a Vd. las pruebas y le ruego que me perdone por no molestarle a altas horas de la madrugada. Pero creo que no hay una sólo errata.

Las insignificantes alteraciones que me permito hacer en su notabilísimo trabajo, tienen como Vd. verá el propósito de darle actualidad.

Continúan recibándose 10 ó 12 cartas diarias, pidiendo ejemplares de su discurso.

Dentro de 3 ó 4 días no quedará ya ninguno.

Repito a Vd. las gracias por todo y sepa Vd. siempre que estoy dispuesto a servirle incondicionalmente en cuantas ocasiones pueda serle útil mi insignificancia.

Y que tendré a gran honor el que Vd. me mande hacer cuanto se le antoje.

Sabe que le quiero de verdad tanto como le respeto y admiro. Su afectísimo s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

155

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

Madrid, 24 de julio de 1903.

Querido maestro:

He recibido esta mañana su atento aviso.

No hay que decir lo que sentimos de corazón, con absoluta sinceridad el que Vd. no asista mañana al Lírico.

Renuevo en nombre de Medina y el de muchísimos correligionarios, y desde luego en el propio, nuestras súplicas para que autorice el acto con su presencia.

Para Don Nicolás sería la de Vd. la felicitación más grata y para el pueblo republicano que tanto le quiere a Vd., y no hay que decir la satisfacción que les produciría oírle y saludarle.

Insisto por lo tanto en apelar a su bondad para que le veamos en el Lírico, mañana a eso de las 3 1/2 de la tarde o las 4.

Pero de todas cuentas si Vd. se decidiese a no concurrir, le suplico que me envíe Vd. una carta haciendo constar su adhesión y comentando algo del discurso festejado del jefe ilustrado como Vd. dice.

Esto sería lo único que pudiera contrarrestar algo en lo posible la ausencia de Vd.

La carta puede Vd. enviármela a esta su casa, Encomienda, número 17, Duplicado 2.º Derecha, sino le molesta hasta la 1 de la mañana del 25. O enviarme recado de que vaya yo a recogerla a su casa.

Y yo la leeré en el mitin. Le deseo a Vd. la más completa salud.

Sabe cuanto le quiere y hasta qué punto estoy incondicionalmente a su servicio, su admirador y amigo afectísimo s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

156

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

6 de junio de 1906.

Muy querido y respetado Maestro:

Hace días que tengo encargo de Castrovido de solicitar varias opiniones —naturalmente la de Vd. con toda la preferencia e interés que se merece— para una sección que hace días verá en el País bajo el título «Concepto y solidaridad catalana».

De intento he dejado en último término la de Vd. En primer lugar para que Vd. sea quien cierre esta información y además para evitar que el juicio suyo, favorable o adverso, influyera en las demás opiniones.

Con este propósito le molesto una vez más suplicándole me envíe cuanto antes le sea posible unas cuartillas —tantas como Vd. quiera y cuantas más mejor— concretando si le parece, categóricamente su pensamiento sobre la conveniencia y riesgos de la alianza de los Republicanos con Jornalistas y Carlistas de Cataluña, su posible eficacia o contraproducentes resultados para la extirpación del caciquismo y otros fines y también respecto de la extensión de aquella concordia a las demás regiones. Este es el tema de la información. Luego sobre eso escriba Vd. todo lo que quiera, si una vez más atiende bondadosamente mi petición.

Hace días recibí una posta de Vd. que le agradezco muchísimo. Ni en Zaragoza, ni luego en Madrid el repudio de la grosera agresión de que fue Vd. objeto, hace otra cosa que cumplir gustosísimo mi deber de entusiasta de mis ideas, de amigo suyo si me permite Vd. ostentar este honroso título de republicano, de periodista y, por lo que se refiere al Diario de Zaragoza de persona decente.

Es verdaderamente lástima que la oficiosidad, el excesivo celo, la desconfianza injustificada respecto de mí o el gusto de colaborar personalmente en la edición —que de todo puede haber en la oposición, algo destemplada, de su buen amigo Baltasar Muro a entregarme las cuartillas de su discurso de Zaragoza— haya retrasado indefinidamente una buenísima y oportuna propaganda de ello en toda España.

Mi propósito —que el Sr. Martínez Baselga conoce y había aprobado, creo según me dijo, con el asentimiento de Vd.— era haber publicado sus tres discursos en un folleto, que vendido a precios estrictos de coste pueda darse a los libreros y paqueteros de periódicos a ocho céntimos ejemplar y ellos venderlo a 15. De este modo, no me parece soñar ni mucho menos, haber hecho una tirada, sin solicitar el concurso pecuario de nadie de 50.000 ejemplares.

Creo que ahora están editando el libro de la Asamblea. Pero así no logrará hacer una propaganda tan extensa y tan eficaz por lo breve de su lectura y lo barato del folleto como hubiera sido según mi propósito.

Perdóneme Vd. este recuerdo que en manera alguna supone la censura para el Sr. Mur, ni para ninguno de sus amigos. No olvide mi primera petición y Vd. disponga siempre, para todo e incondicionalmente de quien se considera muy honrado de servirle dentro de lo poco que valgo. Consérvese bueno y mande como guste a su afectísimo amigo.

A. AGUILERA Y ARJONA

157

De Joaquín Costa a A. Aguilera y Arjona

12 de junio de 1906.

Mi querido amigo:

No pudiendo darle a Vd. las cuartillas pues se las había llevado el taquígrafo a Barcelona creo como Vd. que se habría colocado buen número de ejemplares, pues de algunos puntos me pidieron autorización para hacer tirada. Esto es ya agua pasada y no le interesa a nadie.

Para el libro de la Asamblea me pidió las cuartillas Martínez Baselga encargado de él. No sé si podrá ser, ya que habiendo apechugado con el primer discurso me rendí cuando iba por su mitad y lo dejé, seguro por otra parte de que pudiese perderse. Caso de que por fin lo haga porque agujiona mucho, serán las dos partes del libro y si Vd. persevera en su propósito podía encargar una tirada en Zaragoza con el mismo molde, sin pagar composición. Digo esto porque en su caso la composición tendría que ser corregida por mí en Zaragoza y no podría corregirlo dos veces en Zaragoza y en Madrid por falta de fuerzas. En vez de folleto «formar un libro» como el de la Asamblea, estaría mejor quizás en forma de periódico no muy grande, como hice yo con las cosas de la Liga Nacional de Productores y Vd. con mi discurso del frontón central.

Con mucho gusto habría hecho eso a continuación de la asamblea, yéndome a trabajar a mi retiro una semana, sin los incidentes del aplazamiento.

JOAQUÍN COSTA

De A. Aguilera y Arjona a Joaquín Costa

Madrid, 26 de junio de 1906.

Muy querido y respetado maestro:

Perdone Vd. el retraso con que contesto su grata del 12 del corriente.

He procurado antes calcular el éxito de propaganda que pueda alcanzar la edición de los discursos. Y si no tanto como a raíz de la Asamblea, que era su oportunidad, porque estaba hecha la expectación pública, todavía creo con algún fundamento que se podrían hacer y colocar, naturalmente a precio de coste como propaganda y no como negocio, una edición de 10.000 ó 12.000 ejemplares.

Facilita mucho la empresa la autorización de Vd. para que disponga del molde de Zaragoza, y según la extensión de sus tres discursos, así se podrá hacer en hoja a tres columnas o en hoja doble; en folleto de todas maneras según Vd. quiera.

Pero yo me permito indicarle la conveniencia de que Vd. o el Sr. Baselga me avisen con 10 ó 12 días de anticipación la tirada y el comienzo de la tirada del libro de la Asamblea —antes me envíen un retrato reciente de Vd. para que hagan aquí un buen fotgrabado.

Así yo me iría a Zaragoza para hacer la tirada y organizaría con tiempo la venta en Madrid y provincias.

Creo que se puede hacer todavía una buena propaganda de aquellos tres discursos que, sin pretender halagarle a Vd. al oído, yo tengo por inolvidables.

Me consta el deseo de muchas personas ilustradas de conocerlas, algunas creyéndome editor de ellas por recordar el del frontón me han preguntado y me suelen preguntar cuando se publican.

Aquí el País, hemos sentido mucho la ausencia de la opinión de Vd. sobre Solidaridad Catalana. Ya que hablo de esto y con todo respeto que Vd. sabe le profeso, le diré que antes que periodista soy amigo de Vd. y siempre discreto para no salvar jamás el límite que separa mi profesión de las confianzas, por mí muy agradecido cuando de persona como Vd. se trata de la amistad.

No me interprete mal ni siquiera como disgusto mío, sino como observación para su gobierno esta respuesta respetuosa y leal a sus temores. es que tengo cierta vanagloria de no haber merecido nunca censuras en ese sentido.

Espero sus órdenes para la edición de los discursos.

Entre tanto me repito de Vd. como siempre verdadero amigo que hace votos por su salud y desea servirle cuanto alcance mi obligada modestia. s. s. q. b. s. m.

A. AGUILERA Y ARJONA

160

De Melquiades Álvarez a Joaquín Costa

Sr. Don Joaquín Costa.

Mi distinguido amigo:

El pobre Fresa se encuentra desesperado en Sequeiros y es necesario que hagamos los imposibles para sacarlo de allí, trayéndonoslo a Madrid.

Necesito el concurso de Ud, para conseguirlo al efecto y sin perjuicio de pedir el ascenso. Debemos solicitar hoy que se le traiga en comisión al Ministerio y una vez en él, ya nos será fácil obtener lo otro.

Escríbale Vd. a Moret, entre tanto yo veré al Ministro.

Su afectísimo s. s.

MELQUIADES ÁLVAREZ

He de hablar en Oviedo ante la Universidad del deber en que estamos de europeizarnos y de la labor que en este punto incumbe a las Universidades. Podría Vd. mandarme algunos datos de los muchos que sobre esto tiene Vd. en cartera. Se lo agradecería su afectísimo.

MELQUIADES ÁLVAREZ

161

De Melquiades Álvarez a Joaquín Costa

Madrid, 16 de abril de 1903.

Mi distinguido amigo:

La enhorabuena más cordial y sincera por su discurso en el Frontón. Yo he leído con gusto sus indicaciones gubernamentales y enérgicas que por cierto, han pasado desapercibidas para la prensa y que seguramente la masa habrá interpretado al revés. Espero que llegue pronto el momento en que se cumpla lo que ambos hemos pronosticado.

Don Nicolás sigue empeñado en hablar para la galería, viendo en todas partes vestigios del jesuitismo y halagando embozadamente las pasiones de los clericales.

No comprende que con semejante conducta se centuplican los recelos de la clase media y se atuyentan las esperanzas del triunfo.

En fin paciencia y quiera el cielo que nos equivoquemos los pesimistas.

Suyo afectísimo.

MELQUIADES ÁLVAREZ

162

De Melquiades Álvarez a Joaquín Costa

Madrid, 29 de julio de 1903.

Sr. Don Joaquín Costa.

Mi distinguido amigo:

Estoy aquí en la aldea a dos leguas de Oviedo descansando del ajetreo de Madrid y buscando fuerzas para la campaña de invierno.

Su carta la recibí con siete días de retraso y la contesto hoy apresuradamente remitiéndole el discurso que publicaron los periódicos de esta capital. Está lleno de erratas que Vd. suplirá fácilmente.

También escribo al portero mayor para que le remita todos los diarios de sesiones ¿Cómo está Vd. de salud? ya sabe Vd. que anhelo la recuperación completa.

Si necesita escribirme dirija las cartas a Oviedo, Ciudadevilla, 19. Desde allí me las enviarán a esta aldea.

Un abrazo de su afectísimo.

MELQUIADES ÁLVAREZ

163

De Melquiades Álvarez a Joaquín Costa

Madrid, 4 de septiembre de 1903.

Sr. Don Joaquín Costa.

Mi distinguido amigo:

Gracias por el envío. Hoy veré a Moret y de acuerdo con sus instrucciones emprenderé la campaña con Montilla para traer al Ministerio al amigo Fresa. Tengo esperanzas de conseguirlo.

Ya nos veremos y disponga como quiera de su afectísimo.

MELQUIADES ÁLVAREZ

164

De Melquiades Álvarez a Joaquín Costa

Madrid, 26 de septiembre de 1903.

Sr. Don Joaquín Costa.

Mi distinguido amigo:

Le devuelvo lo que me había prestado. El Ministro me ha dicho que traería a Fresa para el Ministerio.

Mande a su afectísimo.

MELQUIADES ÁLVAREZ

Reseña de informes

LA POLÍTICA AGRARIA DE LA COMUNIDAD ECONÓMICA EUROPEA

En esta investigación se examinan en forma objetiva los resultados obtenidos por la aplicación de la política agraria de la Comunidad Económica Europea, a lo largo del tiempo. Esta política se fue instrumentando lentamente y ha constituido la base principal para la creación de los órganos administrativos y de gestión de la CEE.

Con el propósito enunciado, se examina primeramente el sistema agrario europeo en la situación de 1987 como dato previo al análisis de la PAC (política agraria comunitaria), a fin de destacar los aspectos regionales y las grandes diferencias que existen entre los países integrados, tanto en lo que se refiere a la contribución económica de las actividades agrícolas como a las clases de cultivos, dimensión empresarial y rendimientos alcanzados.

En los capítulos siguientes, se describe la elaboración progresiva de la PAC y se examinan los resultados de su aplicación en una forma lo más objetiva posible, a través de análisis cronológicos de las principales variables que caracterizan cada sector y de la productividad alcanzada en las explotaciones agrarias.

El desarrollo de la política se planteó en una fase preliminar, denominada pool verde que se extiende desde 1950 a 1957. Después de un período provisional de adaptación, en 1968 se aprobó la tarifa aduanera común y en 1971 se inició la aplicación de un sistema presupuestario progresivo para el pago de las compensaciones.

En 1973 tuvo lugar la ampliación del mercado común a EUR-9 y posteriormente, en 1981 a EUR-10 y en 1986 a EUR-12. El crecimiento de la dimensión geográfica y demográfica de la Comunidad ha planteado nuevas dificultades a la política agraria y un coste creciente del gasto presupuestario necesario para hacer frente al régimen compensatorio.

En España la aplicación progresiva de la PAC ha de tener una gran incidencia y exigirá un esfuerzo muy grande de adaptación. En este informe se ha resumido en forma comparativa los resultados alcanzados hasta ahora por los diversos países europeos como consecuencia de las reglas establecidas, para que puedan servir de orientación o guía a las acciones concretas que convenga ejercer en nuestro caso.

En la situación de 1987 la superficie total de EUR-12 estaba distribuida en la forma siguiente:

	103km ²	%
Superficie total	2.258,19	100,0
Aguas internas	35,68	1,58
Tierras	2.222,51	98,42
Superficie arbolada	537,85	23,81
Superficie agrícola útil	1.289,99	57,12
Otras superficies	394,67	17,47

La superficie agrícola útil que ocupa una extensión de 1.289.990 km² está dedicada a cultivos permanentes en una extensión de 118.050 km², lo que representa el 9,2% del SAU (superficie agrícola útil). La superficie ocupada por los jardines no está bien contabilizada pero se ha estimado en 4.090 km². El resto se dedica a prados naturales y pastos permanentes.

El territorio de EUR-12 dedica una proporción considerable de su superficie al sector agrario, de modo que el 57,12% del total se aplica a cultivos permanentes, prados, pastos y jardinerías.

El riego artificial es un complemento muy importante de la agricultura en los climas mediterráneos y está muy desarrollado en los países del Sur de Europa. En la situación de 1986 tenía una extensión de 86.961 km².

Cabe señalar las grandes diferencias estructurales que existen en la agricultura de los 12 países integrados. En lo que respecta al tamaño de las explotaciones, los mayores promedios dimensionales corresponden a las agriculturas de clima húmedo.

- Holanda
- Reino Unido
- Dinamarca

y la menor dimensión a las agriculturas mediterráneas:

- Grecia
- Portugal

A lo largo de casi cuatro decenios se ha ido desarrollando la política agraria de la CEE con el propósito de crear un mercado único donde circulen libremente las producciones del campo. Desde 1950 se estudió el planteamiento de lo que se denominó el pool verde. La aplicación de los mecanismos estabilizadores del mercado promovió la creación del FEOGA (Fondo de Orientación y Garantía Agraria). Se requirieron casi 10 años para establecer una tarifa aduanera común.

En 1972 como consecuencia del informe Mansholt, se aprobaron cuatro directivas para el perfeccionamiento de las estructuras agrarias europeas. En 1973, se hizo la ampliación del mercado común a EUR-9. En 1978, se desarrolló el Reglamento 1.370 sobre transformación y comercialización de los productos agrarios. En 1979, se aprobó el presupuesto comunitario y la financiación del FEOGA. En 1981 tuvo lugar la ampliación del mercado a EUR-10 y en 1986 a EUR-12. Como consecuencia de estas ampliaciones en 1985 se aprobó un reajuste importante de la política agraria comunitaria.

Los objetivos principales de esta política son los siguientes:

- 1.—Aumento del ingreso del trabajador del campo.
- 2.—Corrección de los desequilibrios regionales.
- 3.—Estabilización de los mercados.
- 4.—Perfeccionamiento de las estructuras agrarias.
- 5.—Desarrollo de la comercialización de los productos agrarios.

En relación con los objetivos anteriores, la política agraria se ha mostrado afectiva en los puntos 1 y 3, habiendo logrado un incremento significativo del ingreso del trabajador rural y la estabilización de los mercados por los medios de mecanismos compensatorios de los precios.

El sistema de compensaciones se instrumentó en su detalle práctico y objetivo a través de las organizaciones nacionales existentes, debiendo pasar por una fase previa de adaptación de las normativas generales comunitarias a las legislaciones concretas de cada país miembro, lo que resultó en algunos casos de aplicación lenta y aconsejó su agilización, aprobando diversas directivas y regulaciones.

En lo relativo a la corrección de los desequilibrios regionales y al perfeccionamiento de las estructuras agrarias, así como al detalle concreto del objetivo 5, los resultados han sido menos efectivos. Las acciones se han instrumentado en forma de ayudas al perfeccionamiento de las estructuras agrarias, por medio de la sección de orientación del FEOGA, pero la cuantía del esfuerzo financiero desarrollado es insuficiente y muy inferior al dedicado a los mecanismos de garantía del mercado y estabilización de los precios.

El informe en sus conclusiones finales, recoge los siguientes extremos:

1.—El análisis métrico de la política agraria común se ha mostrado efectivo para evaluar los resultados de las principales acciones puestas en juego al incidir sobre la producción final agraria, sobre los costes de los mecanismos de estabilización y sobre el perfeccionamiento de las estructuras agrarias.

2.—Los escasos resultados obtenidos en el objetivo de equilibrar las diferencias estructurales y de retribución existentes, aconseja intensificar el esfuerzo de orientación, creando nuevos instrumentos de apoyo a los medios rurales que tiendan a evitar la despoblación y la pérdida de cobertura vegetal.

3.—El sistema agrario europeo comunitario se ha enriquecido en cuanto a variedad de cultivos con la ampliación a EUR-12. Existen diferencias esenciales entre la agricultura del Norte y la de las áreas del Sur en el Mediterráneo. La política agraria debe tender a promover la complementariedad de los cultivos Norte-Sur, en vez de impulsar la competencia en producciones que no son adecuadas por razones climáticas. A este efecto, sería conveniente hacer un estudio previo del sistema agrario europeo para identificar las áreas y los cultivos de carácter preferente y que deben ser objeto de estímulo o de programas especiales de desarrollo.

4.—Dentro de los programas de orientación en curso y los futuros que se aprueben, han de tener una especial consideración los problemas de conservación del suelo de mantenimiento de la cobertura de la capa vegetal y de aumento de la superficie forestal, modificando los actuales criterios de ayuda y ampliando su efectividad con nuevas regulaciones ajustadas a los resultados del estudio general sobre el sistema agrario europeo.

5.—La política agraria además de generar desempleo, al estimular el perfeccionamiento de las explotaciones, no podrá por sí sola superar los desequilibrios existentes entre los medios rurales de economía tradicional y los grandes centros de la producción. Es necesario complementarla con acciones más poderosas e inversiones para su desarrollo que promuevan nuevas iniciativas y permitan mantener la población asentada en el territorio evitando la desertización de las zonas afectadas, particularmente en las áreas del interior de los países mediterráneos.

6.—La complementariedad de la agricultura del Norte y de la agricultura del Sur, exige la flexibilización del mercado y la rapidez de circulación de los productos agrarios de calidad. Por tal motivo, parece necesario perfeccionar las estructuras comerciales de distribución y conservación de los productos vegetales, a través de las OCM o por medio de una agencia comunitaria especializada en esta tarea que ha de tener un gran desarrollo en los años venideros. La flexibilización del mercado y la rapidez de circulación de los productos de calidad permitirá mejorar el régimen alimenticio de los europeos.

7.—Tanto desde el punto de vista de la libre circulación de los productos como de evitar riesgos para el medio ambiente y deterioro de los suelos y de las aguas es urgente considerar el problema de empleo de los productos fitosanitarios, y a tal efecto, se deben promover esfuerzos para que pueda aprobarse una regulación que se ajuste a las necesidades de los años próximos.

EVOLUCIÓN ESTRUCTURAL DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA (1970-1989)

Este informe es un complemento del que se elaboró en 1987 sobre la evolución del sistema económico español en el período 1975-1985. Al extenderlo a una perspectiva cronológica más amplia pueden destacarse mejor los cambios estructurales que han tenido lugar en los últimos dos decenios.

Los aspectos más significativos del período son: La pérdida relativa del sector primario y de la industria y el aumento considerable del sector terciario. Crece también notablemente la internalización de la economía española, en el sentido de que cada vez son mayores los intercambios con el exterior en relación a la dimensión del PIB. Crece así mismo el gasto público y la gestión de las Administraciones del Estado, lo que plantea un aumento progresivo del endeudamiento interior y exterior.

La presentación del informe está dividida en siete capítulos descriptivos y uno final en el que se recogen las principales conclusiones derivadas del análisis métrico que se resumen a continuación:

Evolución general

Entre 1975 y 1990, el PIB a precios de mercado ha experimentado un crecimiento global por un factor de 1,41, equivalente a una variación media anual del 2,32%.

Los principales agregados de la Contabilidad nacional evolucionaron en la forma siguiente:

	Factor de crecimiento	Variación media anual en %
Consumo interior privado	1,220	1,38
Consumo público	2,159	5,26
Formación bruta de capital	1,192	1,17
Exportaciones de bienes y servicios	2,641	6,68
Importaciones de bienes y servicios	1,345	1,99

Los crecimientos más rápidos corresponden al consumo público y a las exportaciones.

Como consecuencia del aumento del consumo público, se ha hecho más acusado el desequilibrio presupuestario y con ello, ha crecido en endeudamiento del Estado en forma muy notable. Entre 1975 y 1986, la deuda total expresada en pesetas corrientes ha crecido por un factor de 9,759. Corregido del efecto inflacionista, el crecimiento en términos reales es por un factor de 2,123, equivalente a una variación media anual del 7,08%.

Mientras en 1975, el 78,74% de la deuda total era interior y el 21,26% exterior, en 1986 la distribución es 91,23% interior y 8,77 % exterior. El endeudamiento acumulado que en 1975 suponía el 8% del PIB a precios de mercado, ha crecido hasta el 64,79% del PIB en 1986. Estos datos ponen de manifiesto muy claramente el fuerte desequilibrio de la Hacienda española.

Se ha registrado un crecimiento de las exportaciones considerando conjuntamente la venta de mercancías y servicios españoles en el exterior y las que directamente se realizan en el interior, a través de las actividades turísticas. La evolución de este agregado mixto exportador entre 1975 y 1987, supone un aumento en términos reales, equivalente a una variación media anual del 7,75%.

Cabe señalar además, que el comercio propiamente dicho, representaba en 1975 el 74,9% y el turismo el 25,09%, mientras que en 1989, la distribución estructural fue del 62,12% para el comercio exterior y el 37,88% para el turismo.

El comercio exterior crece por un factor de 2,177, equivalente a una variación media anual del 5,71%. y los ingresos turísticos lo hicieron por 3,962, lo que equivale a una variación media anual del 10,33%.

Las inversiones totales referidas a las de carácter económico y a las de aplicación social, que se contabilizan en el agregado denominado formación bruta de capital ha tenido una evolución más débil y así, entre 1975 y 1989 han crecido por un factor de 1,304, equivalente a una variación media anual del 1,91% que se compara desfavorablemente a la evolución del PIB, 2,32%.

También es desfavorable la comparación ente la formación bruta de capital fijo y el consumo bruto de capital. Así al comparar el consumo bruto con la formación bruta, en la situación de 1975 alcanza un valor del 33,15%, mientras que en 1987 esta relación ha crecido al 54,06%. El valor máximo de esta relación que describe muy bien la falta de ritmo en la inversión nueva, alcanza su máximo en 1984 con el 64,39%.

La reconversión de la industria pesada afectó significativamente al período 1975-1979, en el que se redujo la formación bruta de capital por un factor de 0,807. En los años siguientes, hubo una ligera recuperación.

El sector servicios

El sector servicios ha tenido una evolución progresiva con un crecimiento en términos reales equivalente al 3,70% anual. El coeficiente estructural del valor añadido por el sector comparativamente al PIB ha evolucionado en la forma siguiente:

	Unidad: %
1970	48,75
1975	50,23
1980	56,22
1985	59,41

Dentro del sector, los crecimientos más rápidos corresponden a los agregados siguientes:

	Unidad: %
Instituciones financieras y seguros	10,31
Comunicaciones.....	6,87
Hostelería, restaurantes y cafés	5,55

La evolución más lenta corresponde al agregado transporte con el 2,99%.

Administración Pública

El agregado Administración Pública ha experimentado un crecimiento muy grande, debido a los cambios estructurales del Estado con una participación creciente de los servicios asistenciales y una mayor complejidad de la función pública por la nueva estructura autonómica del Estado. En términos reales entre 1975 y 1987 el gasto de la Administración Pública ha crecido por una variación media anual del 7,84%.

Mientras en 1975 las atenciones sociales y los gastos de las Administraciones Públicas representaban el 31,17% del presupuesto, en 1987 habían elevado su participación al 55,20%.

EL PETRÓLEO EN EL ABASTECIMIENTO MUNDIAL DE ENERGÍA

En este informe se describe en forma somera el proceso histórico del abastecimiento de energía a partir de 1900 y el peso creciente que fue alcanzando el petróleo y complementariamente el gas natural como recursos insustituibles, desplazando rápidamente a los carbones que hasta mediados de siglo suministraban más del 50% de los recursos energéticos mundiales. El desarrollo tecnológico moderno y el rápido crecimiento de los sistemas de transporte, requieren cantidades crecientes de derivados del petróleo en forma de carburantes y combustibles de automoción de muy difícil sustitución por otras modalidades de suministro.

A lo largo del siglo XX, la industria petrolífera mundial se desarrolla muy rápidamente impulsada por dos nuevos mercados en rápida expansión: los suministros de carburantes y combustibles para el transporte y la industria química de síntesis. Además de ello, los combustibles líquidos derivados del petróleo entran en competencia con los combustibles sólidos utilizados por la industria y para la calefacción doméstica. La generación de electricidad en centrales térmicas en los servicios públicos de alumbrado y fuerza motriz, y los grupos electrógenos autónomos, ensanchan el campo de las aplicaciones de los derivados del petróleo.

La producción mundial de petróleo entre 1900-1960 sigue la siguiente línea de crecimiento:

Años	Producción en 10 ⁶ t	Índice	Crecimiento medio anual en %
1900	20	100,0	—
1910	50	250,0	9,59
1920	97	485,0	6,85
1930	210	1.050,0	8,03
1940	262	1.310,0	2,23
1950	523	2.615,0	7,15
1960	1.052	5.260,0	7,23

Puede observarse un impulso muy firme en cinco decenios y solamente en el que transcurre entre 1930-1940 se presenta una atenuación muy notable, ocasionada por las crisis económica que se inicia en 1929.

Crecimiento de la demanda de energía

Entre 1900 y 1975 la demanda mundial de energía, ha crecido por un factor de 11,08 equivalente a una variación media anual del 3,25%. Este crecimiento fue desigual correspondiendo los ritmos más altos a los decenios 1950-1960 y 1960-1970 y también al decenio 1900-1910. El decenio de menor crecimiento energético se sitúa en 1920-1930.

A consecuencia de la crisis energética motivada por la elevación de los precios del petróleo, se ha debilitado la tasa de crecimiento, pero continúa aumentando significativamente y se estima que mantendrá variaciones anuales entre el 2 y el 2,5%.

El análisis de la estructura de la demanda mundial de energía, muestra un firme crecimiento de la participación del petróleo como recurso energético fundamental. Mientras en el año 1900 sólo representó el 3,6% del consumo de energía primaria, en 1975 alcanzó el 44,2%. También durante ese período de tiempo de 75 años, el gas natural fue aumentando su contribución al abastecimiento, desde un valor de 0,8% en 1900 hasta situarse en el 19,4% del consumo total en 1975. Agregando ambos recursos (hidrocarburos naturales) su participación en el abastecimiento mundial de energía ha descendido del 4,4% en 1900, al 63,6% en 1975, constituyendo la fuente principal de energía primaria. Este avance tan rápido y significativo debe compararse con el descenso del coeficiente estructural del carbón, 95,4% en 1900 al 31% en 1975.

A pesar de los esfuerzos que están realizando los países consumidores y las organizaciones internacionales que los coordinan para disminuir el uso del petróleo en el abastecimiento de energía, resultará muy difícil modificar sustancialmente la estructura del abastecimiento, disminuyendo la contribución de los hidrocarburos. Se podrá lograr una mayor participación del gas natural y un descenso relativo del petróleo, pero los hidrocarburos continuarán siendo en los próximos decenios la principal fuente de energía primaria.

Las reservas mundiales de hidrocarburos

El volumen de reservas de hidrocarburos que se han ido descubriendo a lo largo del siglo, creció muy rápidamente, como consecuencia de una prospección intensiva y de un conocimiento progresivo de las estructuras geológicas que lo almacenan.

En 1960, las reservas probadas de petróleo se evaluaron en $4,3 \times 10^6$ t. de petróleo. En el período posterior, los descubrimientos en el Golfo Pérsico y en otras áreas aumentaron muy rápidamente y en la situación de 1973 cuando se inicia la crisis energética, las reservas probadas se evaluaron en $83,3 \times 10^6$ tep. Continuaron aumentando en los años sucesivos pero en forma moderada. En 1982, se había alcanzado un potencial de 92×10^6 tep.

En lo que se refiere al gas natural, el desarrollo del mercado fue más lento por la dificultad de su transporte y almacenamiento, pero los descubrimientos también crecieron notablemente. En 1960 la evaluación de las reservas probadas se situaba en $17,03 \times 10^{12}$ m³ y en 1973, habían crecido a $58,19 \times 10^{12}$ m³, alcanzando en 1982, $86,67 \times 10^{12}$ m³, un potencial energético de un orden de magnitud similar al de las reservas de petróleo.

Distribución geográfica de las reservas mundiales de petróleo

La distribución de las reservas de petróleo por áreas geográficas, es muy desigual y de ello resulta un notable desequilibrio entre los países fuertemente consumidores que debe importar grandes volúmenes de petróleo y los países productores con un consumo relativamente menor y cuya economía es muy dependiente de las exportaciones. A este respecto es muy ilustrativo comparar la distribución regional de las reservas en las situaciones de 1960 y 1982, tal como se indica a continuación:

Regiones	1960		1982	
	10 ⁶ tep	%	10 ⁶ tep	%
América del Norte	5.245	12,70	5.600	6,08
Europa Occidental	225	0,54	3.180	3,45
CEE	175	0,42	2.175	2,36
OCDE	5.480	13,27	9.035	9,82
OPEP	29.905	72,44	60.150	65,38
Países de economía planificada	4.590	11,11	11.600	12,60
Países de economía de mercado	36.690	88,88	80.400	87,39

La situación de América del Norte empeora notablemente en el transcurso de los 22 años considerados. La OCDE que contaba en 1960 con el 13,27% de las reservas mundiales ve reducida su participación al 9,32%. También desciende la participación de la OPEP del 72,44% al 65,38%, pero su posición continúa siendo muy preponderante comparativamente al de los países occidentales.

Perspectivas de evolución

Existe una gran incertidumbre en cuanto a la evolución del mercado petrolífero a plazo largo. Los especialistas económicos creen que no existen causas estructurales para que se produzcan alzas importantes en los precios. A medida que la demanda crezca moderadamente y disminuya la relación R (Reservas/Producción), las cotizaciones internacionales, ascenderán lentamente.

Sin embargo, pueden presentarse tensiones políticas internacionales promovidas por las grandes diferencias de enfoque entre países productores y países consumidores en lo que respecta a la explotación y aprovechamiento de los crudos y se originen crisis circunstantiales con bruscas elevaciones perturbadoras de los intercambios comerciales y del equilibrio económico mundial.

El abastecimiento petrolero de las potencias occidentales, vincula íntimamente el funcionamiento de sus sistemas productivos, lo que determina una especial sensibilidad ante cualquier acción que estrangule los suministros de petróleo de las principales áreas a las regiones en donde está instalada la gran capacidad mundial de refino.

Por ello, no es inverosímil pensar que puedan presentarse nuevas situaciones conflictivas en los años próximos si no mejoran las relaciones internacionales, siendo aconsejable desarrollar un gran esfuerzo en sentido negociador, y por otra parte, orientar las políticas energéticas de los grandes países hacia programas que supongan la mayor utilización posible de fuentes de energía no dependientes de los hidrocarburos naturales.



Índice de los informes elaborados por el Servicio de Estudios

Demografía

- Análisis proyectivo de la longevidad de los españoles, 1985-2000. 72 páginas. 1989.
- Análisis funcional de las variables antropométricas del crecimiento. 48 páginas. 1989.

Economía y análisis funcional

- Análisis evolutivo del sistema económico español. 160 páginas. 1987.
- El sistema económico de Aragón. Análisis general. 1955-1985. 190 páginas. 1987.
- El sistema económico europeo, 1961-1963. 142 páginas. 1988.
- Análisis métrico de las cotizaciones bursátiles. 56 páginas. 1988.
- Programa de análisis sectorial económico (PASE). En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 82 páginas. 1988.
- Indicadores polinómicos de la actividad regional. 115 páginas. 1989.
- Análisis proyectivo de los sistemas económicos de las Comunidades Autónomas. 1985-2000. 107 páginas. 1989.
- El sistema económico de Aragón. Análisis sectorial, 1955-1985. 226 páginas. 1989.
- Aplicación del programa de análisis sectorial económico en el trienio 1985-1987. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 40 páginas. 1989.
- El comercio exterior de España en el siglo XX. 141 páginas. 1990.
- Análisis métrico funcional de los accidentes de circulación, 1965-1987. 91 páginas. 1989.
- Análisis métrico del sufragio presidencial en los Estados Unidos, 1824-1988. 43 páginas. 1990.
- La política agraria de la Comunidad Económica Europea. 104 páginas. 1991.
- Evolución estructural de la economía española 1970-1989. 138 páginas. 1991.
- El petróleo en el abastecimiento mundial de energía. 66 páginas. 1991.

Energía

- Análisis sobre costos de producción eléctrica con carbón y nuclear. Tomo I, 167 páginas. Tomo II, 100 páginas. 1984.
- Análisis proyectivo del sistema energético español. 163 páginas. 1985.
- Previsiones de demanda y oferta de electricidad en el horizonte del año 2000. En colaboración con el Foro Atómico Español. 201 páginas. 1985.
- Análisis de la incidencia de la integración de España en las Comunidades Europeas en materia de medio ambiente, en el sector eléctrico. Tomo I, 227 páginas. Tomo II, 138 páginas. 1985.
- Energía y crecimiento económico. Análisis proyectivo del sistema energético español, 649 páginas. 1986.
- Modelo PROCER-H para la proyección de la demanda de potencia eléctrica. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 97 páginas. 1985.
- Análisis morfológico de los programas de potencia eléctrica, 1978-1984. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 147 páginas. 1985.
- Análisis proyectivo del diagrama de potencia diario. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 105 páginas. 1986.
- Evaluación de los costos y las consecuencias del abandono de la energía nuclear en España, 139 páginas. 1987.
- Aplicación del modelo PROCER-H a los diagramas de potencia diaria de los sistemas eléctricos europeos. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 76 páginas. 1987.
- Plan Energético de Canarias. En colaboración con el gobierno regional de Canarias. Tomo I, 109 páginas. Tomo II, 107 páginas. Tomo III, 149 páginas. Tomo IV, 134 páginas. Documento general, 102 páginas. 1988.
- Análisis de los consumos sectoriales de electricidad. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 72 páginas.
- Programa de aplicación del modelo PROCER-H a la proyección de la potencia eléctrica en 1987. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 140 páginas. 1989.
- Aplicación del programa de análisis sectorial económico (PASE) al bienio 1988-1989. En colaboración con el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía. 49 páginas. 1991.

Hidrología

- Modelo PLUMA para la proyección de la meteorología en una cuenca fluvial. 353 páginas. 1984.
- Análisis proyectivo de la hidrología del Esla. 154 páginas. 1984.
- Análisis comparativo de la presión y la temperatura atmosférica 1987-1988. 28 páginas. 1989.
- Aplicación del programa PHE durante 1988. 25 páginas. 1990.

Sumarios de los anteriores números de Anales de la Fundación Joaquín Costa

N.º 1

Presentación

Simposio sobre optimización de los recursos hídricos

Objetivos del simposio

Apertura

Resumen de Ponencias

Conclusiones

Joaquín Costa en la Institución Libre de Enseñanza

Joaquín Costa en el recuerdo de la Institución Libre de Enseñanza, por *Luis G. de Valdeavellano*

Joaquín Costa en el archivo de Santiago Alba, por *Jaime Alba Delibes*

Singularidad de Costa en la crisis de la Restauración, por *Alberto Gil Novales*

Costa hoy: El arbolado y la Patria, por *Milagros Ortega Costa*

Epistolario español del siglo XIX

La casa-archivo de Graus, por *J. M. A. V.*

Noticiero

N.º 2

Preliminar

Simposio sobre gestión de los residuos tóxicos y peligrosos

Análisis proyectivo de la hidrología de la cuenca del Esla, por *Adolfo Uribelarra*

Recordatorio del historiador Valdeavellano

Antropología y Sociedad contemporánea, por *Italo Signorini*

La Iglesia en el proceso constitucional de la Restauración, por *José Ángel Tello Lázaro*

Una carta del Siglo de Oro, por *Milagros Ortega Costa*
 El tío y el *supay* ¿dios, demonio o ángel?, por *Alex R. Quiroga*
 Costa, un geógrafo capaz y comprometido. El primer ecologista, por *José M.^a Sanz García*
 Presencia de Costa en Jaén (1889), por *Genaro Crispín*
 Epistolario español del siglo XIX
 Joaquín Costa: de la crisis finisecular al socialismo, por *Alberto Gil Novales*
 Notas para un fichero de autores
 Reseña: Análisis de la incidencia de la integración de España en la CEE, en materia de medio ambiente en el sector eléctrico
 Noticiero

N.º 3

Evolución del producto interior bruto en el siglo XIX, por el *equipo de esta Fundación*
 Joaquín Costa y los principios «*Standum est chartae*» y «*Standum est consuetudini*», por *Juan Vallet de Goytisolo*
 La idea del Notario en Joaquín Costa, por *Antonio Rodríguez Adrados*
 Joaquín Costa y el Derecho consuetudinario aragonés, por *José Luis Merino y Hernández*
 La utopía económica en Joaquín Costa, por *Juan Velarde Fuertes*
 Costa y la dictadura regeneracionista, por *Gonzalo Fernández de la Mora*
 Joaquín Costa y la educación, por *M.^a Gloria Medrano Mir*
 Miguel Ciges Aparicio, biógrafo de Costa, por *Cécilio Alonso*
 Homenaje a Valle-Inclán, Soneto
 One plus one equals three?, por *Barney D. Emmart*, texto bilingüe
 Provisión de Notarías en Granada (1888), por *Genaro Crispín*
 Epistolario español del siglo XIX
 A los 75 años de la muerte de Costa
 Reseña de informes
 Notas para un fichero de autores

N.º 4

El sistema económico de Aragón, 1955-1985, por *el equipo de esta Fundación*
 Nuevas tendencias en la Antropología social británica, por *Peter G. Riviere*
 Pioneros aragoneses de la Antropología social: Vagad, de las Cortes y Joaquín Costa, por *Carmelo Lisón Tolosana*
 HOJAS DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL: Jornadas de Sigüenza —Comentario a un libro— Bibliografía del Departamento
 Unigenitura y familia troncal, por *Andrés Barrera González*

Giménez Fernández y el regionalismo andaluz de los años 30, por *José Calvo González*

Rincón del memorialista: Fragmentos de un contemporáneo

Comentarios a la intervención de Costa en el Congreso Nacional Pedagógico, por *M.^a Gloria Medrano Mir*

Joaquín Costa y la Historia de la España Antigua, por *José M.^a Blázquez*

Un geopolítico ante el conflicto de las Carolinas (1885), por *José M.^a Sanz García*

Pretendiente a la Notaría de Graus (1890-93), por *Genaro Crispín*

Epistolario español del siglo XIX

Reseña de informes

Notas para un fichero de autores

N.º 5

Análisis proyectivo de la talla media de los españoles, por el *Servicio de Estudios de esta Fundación*

El dominio del tropo / Poesía popular y convivencia social / Gracián y Costa en el campo, por *James Fernández McClintock*

Lenguaje, pensamiento y racionalidad, por *Giorgio R. Cardona (=)*

Realidad y ficción de un relato histórico: Una lectura antropológica, por *Beatriz Moncó Rebollo*

HOJAS DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL: Simposio de La Coruña — Jornadas de Sigüenza — Actividad docente e investigadora — Participación en Congresos — Tesis — Reseña de libros

Poesía popular española, por *Joaquín Costa*

En el Centenario del Congreso Jurídico de Barcelona (Correspondencia de Costa con Manuel Durán y Bas y Juan Homs y Homs), por *Juan Vallet de Goyisolo*

Primeras campañas políticas de Costa (1891-96), por *Carmen Frías Corredor*

Costa y Graus: Aspectos inéditos de su vida, enfermedad y muerte, por *Venancio Díaz Castán*

Epistolario español del siglo XIX

Conferenciantes

Reseña de informes

Notas para un fichero de autores

N.º 6

Todos los recuerdos felices, por *Felicidad Blanc*

Análisis proyectivo de la longevidad de los españoles, por el *Servicio de Estudios de esta Fundación*

El rito (Le rite: Piège à pensée ou piège pour la pensée), por *Jean Cuisenier*

Marginación, arte y violencia. Una aproximación desde la Antropología Social,
por *Ricardo Sanmartín*

De dueña a esclava: Breve esbozo de una tipología femenina, por *Beatriz Moncó Rebollo*

HOJAS DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL:

— Nuevas tendencias en los principales países de Europa Occidental:

Alemania, por *Dieter Goetze*

Francia, por *Michel Izard*

Italia, por *Flavia Cuturi*

Portugal, por *João de Pina Cabral*

Suiza, por *Pierre Centlivres*

España, por *Joan Prat Caros*

— Crónica del Departamento

Simposio de Sigüenza

Actividad docente e investigadora

Investigaciones en proceso

Reseña de libros

Rincón del memorialista. Un recuerdo infantil

La educación de la mujer según J. Costa, por *Otilia Pueyo Moy*

Homenaje a la colonización portuguesa (1885) (Texto de la propuesta y discurso de Costa)

Costa y Blasco Ibáñez: Una secuencia epistolar (1902-1904), por *Cecilio Alonso*

Epistolario español del siglo XIX

Reseña de informes

Notas para un fichero de autores

Índice de los Informes elaborados por el *Servicio de Estudios de esta Fundación*

N.º 7

Nuestro Director

Evolución del producto mundial 1850-1980, por el *Servicio de Estudios de esta Fundación*

Funciones religiosa y sapiencial de la oralidad en las sociedades tradicionales, por *Michel Meslin*

Diversión, identidad y cambio ritual en Malta, por *Jeremy Boissevain*

HOJAS DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL:

Anthropologie d'un art: L'architecture, por *Jean Cuisenier*

Antropología del Arte y arte antropológico, por *J. A. Fernández Rota*

El arte de la novela: Una perspectiva antropológica, por *Joan F. Mira*

La obra frente al contexto, por *R. Sanmartín*

O métier que existe. Antropología e Arte contemporánea, por *J. A. B. Fernandes Dias*

HOMENAJE AL PROFESOR G. J. G. CHEYNE

Nota necrológica

En homenaje a George Cheyne, por *Lorenzo Martín-Retortillo Baquer*

Costa desde el exilio. El caso de la revista *Aragón* (México, 1943-1945), por *Eloy Fernández Clemente*

Joaquín Costa, el gran incomprendido, por *José M. Auset Brunet*

RINCÓN DEL MEMORIALISTA. Un socialismo Carlista

Un recuerdo infantil de Joaquín Costa

EPISTOLARIO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX

RESEÑA DE INFORMES:

Análisis métrico funcional de los accidentes de circulación en España

Análisis métrico del sufragio presidencial en los Estados Unidos 1824-1988

El comercio exterior de España en el siglo XX

Índice de los Informes elaborados por el Servicio de Estudios de esta Fundación



La FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA es una institución privada de carácter cultural adscrita al Instituto de Estudios Altoaragoneses. El cumplimiento de sus fines está confiado al Patronato rector. Tales fines quedan definidos en el artículo 5.º de los Estatutos en la siguiente forma:

A) Facilitar el *conocimiento pleno de la obra* de don Joaquín Costa, contribuir al estudio de su personalidad, formar una Biblioteca especializada y reunir colecciones documentales sobre diversos aspectos del período considerado.

B) Promover, fomentar y llevar a cabo *estudios, investigaciones y proyectos* en materias relacionadas con el Derecho, la Historia y el progreso social y económico de España. Sin marcar límite estricto a la programación de actividades, el Patronato dará preferencia a las que sean susceptibles de aplicación específica, tales como las propias de las siguientes disciplinas, que se citan a título de mera indicación:

- Economía Agraria.
- Desarrollo de recursos naturales.
- Energía y política hidráulica.
- Expansión industrial.
- Ecología y medio ambiente.
- Política social.
- Econometría y modelos macro económicos.

C) *Acción cultural* en forma de conferencias, cursos y publicaciones varias, incluso las de boletines informativos y revistas.



9 770213 140008